

Pasión y Razón del Socialismo Chileno



Jorge Arrate • Paulo Hidalgo

ORNITORRINCO

Pasión y Razón del Socialismo Chileno

Jorge Arrate/ Paulo Hidalgo

Las Ediciones del Ornitorrinco



En un perdido rincón del planeta los ornitorrincos se extinguen. Con seguridad, no hay en toda la Tierra seres que luchen con más empeño por sobrevivir en ella.

INDICE

Presentación

Capítulo 1.

Los orígenes del movimiento socialista

Chile: 1850-1920

Las ideas socialistas

Las organizaciones

Recabarren y el POS

La lucha social

Capítulo 2.

El Partido Socialista: bosquejo histórico

Una fuerza perdurable

La fundación

La identidad socialista

Desarrollo histórico

Capítulo 3.

Bases doctrinarias

Fuentes de la historia socialista

Doctrina y realidad

Ideas matrices

Autonomía

Dimensión nacional y latinoamericana

Democracia y cambio

Capítulo 4.

Dirección y liderazgo en la historia socialista

Fortalezas y debilidades

Grupos de dirección

Liderazgos

Capítulo 5.

Socialistas y comunistas

Cuestiones internacionales

Las "Internacionales"

Herejías y disidencias

El eje socialista-comunista

Capítulo 6.

Los socialistas y el centro político

Visiones del centro

El cambio de centro político

Socialistas y demócratacristianos

Capítulo 7.

Allende y el socialismo

Líderes nacionales

El liderazgo de Allende

El joven Allende

El político maduro

El Presidente Allende

Capítulo 8.

El socialismo durante la dictadura

Una mirada histórica

Itinerario orgánico

Coincidencias y diferencias

El exilio socialista

Herencia y continuidad

Capítulo 9.

La renovación socialista

Interrogaciones

Visión autocrítica

Conservadores y renovadores

Factores internacionales

Hacia un balance

PRESENTACIÓN

A pesar de los intentos de la dictadura por borrarla de la faz de nuestro país, la cultura socialista y sus ideas-fuerza mantienen una vigencia indiscutible. No resulta aventurado afirmar que crecientes sectores de la juventud chilena, de los más variados orígenes y sensibilidades, se sienten hoy fuertemente atraídos por la vocación emancipatoria y libertaria del socialismo chileno. Es principalmente a ellos a quienes está dirigido este trabajo.

Nuestro objetivo central al escribirlo ha sido el de entregar pistas más o menos sistemáticas- sobre la azarosa vida del socialismo en Chile, y emprender, con una mirada actual, un análisis de "pasado y presente" del partido de Salvador Allende y Marmaduke Grove. Nos asiste la íntima convicción de que la "forma de ser" histórica socialista está lejos de haber fenecido. Se expresa en el recuerdo imborrable de Salvador Allende, José Tohá, Exequiel Ponce, Carlos Lorca y tantos otros, como también en la inagotable actividad de un contingente humano de idealismo ejemplar que ha mantenido viva -hasta en los momentos más duros- la conciencia y la organización socialista durante los años más largos y oscuros de la existencia partidaria. Comprobamos también que los socialistas fueron de los primeros en aceptar los desafíos surgidos de la derrota de 1973, un golpe que nos impuso la obligación ética de cuestionar certezas y formas de pensar para buscar en nuestra tradición nuevos derroteros que permitieran proyectar el socialismo hacia adelante.

Hemos intentado un texto breve y directo, no académico pero sin simplificaciones. En el empeño hemos sacrificado el reconocimiento específico, en notas al pie de página, a decenas de autores que han publicado ensayos y testimonios sobre el tema. Para escribir este libro hemos utilizado con amplitud el material publicado existente, incluidos nuestros propios trabajos anteriores. Debemos a investigadores y estudiosos del socialismo chileno un genérico reconocimiento. También quisiéramos agradecer al Instituto para el Nuevo Chile y al Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales por habernos liberado en parte de nuestras obligaciones habituales para emprender esta iniciativa.

La elaboración del texto ha sido para nosotros una excelente experiencia plenamente compartida. Nuestras visiones corresponden a dos generaciones distintas de socialistas y, sin embargo, se han fundido sin complicaciones. Quizás sea éste un signo más de la vitalidad de nuestras ideas y de sus mecanismos de reproducción, a la vez que una demostración adicional de que los socialistas somos poseedores de algo que con pleno derecho puede ser considerado una auténtica memoria colectiva.

Finalmente, una advertencia necesaria antes de que el lector o la lectora lo descubran por sí mismos. Si bien hemos intentado registrar y analizar con algún grado de objetividad temas evidentemente polémicos, algunos de ellos aún frescos en nuestra propia memoria, no hemos pretendido disimular cuán involucrados nos sentimos en la existencia y destino del socialismo chileno.

Un irrenunciable espíritu crítico, que aprendimos en las filas socialistas, está necesariamente entremezclado con la emoción de reconocer nuestro pasado y de sentir que puede ser el fundamento de un gran proyecto de futuro. No miramos la historia socialista con ojos imparciales. La pasión y razón del socialismo son también razón y pasión nuestras.

Los autores Santiago de Chile, marzo de 1989.

CAPITULO 1

LOS ORIGENES DEL MOVIMIENTO SOCIALISTA

Chile 1850-1920

La moderna idea socialista nació en Europa durante el siglo XIX. En las sociedades europeas, profundamente transformadas por la Revolución Industrial, había surgido un nuevo protagonista: una numerosa clase obrera que identificó como propia la doctrina socialista y la encarnó en poderosos partidos políticos.

En la misma época, Chile era una sociedad oligárquica. Al promediar el siglo XIX, la nueva República, autonomizada hacía sólo unos decenios de la metrópoli española, había logrado conformar un Estado con sólidos basamentos jurídicos. Se fundaba sobre una fuerte alianza, indiscutiblemente hegemónica, constituida por los terratenientes del valle central, los poderosos propietarios mineros del norte y los grandes comerciantes de Santiago y Valparaíso especializados en operaciones de importación y exportación. Este bloque social daba conducción, sin sobresaltos dramáticos, a un país que crecía económicamente y que poseía una excepcional estabilidad institucional, envidiable para las jóvenes naciones del resto de América Latina.

En ese contexto, ricos y pobres eran un dato del cuadro socioeconómico que, en la época, resultaba casi natural. Efectivamente, los frutos del crecimiento económico se distribuían de manera francamente desigual entre el pequeño grupo que constituía la alianza de clases privilegiadas y la gran mayoría de la población. El desarrollo chileno se fundaba en una inserción de Chile en el mercado internacional, al que volcaba buena parte de los productos de la agricultura y, principalmente, de la minería. Las fluctuaciones económicas externas generaron los primeros desequilibrios internos serios e impulsaron a algunos a pensar en la necesidad de avanzar más aceleradamente en la -hasta entonces- débil industrialización del país.

Ya a fines del siglo XIX, el debate sobre la política salitrera opuso dos visiones sobre el futuro. Para unos, el Estado chileno debía ser simple tributario de la actividad extranjera en la explotación del salitre, mientras otros consideraban que esta importante riqueza debía administrarse de modo tal de convertirla en la base de recursos nacionales para iniciar un proceso industrializado. La sangrienta guerra civil de 1891 zanjó las diferencias en favor de los primeros. En los decenios siguientes Chile vivió de los impuestos pagados por los capitalistas ingleses hasta que la Primera Guerra Mundial, entre 1914 y 1918, provocó el inicio de la decadencia del mercado externo del salitre.

Las características del desarrollo chileno durante el siglo XIX y comienzos del XX condicionaron la formación del movimiento socialista. La clase obrera industrial era reducida y débil. La expansión de la actividad minera en el norte dio lugar, sin embargo, al surgimiento de un proletariado que, desde entonces, daría ejemplo de organización y conciencia social. De igual manera, el desarrollo del artesanado y de los servicios públicos en la capital del país y regiones más próximas hizo factible el nacimiento de nuevas organizaciones laborales. En el extremo austral, en torno a núcleos de

trabajadores del sector ganadero, se generaron también los primeros embriones de organizaciones identificadas con la doctrina socialista.

Las ideas socialistas

La primera expresión de las ideas socialistas en Chile fue formulada por intelectuales influidos por el pensamiento europeo. Quien primero les dio forma escrita y pública, constituyéndose en el precursor del socialismo en Chile, fue Santiago Arcos Arlégui, discípulo de Blanc, Proudhon y Fourier. Arcos fundó en 1850, junto a Francisco Bilbao, la Sociedad de la Igualdad, organización que agrupó a un reducido número de intelectuales y trabajadores que reivindicaban la primacía de la razón sobre el dogma, el principio de la soberanía popular y el valor de la fraternidad como norma moral de vida. Encarcelado por sus ideas, Arcos envió desde la prisión una extensa carta a Bilbao, legando a la posteridad un documento que constituye una de las primeras expresiones de la rebeldía social que ya en esa época comenzaba a germinar.

El pensamiento de los socialistas llamados "utópicos", que había influido decisivamente a Arcos, tuvo también difusión pública. Los historiadores registran la publicación en 1849, en Valparaíso, de una obra de Louis Blanc. Años más tarde, en Chillan, hubo un intento de fundar un "falansterio".

Con el correr del tiempo comenzó la gestación de un pensamiento social más estructurado a través de expresiones populistas y democráticas, de la implantación de las ideas anarquistas y de la lenta y rudimentaria difusión del pensamiento de Marx. Entre los esfuerzos enmarcados en la primera vertiente, destacan las reflexiones de Malaquías Concha registradas, entre otras obras, en El Programa de la Democracia, publicado en 1894.

Las ideas anarquistas y marxistas tuvieron un significativo impulso a fines del siglo XIX, cuando un importante flujo migratorio arribó a América del Sur. Aunque de mucha menor significación en Chile que en los países del Río de la Plata, este contingente humano trajo un ideario avanzado de lucha social. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, el anarquismo tenía una fuerte implantación en importantes núcleos de trabajadores y una significativa influencia entre los estudiantes. Entre sus dirigentes figuraron el zapatero Augusto Pinto y el estudiante Oscar Schnake, ambos fundadores, en 1933, del Partido Socialista de Chile.

El pensamiento de la Primera Internacional, en la que tuvieron participación Marx y Bakunin, tuvo difusión en Valparaíso en 1872, a través del documento Bilbao ante la Sacristía de Eduardo de la Barra. Las ideas marxistas, sin embargo, tardaron bastantes años más en diseminarse. En su difusión tuvo un rol estelar el obrero tipógrafo Luis Emilio Recabarren, quien fue estructurando un pensamiento socialista más moderno y con diversas influencias externas, aunque siempre profundamente anclado en contenidos nacionales y populares que constituyeron una constante en su mensaje político. Recabarren viajó a Argentina, donde estableció relaciones con el destacado líder socialista Juan Bautista Justo; y luego a Europa y a Rusia después del triunfo de la Revolución de Octubre de 1917. En el seno del Partido Demócrata, en el que militó primeramente Recabarren, otros dirigentes como Luis Peña Lara y Agustín Leiva conocían también el marxismo.

En general, antes de la creación del Partido Obrero Socialista por Recabarren, las ideas socialistas constituyeron una mixtura de las fuentes ya señaladas: el socialismo utópico, el populismo democrático, el anarquismo y el marxismo.

A comienzos de siglo, algunos principios socialistas, correspondientes a la versión denominada "socialismo de Estado", fueron planteados en el seno del Partido Radical, corriente política ya firmemente establecida y nacionalmente estructurada. El principal representante de esta tendencia fue el destacado intelectual Valentín Letelier, quien impulsó exitosamente el nuevo planteamiento en la Convención Radical de 1906. Al mismo tiempo, se había desarrollado en el país una significativa corriente de crítica social que contribuyó mucho a estimular las ideas progresistas a través de libros y publicaciones periodísticas. Destacó como uno de los más agudos críticos de la época el profesor Alejandro Venegas, más conocido por su seudónimo de "Doctor Valdés Canje".

Durante todo este período de desarrollo embrionario de las ideas socialistas, la prensa tuvo una vida azarosa pero activísima. Numerosos periódicos, varios de ellos de efímera existencia, testimonian este esfuerzo que tuvo relevancia en muchas ciudades del país. Ya en pleno siglo XX, floreció la prensa anarquista y Luis Emilio Recabarren y el Partido Obrero Socialista dieron un singular impulso al desarrollo de la prensa obrera.

Las organizaciones

La expresión orgánica inicial del movimiento de los trabajadores fueron las Sociedades Mutualistas, entidades que agruparon, con fines de asistencia recíproca, a artesanos de rubros diversos.

La primera de ellas, la Sociedad Tipográfica de Socorros Mutuos, fue fundada en 1853. El mutualismo se extendió significativamente no obstante el sistemático hostigamiento gubernamental. A comienzos del siglo XX realizó su primer congreso nacional, en el que participaron ni más de un centenar de organizaciones representativas de unos diez mil afiliados.

Con el correr de los años, el mutualismo evolucionó hacia posturas más clasistas. Surgieron numerosas organizaciones obreras explícitamente interesadas en la llamada "cuestión social". Ejemplo de esta evolución fue la Sociedad Escuela Republicana, fundada en 1882, que promovió y sostuvo huelgas, desarrolló la prensa obrera, difundió noticias de carácter internacional sobre movimientos de trabajadores y postuló candidaturas de regidores y parlamentarios. En los años siguientes fueron creadas otras organizaciones similares, como el Centro Social Obrero y la Agrupación Fraternal Obrera.

La evolución descrita estuvo asociada al surgimiento de los primeros partidos políticos que asumieron declaradamente el punto de vista de los trabajadores.

El primero de ellos fue el Partido Democrático de Chile, fundado en 1887, que agrupó a artesanos y obreros en torno a una plataforma de objetivos democratizadores de avanzado contenido para aquella época. Del tronco democrático surgieron grupos y organizaciones que encarnaron, en los años siguientes, posturas más próximas al ideario socialista, tales como el Partido Proteccionista y el Partido Proteccionista Obrero. Fueron también miembros del Partido Democrático quienes constituyeron el ya mencionado Centro Social Obrero, que se fusionó en 1897 con la Agrupación Fraternal Obrera para

formar una entidad llamada Unión Socialista, cuyo programa proclamaba su propósito de "implantar el socialismo en Chile".

La Unión Socialista, entre cuyos dirigentes más importantes figuraron Luis Olea y Alejandro Escobar, se constituyó el 8 de diciembre de 1897, bajo la dirección del obrero José Gregorio Olivares, en la primera organización que asumió el nombre de Partido Socialista de Chile. El mismo año, en Magallanes, en el extremo sur del país, se creó la Unión Obrera, luego rebautizada como Partido Socialista de Punta Arenas. Un año más tarde, otra escisión del Partido Democrático dio nacimiento en Santiago al Partido Obrero Socialista Francisco Bilbao, también rebautizado en 1900 como Partido Socialista. Un nuevo desprendimiento democrático dio origen en 1901 al Partido Demócrata Socialista.

Todas estas organizaciones tuvieron una existencia efímera. Representan los primeros balbuceos del socialismo organizado, fruto de esfuerzos que requerían en aquella época de una singular fe y fortaleza moral. El Partido Democrático, por su parte, logró un desarrollo interesante y obtuvo en 1903 victorias electorales que le permitieron ganar la alcaldía de Valparaíso y tener una presencia parlamentaria. Pero fue sólo a partir de 1912, con la fundación por Recabarren, en Iquique, del Partido Obrero Socialista (POS), que se estableció una organización política de orientación socialista capaz de perdurar en el tiempo.

Simultáneamente al desarrollo de los partidos, surgieron con fuerza nuevas organizaciones obreras: las Sociedades de Resistencia, de orientación predominantemente anarquista, y las Combinaciones Mancomunales, embriones ambas del movimiento sindical que en el período inmediatamente siguiente adquiriría un progresivo vigor.

En 1904, al realizarse la Primera Convención Mancomunal de Chile, este movimiento contaba con aproximadamente veinte mil afiliados. Por su parte, el movimiento mutualista maduró con la creación en 1909 de la primera central sindical de carácter nacional, la Federación Obrera de Chile (FOCH), que en su tercer congreso, en 1919, bajo la presidencia de Recabarren, dejó de lado sus orígenes mutualistas para convertirse en una organización sindical de clase. Asimismo, a fines de ese año fructificaron los tesoneros esfuerzos del movimiento sindical orientado por el anarquismo, que logró establecer otra central sindical, Obreros Industriales del Mundo, filial chilena de la central internacional I.W.W. (Industrial Workers of the World), de matriz anarcosindicalista.

La FOCH, en 1921, se afilió a la central de orientación comunista conocida como Internacional Sindical Roja.

Recabarren y el POS

Luis Emilio Recabarren nació en Valparaíso en 1876. A los dieciocho años ingresó al Partido Democrático de Chile, iniciando una lucha incansable por los derechos de los trabajadores. Recabarren fundó y lideró numerosas organizaciones obreras a lo largo del país y realizó una impresionante tarea de creación de medios de prensa.

Encarcelado en varias oportunidades por períodos prolongados, viajó a Argentina en 1906 para evitar la aplicación de una condena en su contra. Ingresó al Partido Socialista Argentino y dos años después viajó

a Europa, donde desarrolló contactos con los líderes socialistas Pablo Iglesias, en España; Emile Vandervelde, en Bélgica; y Jean Jaurés, en Francia. Entusiasta de la Revolución de Octubre, viajó a Rusia en 1922, siendo en aquel entonces diputado por Antofagasta.

Prolífico escritor de artículos de prensa y opúsculos, se constituyó en el principal difusor de las ideas del socialismo en Chile y en su organizador más tenaz. Su pensamiento político, laboriosamente construido a través de sus lecturas y contactos internacionales, estuvo siempre firmemente asentado en su profundo conocimiento de la realidad del país y de su clase trabajadora, y en la reivindicación de los elementos del alma nacional y popular. Legó, sin duda, un desafío de originalidad y autonomía a las corrientes políticas de la izquierda chilena.

En 1911, Luis Emilio Recabarren se radicó en Iquique. Al año siguiente, con un grupo pequeño de seguidores, dio nacimiento al Partido Obrero Socialista (POS) y a su periódico El Despertar de los Trabajadores. Pocos días antes, en Punta Arenas, se había fundado una organización de base obrera llamada Partido Socialista de Chile que, según algunos historiadores, se habría integrado al POS. Este se extendió con rapidez, desde Iquique, a Santiago, Valparaíso, Concepción y otros puntos del país. Fue en el norte, con su gran concentración obrera, donde logró un mayor desarrollo.

El POS nació como un partido definidamente de clase y en sus sucesivos congresos fue perfilando el contenido más preciso de su propuesta política. El primero de ellos se realizó en Viña del Mar en 1915, y en él fue designado secretario general el zapatero Ramón Sepúlveda Leal, quien veinte años después se integró al Partido Socialista de Chile, fundado en 1933, organización en la que militó hasta su fallecimiento en 1970. También en 1915, Recabarren asumió en Iquique la dirección de El Socialista, periódico nacional del POS.

En 1916, Recabarren retornó a Argentina y se reincorporó al Partido Socialista Argentino. Por aquel entonces, dos sucesos de enorme trascendencia conmovieron al mundo y, en particular, al movimiento socialista internacional: la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. Ambos acontecimientos desataron ásperos debates y originaron la bifurcación -que ha perdurado hasta ahora- de diversas familias del movimiento socialista; familias que definen de manera distinta su relación con los acontecimientos de 1917 y con el pensamiento de Marx, Lenin y sus continuadores.

El acerado debate atravesó a la mayor parte de las organizaciones socialistas de todo el mundo. Recabarren tomó posición junto al ala "internacionalista" del Partido Socialista Argentino, tendencia minoritaria que se escindió para constituir el Partido Comunista Argentino del que Recabarren fue uno de sus fundadores.

Regresó a Chile al año siguiente y convirtió a la FOCH en una organización sindical de definición clasista. En el Congreso del POS del mismo año impulsó y obtuvo la solidaridad con la Revolución de Octubre y la adhesión a las posiciones de Lenin en el debate socialista internacional. En su cuarto Congreso, efectuado en Rancagua en 1921, el POS, con el acuerdo de todos sus delegados, cambió su nombre por el de Partido Comunista de Chile y acordó solicitar su ingreso a la Internacional, petición que sería aceptada en definitiva en 1928. En este evento, Ramón Sepúlveda Leal fue nuevamente elegido secretario general.

En el Congreso extraordinario realizado en 1924, el Partido Comunista se vio cruzado por fuertes polémicas internas, en las que Recabarren fue uno de los protagonistas. Por motivos que no se conocen claramente, tomó la determinación de poner fin a su vida poco tiempo después.

En 1925 se inició el proceso de "leninización" del Partido Comunista, consagrado luego en el Congreso de 1927. El proceso consistía en un radical cambio orgánico orientado a establecer una estructura partidaria celular y el principio del centralismo democrático.

La lucha social

Durante el extenso período que se ha examinado, dirigentes populares y organizaciones sociales, sindicales y políticas representativas de los trabajadores promovieron activamente diversas formas de luchas sociales en pos de los objetivos de las clases, capas y segmentos populares desposeídos o perseguidos.

La huelga, una de las formas más difundidas de lucha social, inició su historial en Chile en 1843, en el rico mineral de plata de Chañarcillo. En la misma época se registraron otros movimientos huelguísticos en las zonas carboníferas de Lota y Coronel. Pero fue en el último cuarto del siglo XIX y en los comienzos del XX cuando se generó una multiplicación de la lucha social, paralela al desarrollo ya reseñado de las Sociedades en Resistencia y las Mancomúnales.

El Partido Democrático, por su parte, convocó en 1888 a una movilización popular en Santiago contra el alza de pasajes del ferrocarril urbano. Cinco mil manifestantes protagonizaron el primer episodio de lucha callejera en nuestra historia social. La dirección máxima de ese partido fue encarcelada durante varias semanas y finalmente liberada por decisión personal del Presidente Balmaceda.

Hacia sólo dos años, en 1886, en Chicago, un grupo de trabajadores había sido reprimido y asesinado por luchar por una jornada de trabajo de ocho horas. A partir de entonces, la fecha de su muerte, el 1° de mayo, pasó a tener significación mundial como "el día del trabajador".

La primera constancia de su conmemoración en Chile es un texto publicado en 1893 por el dirigente democrático Luis Peña en El Obrero de La Serena.

Cinco años más tarde se efectuó en Santiago una manifestación de masas para conmemorar el Primero de Mayo y actos similares se realizaron en el resto del país. En 1906 se congregaron diez mil personas para escuchar al orador Luis Emilio Recabarren, otras mil quinientas concurren a la concentración llamada en Iquique y en Valparaíso la ciudad prácticamente se paralizó. Al año siguiente, en Santiago, veinticinco mil personas celebraron el Primero de Mayo en el Parque Cousiño, hoy denominado Parque O'Higgins.

Acompañante infaltable de la lucha social ha sido la represión. Durante el siglo XIX no hubo prácticamente episodio de movilización social que no fuera objeto del contraataque, a veces armado, de los aparatos represivos. Fue en 1907, sin embargo, en plena etapa de despliegue del movimiento de trabajadores, cuando se registró uno de los más brutales episodios represivos que registra la historia de América Latina. Los acontecimientos ocurrieron en Iquique, centro de la actividad obrera, a donde

habían confluído trabajadores con sus familias, provenientes de los diversos campamentos y minas, para demandar pacíficamente mejores condiciones de trabajo y de salarios. La represión cobró la vida de entre dos y tres mil personas, enlutó al movimiento de trabajadores y, por un instante, disminuyó el empuje que éste había ido adquiriendo.

La segunda década del siglo XX fue prolífica en episodios de lucha social, especialmente activados por la FOCH, los sindicatos anarquistas, el POS y diversas organizaciones obreras. En 1915, en torno a la Federación de Profesores de Educación Primaria, los maestros organizaron movimientos huelguísticos de importancia que se repitieron en los años siguientes. En 1918, los mineros de El Teniente fueron a la huelga con exitosos resultados, y en 1920 los obreros del carbón llevaron a cabo la llamada "huelga grande" para reivindicar la jornada de trabajo de ocho horas. En el extremo sur del país, los trabajadores ganaderos protagonizaron importantes movimientos reivindicativos que culminaron en 1919 con la brutal represión reivindicativa de Puerto Natales y, en 1920, con el asalto e incendio del local de la FOCH en Punta Arenas. Igual suerte corrió el local y la imprenta del Partido Socialista, cuyos dirigentes fueron perseguidos y algunos incluso asesinados.

Los años veinte se iniciaron en un cuadro de creciente efervescencia social y de expansión del movimiento de los trabajadores y de los estudiantes. Sería un decenio crítico para el futuro de Chile, pleno de acontecimientos políticos que inauguraron una nueva etapa de la vida nacional.

CAPITULO 2

EL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE: BOSQUEJO HISTORICO

Una fuerza perdurable

Un partido se define, en general, por la voluntad de congregación de hombres y mujeres en un espacio de organización que busque mantener, modificar o transformar de diversas maneras la sociedad vigente. Si así fuera, a la luz de las circunstancias históricas es posible afirmar que los grupos y sectores sociales dispersos que se fundieron en 1933 para dar origen al Partido Socialista no sólo firmaron un acta protocolar, sino que en realidad crearon un actor político muy particular y perdurable en la historia chilena.

Se trata del único Partido Socialista en América Latina que conquista un espacio social significativo y sostenido en el tiempo. En otros países donde también se fundan orgánicas socialistas, éstas no logran identificarse con las aspiraciones colectivas y más bien constituyen expresiones políticas de menor envergadura o, en el mejor de los casos, concitan cierto arraigo social pero no son capaces de mantenerlo y acrecentarlo. El complejo fenómeno político del populismo es el que logra captar la adhesión popular en países como Brasil o Argentina, a través de un liderazgo carismático de caudillos nacionales como Getulio Vargas o Juan Domingo Perón.

A modo de indicador, el Partido Socialista chileno obtuvo, desde las elecciones parlamentarias de 1937 hasta las de 1973, un porcentaje de votación que fluctuó entre un 9 y un 18 por ciento. En su punto más alto, las elecciones municipales de 1971, obtuvo el mayor apoyo popular logrado en América Latina, en

elecciones libres y competitivas, por una fuerza de definición marxista y portadora de un programa de radical cambio social, alcanzando un 22,3 por ciento de las preferencias.

¿Cuáles son las coordenadas histórico-políticas del surgimiento de esta organización? ¿Qué tipo de fisonomía política presenta, qué rasgos ideológicos la caracterizan y cuáles fueron los avatares de su complejo decurso histórico? A continuación se examinan estas interrogantes, reseñando las que parecen ser claves principales en el socialismo chileno.

La fundación

El Partido Socialista surgió en una coyuntura histórica muy precisa como alternativa popular a la opción comunista.

Su fundación estuvo precedida por la aguda crisis de la llamada República Parlamentaria. En los albores de la década del veinte, la democracia elitista y oligárquica imperante en el país se probó incapaz de encarar la "cuestión social", término utilizado en la época para denominar el surgimiento de las demandas y reivindicaciones de los trabajadores urbanos y salitreros. El sistema político tampoco fue capaz de enfrentar la progresiva descomposición del modelo económico primario- exportador, derivada de la sustitución del salitre chileno por un producto sintético en el mercado mundial.

El notable liderazgo de Arturo Alessandri Palma-el "León de Tarapacá"- inauguró la política de masas, convocando con su encendida oratoria y su irreverencia hacia la sociedad oligárquica a amplios sectores medios y populares. Triunfante en las elecciones presidenciales de 1920, Alessandri planteó reformas básicamente encaminadas a racionalizar el Estado para convertirlo en regulador y guardián de las relaciones entre el capital y el trabajo. Expresiones de esta política fueron, entre otras medidas, la imposición de un salario mínimo, la constitución de un sistema de seguridad social y la dictación del primer Código del Trabajo del país.

Sin embargo, el programa alessandrista fracasó por la ausencia de una visión económica coherente que propusiera una alternativa capaz de superar el agotamiento del modelo económico previo. Se creó en la sociedad chilena un enorme vacío de conducción política. Entre 1924 y 1932 se sucedieron intentos de solución a una crisis que alcanzó ribetes dramáticos por efecto de la ola depresiva mundial, y que provocó una emigración de obreros pauperizados de las salitreras del norte hacia Santiago y Valparaíso.

Por su parte, el Partido Comunista, recientemente fundado en 1922, sostuvo una política de extrema izquierda al reproducir fielmente las resoluciones del Comintern, elaboradas en Moscú.

En esta virtud, la tarea central del período era, para los comunistas, la "lucha de clase contra clase" impulsada en un contexto mundial que hacía prever como inminente la revolución socialista, a partir del deslumbramiento provocado por la gesta bolchevique que había, según se argumentaba, sepultado el marxismo "mecánico" y "evolucionista" anterior. De esta manera, el Partido Comunista quedó aislado y totalmente desligado de la realidad que vivía el país, muy alejada de los supuestos asumidos por la política de la Internacional Comunista.

Los antecedentes históricos reseñados configuran el telón de fondo en el que se incubó la aparición de un singular movimiento político que más tarde cristalizó en el Partido Socialista.

Desde su formación, esta organización política se nutrió de diversas fuentes.

En primer lugar, destaca el papel central que jugó el movimiento universitario, principalmente originado en la Universidad de Chile en la década del veinte. En aquella época, fueron los estudiantes los primeros impulsores de la lucha contra la oligarquía mediante la organización de expresiones democrático-populares. Al principio apoyaron la gestión de Alessandri, percibida como una opción que podía aliviar la situación de estancamiento económico y la enorme desigualdad social. Decepcionado por el fracaso de Alessandri, este núcleo de rebeldía universitaria reapareció con fuerza en los años treinta y se congregó en torno a diversos grupos de orientación socialista que buscaban alternativas políticas para sortear la crisis nacional. La Nueva Acción Pública, de Eugenio Matte; la Acción Revolucionaria Socialista de Eugenio González y Oscar Schnake; y el Partido Socialista Marxista dirigido por Eliodoro Domínguez y Jorge Neut Latour eran algunas de estas orgánicas que convergían de un conjunto de reformas democrático-nacionales tales como la reforma agraria, la nacionalización de las riquezas básicas, el fomento de la industrialización y la planificación estatal. Estas agrupaciones poseían, en general, una visión de socialismo doctrinalmente rudimentaria y compartían una perspectiva más bien jacobina de la política. Exaltaban por sobre todo la igualdad, la participación, la unidad del trabajo manual e intelectual, el respeto a los derechos humanos y otros valores de esta categoría. Estos principios fundamentales provenían de diversas fuentes ideológicas, como el anarquismo, el socialismo libertario, el humanismo y el nacionalismo progresista. Los rasgos más destacados de estas expresiones socialistas eran su tolerancia y apertura y una cierta "intuición sociológica" para captar el momento histórico imperante.

En segundo lugar, existía un segmento militar claramente politizado que representaba a parte de la oficialidad joven del Ejército de rango medio, que no estaba vinculada a la oligarquía y al que, por la rigidez de los cuerpos armados de la época, no se le permitía ascender. Este segmento militar era portador, en diversos grados, de una gran frustración por el estado de crisis en que se hallaba el país. Sus miembros buscaban respuestas que permitieran superar la grave situación nacional. Sin duda una de las figuras descolantes era el coronel de Aviación Marmaduke Grove Vallejos, quien más tarde asumió un rol protagónico en la formación del nuevo Partido Socialista.

En tercer lugar, adquirió gran relevancia en la sociedad chilena de aquel entonces un conjunto de capas medias, tanto ligadas al Estado como independientes, que también percibían una situación crítica y buscaban salidas políticas. Destaca entre ellas un importante sector del profesorado (tanto primario como secundario), personal de correos, el contingente ferroviario, el personal ligado a la burocracia estatal de menor rango y segmentos artesanales o semi-industriales, como zapateros, mueblistas, tipógrafos, sastres y otros. Interesa subrayar que el estrato medio estatal constituye la primera ola de un sector social que se irá acrecentando con el tiempo. Este grupo emergió gracias a una cierta movilidad social que le permitió apreciar con claridad el papel positivo del esfuerzo y la competencia individual. De este modo, se hizo patente para ellos el bloqueo social de las instituciones oligárquicas que ignoraban las demandas y aspiraciones de otros sectores de la sociedad. Por otro lado, determinados núcleos artesanales se expresaban contra la progresiva masificación industrial en ciernes, pero sin por ello avalar

el orden anterior. Es principalmente en estos sectores donde se encuentra radicada una vertiente ideológica de tinte anarquista, socialista, reformador y utópico cuyo principio doctrinario central era batallar por una sociedad de iguales.

Por último, es preciso mencionar un factor coadyuvante de origen externo: el impacto que provocaron en los sectores políticamente disponibles recién descritos las tesis sustentadas por el líder peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador e ideólogo de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), un movimiento de clases medias y populares de gran arraigo en su país. La concepción de Haya de la Torre, que captura en cierto modo la imaginación de movimiento político chileno, se funda en su visión sobre el carácter heterogéneo y singular de América Latina, continente que él denominaba "Indo-América". Haya de la Torre sustentaba una política anti-imperialista, anti-oligárquica y profundamente nacional de denuncia de la explotación de las riquezas básicas de la región por potencias foráneas. Sin avalar recetas de orden general, proponía a cada país la búsqueda de su propio camino, desechando modelos de elaboración externa muy en boga por esos años. No obstante, las soluciones nacionales estaban, en su pensamiento, indisolublemente ligadas a la liberación de América Latina como "pueblo-continente".

El antecedente catalizador de la creación del Partido Socialista, que aglutinó a las expresiones sociales y políticas dispersas recién descritas, fue el exitoso levantamiento del 4 de junio de 1932 encabezado por Marmaduke Grove y Eugenio Matte. La toma del gobierno se prolongó por tan sólo doce días. Sin embargo, la denominada "República Socialista" permaneció en la memoria como un hito épico, testimonio casi romántico de la invariable vocación de cambio social de los socialistas, como bien lo señala el historiador clásico del socialismo chileno Julio César Jobet: "... Los escasos doce días de gobierno popular valieron profundamente, más que por sus realizaciones, por sus enseñanzas y lecciones prácticas para la lucha independiente de las clases medias trabajadoras y por su inmediata resonancia sentimental en el corazón de los oprimidos, hasta ese entonces siempre vencidos y engañados, creándoles un fuerte anhelo revolucionario y socialista encaminado a la conquista de su liberación".

Tanto Grove como Matte, desde su relegación en Isla de Pascua, reconocieron el imperativo de fundar un auténtico Partido Socialista que nucleara a toda la gama de organizaciones y sectores sociales que habían despertado con la crisis. Carlos Charlín, joven participante en los acontecimientos de 1932, relata lo siguiente en una erudita investigación realizada cuatro decenios después: "El tema que luego embargó la total atención de los prisioneros políticos en las tertulias nocturnas de la Isla de Pascua fue el problema de haber carecido la República Socialista de un poderoso partido de la clase obrera que le apoyara y colaborara en el gobierno. Matte creía que Chile estaba maduro para tener un poderoso Partido Socialista (...) Creía que sería fácil reunir a muchas de las personas que apoyaron al gobierno del 4 de junio en un gran congreso de obreros, empleados, intelectuales y profesionales de tendencias socialistas y sindicales, para construir el nuevo Partido Socialista". Esta aspiración culminó el 19 de abril de 1933 con la fusión de la Orden Socialista, el Partido Socialista Marxista, la Acción Revolucionaria Socialista y la Nueva Acción Pública.

El nuevo partido despegó gracias a la apelación carismática de Grove. Ante una sociedad carente de liderazgos y orientación, Grove se reafirmó rápidamente como un gran líder nacional, y el "grovismo" se

convirtió en un fenómeno de masas. En las palabras de Jobet: "... la fascinante personalidad de Marmaduke Grove se impuso arrolladora en los ámbitos del PS, los sobrepasó y llegó a introducirse hondamente en las vastas muchedumbres no politizadas. Para millares de ciudadanos, el socialismo se confundió con su persona y con su palabra". Así se explica cómo en las elecciones presidenciales de 1932, entre cinco candidatos, Grove ocupó el segundo lugar con el 17,7 por ciento de los votos. Este resultado consagró el espacio político-social de los socialistas en el país. De este modo, aunque la asonada socialista del 32 fracasó por su llamado prematuro al pueblo y su desconexión con las organizaciones populares pre-existentes (comunistas, radicales, demócratas), abrió una opción política permanente en la izquierda, alternativa a la propuesta comunista. Además, el fallido intento del 4 de junio intuyó ya los temas centrales que más tarde abordaría la coalición "frente populista", cuando en 1938 asumieron las tareas de desarrollo e industrialización del país.

Identidad socialista

Los antecedentes reseñados permiten entender la complejidad del momento originario del Partido Socialista. Autorizan además a afirmar que el Partido Socialista definió desde un comienzo un nuevo espacio en la cultura política del país.

Este nuevo espacio se caracterizaba, en lo medular, por los siguientes rasgos: la contradicción genérica entre la oligarquía y el pueblo como eje ideológico central; el papel redistributivo adjudicado al Estado; el peso decisivo de los liderazgos carismáticos y el reclutamiento en "abanico" desde sectores medios diezmados por la crisis hasta obreros, artesanos y pobres en general. Por otra parte, la naciente agrupación política aparece teniendo como sustento vital al régimen democrático prevaleciente en el país. Su desarrollo estará signado por su profunda compenetración con el Estado, dentro del sistema político de "compromiso social" que se gestó sobre todo a partir de 1938.

A la luz de esta matriz histórica, se pueden apreciar con mayor claridad las características que asumió la cultura socialista. La relevancia que alcanzó el caudillo sobrepasó la significación de la formulación programática y permitió que se estableciera una relación directa entre él y la masa. Esta situación tendió a reproducirse en las regiones y localidades del país y entre los contingentes parlamentarios. Estos últimos contaban con un peso político "más allá" de la orgánica partidaria, que se sustentaba en el conocimiento cabal de la zona y, sobre todo, en el carisma o capacidad de conducción natural que se les adjudicaba.

La estructura orgánica del partido adquirió marcadas peculiaridades. Coexistían con el Comité Central las llamadas "Brigadas" que agrupaban a los militantes según su desempeño profesional, ámbitos y géneros de actividad (por ejemplo, la Brigada Parlamentaria, la Brigada de Abogados, la Brigada Universitaria, la Federación Juvenil, la Federación de Mujeres). Estos segmentos constituían dentro del partido centros de actividad política -muchas veces más significativos que la propia organización territorial- que confluían en las elecciones tanto de carácter nacional como internas y se erigían, de hecho, como una constelación de grupos de presión, presentando sus demandas y planteamientos sectoriales que debían ser cuidadosamente equilibrados en el seno del partido. De esta manera, el Partido Socialista desarrolló un estilo político caracterizado por un alto grado de negociación interna que, eficaz como mecanismo de búsqueda de consensos o conformación de mayorías significativas, tenía también una cierta proclividad a

generar prácticas orgánicas viciosas. Estos rasgos, que pueden encontrarse en mayor o menor grado en cualquier agrupación política, tuvieron en la orgánica socialista una relevancia especial e importantes consecuencias.

Un significativo espacio de la rica vida interna partidaria fue constituido por las denominadas "Seccionales", agrupaciones de militantes y simpatizantes que habitaban en un mismo territorio. En las "Seccionales" transcurría la verdadera vida cotidiana del partido. Sus locales, repartidos a través de todo Chile, eran lugar de congregación de militantes y simpatizantes. Allí se debatía no sólo la política nacional y partidaria, sino también asuntos que tenían relación con problemas locales inmediatos, como la situación habitacional, las disputas vecinales o las reivindicaciones comunales. Los actos partidarios fueron gradualmente adquiriendo su propia ritualidad, la que se constituyó en tradición. Se difundieron los símbolos partidarios y el himno -la Marsellesa Socialista- se constituyó en el corolario obligado de todos los eventos. Lentamente, pues, se fue asentando en la conciencia militante y en la memoria popular una cierta identidad socialista.

En suma, la primacía de los líderes, la singular estructura orgánica, que de forma muy laxa se ramificaba hacia la sociedad, el papel central de las elecciones, tanto internas como externas, y los símbolos rituales que este partido generaba, cristalizaron una "forma de ser" política calidoscópica, multifacética, irreductible a preceptos doctrinarios rígidos. Era un conglomerado político de "mil caras" que se diseminaba en la sociedad como un conjunto de redes socio-culturales y permeaba a un vasto sector social, por lo que su crecimiento estuvo en consonancia con estas características. Algunos de los estudiosos del socialismo chileno lo han calificado de "aluvional": el Partido Socialista desarrolló en ciertos períodos expansiones repentinas que no podían ser "capitalizadas" en términos de una mayor fortaleza orgánica.

Desarrollo histórico

El Partido Socialista albergaba un conjunto de postulados doctrinarios de notable originalidad que se analizan con más detención en el próximo capítulo. Sumariamente esbozados, eran los siguientes: una definición flexible del marxismo, entendido como método que debía ser constantemente enriquecido con los avances de la ciencia social moderna; la afirmación de una voluntad revolucionaria que busca la implantación de un "Estado de trabajadores" para llegar al socialismo como objetivo final; una visión esencialmente latinoamericanista y anti-imperialista que se nutre, como se señaló, de las posiciones originales del Aprismo peruano; una crítica sin concesiones al estalinismo como deformación del proyecto socialista y la negativa a considerar el modelo soviético como el modelo socialista ideal; y la aspiración por elaborar una alternativa nacional de construcción socialista.

Las propuestas ideológicas de los socialistas no siempre encontraron una concreción fácil. En la existencia orgánica del socialismo chileno, convertir en políticas las grandes líneas orientadoras en el plano doctrinario resultó ser un proceso pleno de vivos debates y, a veces, de graves dificultades internas.

Hubo momentos en los que estos elementos doctrinarios se convirtieron en grandes "postulados éticos", invocados a menudo sólo retóricamente en aras de una identidad compartida, pero impotentes para alimentar el quehacer político concreto.

También hubo períodos en que el divorcio entre teoría y práctica llevó al Partido Socialista a situaciones críticas. Esos períodos coincidieron con el perfilamiento de dos tendencias subyacentes que, según las circunstancias, adquirirían mayor vitalidad y agresividad ideológica. Una, de corte obrerista-vanguardista, que veía toda participación en la lucha electoral y en el Estado como un repudiable "colaboracionismo de clase" que diluía el sentido revolucionario del partido. La otra, de corte pragmático, asumía al partido como una organización sin proyecto propio y sin aspiración hegemónica, destinada a promover y llevar a cabo reformas negociadas desde el Estado que no incidían en profundidad en la naturaleza social del régimen vigente.

Estas posturas contrapuestas -la primera más abiertamente planteada y la segunda quizás más tímida o disfrazada- fueron la raíz de las diversas escisiones que sufrió el Partido Socialista. En aquellas oportunidades en que perdió solidez programática y direccional una línea política que fuera capaz de proyectar positivamente el ideario y las potencialidades del socialismo, lograron relieve las posiciones extremas descritas, verdaderas deformaciones de la naturaleza partidaria. Su enfrentamiento condujo a rupturas o a acuerdos y negociaciones que, logrando evitarlas, crearon situaciones de equilibrio inestable. El único liderazgo fundado en un proyecto partidario coherente, capaz de quebrar esta dualidad de posiciones, fue el de Salvador Allende.

Muchas veces Allende fue un "solitario" dentro de su partido, pero llegó a ser capaz de combinar, con una intuición enorme, las constantes doctrinarias y la raigambre popular del socialismo, expresada en su singular cultura política, para proyectarlas más allá de los esquemas preestablecidos en su propuesta para Chile de un socialismo con "sabor a vino tinto y empanadas". El proyecto allendista conjugó el ideal democrático con el ideal socialista. Allende tradujo su impenitente búsqueda en el esfuerzo por construir una gran mayoría nacional dispuesta a luchar dentro del régimen político democrático por una gradual profundización de los derechos individuales y colectivos en un marco de progresiva eliminación de opresiones y desigualdades en todas las esferas de la sociedad. Basta sólo revisar sus discursos más notables y su extensa labor pública para advertir la envergadura de la apelación allendista que hoy rebasa los marcos nacionales para erigirse como parte del patrimonio universal del movimiento socialista. En el capítulo 7 se retoma con mayor detalle esta temática crucial.

Es posible discernir dos grandes etapas en la evolución del socialismo chileno: la primera, desde la fundación en 1933 hasta la reunificación de 1957, y la segunda desde ese momento hasta la división de 1979.

La participación del partido en las coaliciones gubernamentales del Frente Popular es el hecho más trascendente de esta primera fase. En esta etapa el Partido Socialista aporta toda su energía a la formación y desarrollo de grandes instituciones nacionales que abren cauce a un importante desarrollo económico y social basado en el proceso de industrialización. La veta "reformista" del partido, en su mejor sentido, adquiere preeminencia en esta época y define a la agrupación por su estrecho enlace con el aparato estatal. De todas formas, las ambivalencias descritas fueron causa de divisiones

protagonizadas por quienes, en términos gruesos, postulaban con gran elocuencia la inutilidad de la participación estatal porque "cercenaba" la vocación de transformación social inherente a la utopía socialista.

Pero la división de mayor relevancia se produjo por efecto de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, dictada en 1948 con el objetivo de excluir a los comunistas de la escena política y reprimirlos duramente. El sector dispuesto a colaborar con el gobierno de González Videla fundó el Partido Socialista de Chile, y el sector de mayor envergadura se erigió en el Partido Socialista Popular. En esta primera etapa resulta interesante registrar la participación de los socialistas populares en la experiencia política de Ibáñez en 1952, que marcó el fin de los gobiernos radicales y que expresó una gran crisis de confianza de la población hacia los partidos políticos. La apuesta del sector mencionado consistía en desarrollar, en una perspectiva socialista, el movimiento de masas heterogéneo que rodeaba a Ibáñez y capitalizar las reformas sociales que éste proponía. El resto de la izquierda se marginó de esta opción y levantó la candidatura presidencial de Allende. Los socialistas populares abandonaron el gobierno de Ibáñez a poco más de un año de su ingreso, frustrados en sus propósitos.

El fracaso estrepitoso del experimento ibañista consolidó entre los socialistas populares una visión muy crítica de las alianzas interclasistas. Surgió de allí la tesis del "Frente de Trabajadores", de significativa importancia en la segunda etapa iniciada en 1957. Los socialistas populares lograron subordinar a los comunistas a esta línea, restringiendo las posibilidades de alianza de los partidos de izquierda, y fijaron a la reunificación del socialismo el mismo sello en el gran Congreso de Unificación que se llevó a cabo en Santiago en julio de 1957.

El elemento central de la segunda etapa señalada estuvo constituido por el desarrollo de masas y proyección que alcanzó el socialismo con las candidaturas presidenciales de Salvador Allende en 1958, 1964 y 1970. Al mismo tiempo, esta etapa estuvo signada por el acercamiento entre socialistas y comunistas, materializados en el Frente de Acción Popular, primero, y luego en la Unidad Popular. El socialismo potenció al máximo su vocación de conquista del poder estatal, tras un proyecto nacional elaborado con su contribución protagónica. En este período se gestó al interior del socialismo una fuerte tendencia hacia una definición ideológica leninista. Los factores que más incidieron en este impulso fueron la derrota electoral de la izquierda en 1964, la emergencia de un centro político altamente ideologizado y renuente a establecer alianzas, como era la Democracia Cristiana, y el nacimiento del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) -cuyo núcleo de liderazgo surgió en la Universidad de Concepción- denostando el "parlamentarismo" y el "pacifismo" de la izquierda. Pero el factor crucial fue el formidable impacto que causó la Revolución Cubana, cuya victoria parecía señalar que, en las condiciones de América Latina, el solo impulso de la "voluntad revolucionaria" era suficiente para instaurar el socialismo. Comenzó a ganar fuerza al interior del Partido Socialista el cuestionamiento drástico de la noción de una "transición pacífica" al socialismo, y a denunciarse el "ilusionismo electoral" como una cortina de humo que supuestamente escondía las contradicciones reales de la sociedad.

Esta línea de pensamiento -dentro de un partido contradictorio y multifacético- percibió a la candidatura de Allende en 1970 como la última posibilidad del recurso a las urnas. La propia gestión presidencial de

Allende, y la visión que tuvo de ella su partido, pusieron en evidencia las tensiones no resueltas que envolvieron a los socialistas durante los tres años de la Unidad Popular.

CAPITULO 3

BASES DOCTRINARIAS DEL SOCIALISMO CHILENO

Fuentes de la historia socialista

El triunfo de Salvador Allende en 1970 y su derrocamiento tres años más tarde despertaron, como nunca antes, el interés mundial por el acontecer chileno. Se cuentan por centenares, quizás por miles, los artículos de análisis, ensayos académicos y libros publicados en decenas de países y en distintas lenguas sobre la experiencia conocida como "vía chilena al socialismo". Polémicos en su mayoría, sostienen tesis diversas, muchas veces contrapuestas, que no han cerrado todavía el debate sobre su significado, sus éxitos y sus errores. La victoria y derrota de la Unidad Popular y de su Presidente continuarán siendo durante mucho tiempo objeto de examen y discusión.

Varios académicos estadounidenses y europeos, ya antes de 1970, se habían adentrado en investigaciones sobre el Partido Socialista de Chile. El esfuerzo historiográfico de origen chileno no ha sido abundante, aunque ha tendido a desarrollarse en los últimos años, comprometiendo tanto a estudiosos socialistas de dentro de Chile y del exilio como a algunos de otras tendencias. En el período previo a 1973, destaca por su continuidad y consistencia el trabajo de Julio César Jobet, especialmente su recopilación de los materiales de los Congresos del Partido Socialista realizados hasta entonces.

Con posterioridad al golpe militar, la tarea de recuperación y publicación de material escrito y gráfico realizada por el historiador Alejandro Witker en su exilio en México ha tenido una dimensión apreciable. Este material histórico, que contiene los acuerdos principales de los eventos partidarios (Congresos Plenos, reuniones de Comité Central o Comisión Política), constituye una fuente fundamental para conocer la historia y la evolución del socialismo chileno. Otras fuentes importantes son los discursos de dirigentes y parlamentarios, los libros de contenido político o ideológico escritos por militantes socialistas, los testimonios y las numerosas revistas periódicas publicadas, con mayor o menor continuidad, por el propio partido o por algunas de sus instancias.

No es fácil elegir entre estos materiales aquellos que ejercieron más influencia y que fueron determinando las bases doctrinarias del socialismo. Una buena elección, a cargo de Julio César Jobet y Alejandro Chelén, fue publicada en 1972 por Editorial Quimantú. A la luz de los debates que animan al socialismo actual, tres de ellos pueden considerarse como las referencias doctrinarias que se proyectan con mayor vitalidad: la Declaración de Principios de 1933; la Fundamentación Teórica del Programa de 1947, escrita por Eugenio González; y el Primer Mensaje al Congreso Pleno del Presidente Salvador Allende, texto hoy conocido con el título de "La Vía Chilena hacia el Socialismo".

El primero contiene las definiciones matrices del socialismo chileno sobre el marxismo, los primeros elementos de su postura internacional latinoamericanista y su definición revolucionaria. Es un documento extremadamente breve y conciso que sintetiza un conjunto de principios en torno a los cuales concordaron las cuatro tendencias socialistas que se fusionaron en 1933. El segundo destaca

especialmente la matriz anti-autoritaria del pensamiento socialista, tanto en relación con el Estado como frente a los fenómenos del militarismo, la burocracia y la deformación estaliniana en los regímenes denominados socialistas. Con el transcurso del tiempo, este documento ha ido adquiriendo un creciente valor porque fue capaz de adelantar en decenios temáticas cardinales en el debate contemporáneo. El tercero constituye la más lograda elaboración de un proyecto de profundización simultánea de la democracia y el socialismo.

Doctrina y realidad

El Partido Socialista, desde su fundación, se ligó sólidamente a la realidad chilena y ocupó con éxito un amplio espacio social y político. Los socialistas tuvieron, desde su nacimiento, una asertiva visión sobre su propia originalidad. Quien mejor sintetizó esta percepción fue uno de sus fundadores, Oscar Schnake, en el opúsculo "No somos un partido más": "El Partido Socialista no es un partido más en el juego de la política chilena. Es el único partido nuevo. Nuevo por la composición social de sus bases, nuevo por su orientación, nuevo por sus métodos de lucha, nuevo por su organización".

El Partido Socialista se propuso como una de sus orientaciones básicas enraizarse efectivamente en las tradiciones y "formas de ser" de los chilenos. En el mismo ensayo ya citado, Oscar Schnake expresó magistralmente este propósito: "Nuestra orientación es profundamente realista. Pretendemos conocer la realidad chilena, interpretarla en su mecanismo económico y social, y hacer del partido un instrumento capaz de cambiar esa realidad (...) Por eso queremos darle (al partido) un contenido nacional que abarque nuestra manera de trabajar, gozar, sufrir y sentir, para hacer un pueblo nuevo en todas sus facetas".

La aspiración socialista tuvo bastante éxito en el período inmediatamente siguiente a su fundación, en la medida en que supo recoger los anhelos de justicia e igualdad social de diversos sectores y grupos de la sociedad chilena. De modo que este vital entronque con la realidad, junto a los principios ideológicos o doctrinarios que fue acogiendo el socialismo en su acervo, son elementos básicos de su identidad que están presentes desde su propia génesis. No es éste un rasgo común en las experiencias latinoamericanas. El gran desafío para cualquier partido político es representar efectivamente y con perspectivas de perdurabilidad y crecimiento en el tiempo a un segmento social determinado que constituye su base primordial. Esta es la prueba decisiva que no lograron superar numerosas organizaciones políticas del continente. Tanto en la izquierda como en la derecha, un sinnúmero de élites y aparatos burocráticos han fundado declarativamente partidos políticos, pero sólo se han limitado a esbozar un catálogo de principios ideológicos abstractos sin lograr arraigo ni pertenencia social. Las verdades doctrinarias declaradas y las formulaciones teóricas son una cáscara vacía por muy bien planteadas o intencionadas que sean, si no son capaces de, en último término, procesar y representar realidades sociales profundas. Estas, como es habitual, conforman una textura policromática de signos que apelan a aspiraciones, motivaciones y lealtades que configuran identidades sociales tangibles.

Ideas matrices

Una característica esencial y permanente del socialismo chileno ha sido su disposición siempre abierta para discutir en su interior nuevas ideas teóricas y formulaciones renovadas en materia de línea políti-ca.

Este punto de partida, en virtud del cual se reconoce al debate como el único método válido de gestación de posiciones auténticamente colectivas, se aprecia ya en el acta de la sesión de fundación. La reproducción bastante minuciosa de opiniones de connotados militantes que concurren a la histórica reunión -Oscar Schnake, Federico Klein, Eugenio Matte, entre otros- y la participación allí de varias orgánicas de definición socialista, concordadas finalmente en torno al imperativo de la fusión en una sola tienda política, revelan un espíritu de respeto por el derecho a disentir y la libertad de crítica. Esta noción ha sido uno de los grandes capitales del Partido Socialista y su fuente de renovación y desarrollo en los tiempos más oscuros. Por otra parte, el incansable espíritu de debate de los socialistas, objeto de abuso o de exageración en algunos capítulos de su historia, ha tendido a veces a resentir la disciplina básica partidaria y, en parte, ha sido responsable de las desavenencias y fragmentaciones de una familia socialista que se ha demostrado incapaz de convivir por un tiempo prolongado bajo un mismo techo.

Durante su existencia, los socialistas han expresado un conjunto de ideas-fuerza que ha tenido diversa fortuna, grados de presencia y acentos. En verdad, nunca han elaborado un esquema rígido o un cuerpo doctrinario completo y acabado que diera respuestas prefabricadas a todos los desafíos y situaciones que el socialismo ha debido enfrentar en su vida azarosa y ya extensa.

En la Declaración de Principios de 1933, se adoptó el marxismo como referencia ideológica central. Se subrayó allí que se le acogía estrictamente como un "método de interpretación de la realidad" que podía ser "rectificado y enriquecido por todos los aportes científicos del constante devenir social". Es decir, se rehusaba considerar al marxismo como una formulación estática y de contenidos ahistóricos, capaz de proveer un conjunto de leyes y principios inamovibles a partir de los cuales podía explicarse la realidad y elaborarse una receta para transformarla. En la formulación de los fundadores, el énfasis se colocaba en el poder creativo de crítica y análisis de la realidad social que aportaba la concepción marxista, como conjunto de premisas que debían ser constantemente revisadas y enriquecidas por las experiencias de su aplicación a situaciones históricas concretas con peculiaridades propias.

Esta concepción dinámica y abierta de su matriz ideológica fundante evidenciaba un gran espíritu de tolerancia, base para la coexistencia en el interior del nuevo partido de varias tendencias filosóficas y doctrinarias: la veta anarquista, con su énfasis en la sociedad como espacio de la transformación revolucionaria y su sospecha frente al autoritarismo de cualquier signo; el humanismo laico, que consideraba como elemento central de la actividad política transformadora la capacidad intelectual de raciocinio argumental del ser humano; las versiones del socialismo utópico y autogestionario, fundadas en motivaciones éticas de igualdad y justicia que subrayaban la solidaridad social como elemento eje de organizaciones de la convivencia humana; y, en fin, aquellas tendencias que se reconocían como directamente derivadas del pensamiento de Marx. Todos estos elementos constituían un cosmos complejo, un verdadero caleidoscopio donde se recortaban identidades no coincidentes del todo para conformar un rico diseño colectivo.

Es posible sostener que, complementariamente con esta versión ideológica flexible y abierta, y por sobre las divergencias e interpretaciones de tipo libresco, el ideal de los socialistas ha estado siempre impregnado de una afirmación humanista que se traduce en una demanda de amplia libertad política, igualdad social, respeto a la soberanía popular y justicia económica. De allí que, en su mejor tradición, el

socialismo no se ha erigido en representante político de una sola clase social definida como la depositarla exclusiva y único motor del cambio en la sociedad, como, por el contrario, lo sostiene el esquema clásico marxista-leninista.

En realidad, el socialismo ha sido más bien una organización de corte popular que ha aglutinado a todos los sectores sociales y grupos desposeídos y excluidos del progreso social por la dinámica concentradora del capitalismo. Desde su nacimiento, el Partido Socialista ha querido representar a un ancho bloque social definido genéricamente como el conjunto de "trabajadores manuales e intelectuales"; que incluye, por cierto, a la clase obrera junto a otros sectores que viven de su propio trabajo, tales como empleados, pequeños industriales, comerciantes detallistas, artesanos, profesores y capas campesinas de pequeños propietarios, inquilinos, medieros y jornaleros. En definitiva, más que a una clase determinada, el discurso político socialista ha estado permanentemente dirigido al "pueblo" concebido como lo opuesto a las clases propietarias y privilegiadas socialmente.

Treinta y ocho años después, esta perspectiva de la época de la fundación constituyó un elemento claramente definitorio en la formulación de Allende de la vía chilena al socialismo. De este modo, el alegato socialista ha sido eminentemente plebeyo, rebelde y difícilmente encasillable en una sola "verdad" doctrinaria.

Autonomía

La sustentación de la propia autonomía, como condición básica para elaborar un proyecto político anclado en la realidad social de Chile, ha sido otro vértice del ideario socialista y se halla en la base misma del proyecto elaborado por Allende. En el momento histórico de la fundación, esta virtud se vinculó directamente al rechazo de las organizaciones internacionales existentes como centros rectores del quehacer político. Se criticó el reformismo pragmático y acomodaticio de la Segunda Internacional, porque convertía al socialismo en una mera política de administración estatal, cercenándose todo contenido utópico y potencialidad transformadora. Con igual rigor, se estableció distancia del modelo soviético adoptado por la Tercera Internacional por sus sesgos burocráticos y autoritarios. En particular, se planteó una crítica acérrima al estalinismo como un trastrocamiento y deformación flagrante de los ideales emancipatorios del socialismo; crítica recogida y desarrollada con singular profundidad en la Fundamentación del Programa de 1947. El análisis apuntaba a evitar la confusión, en la que cayó el movimiento comunista, entre el socialismo como meta o arquetipo de sociedad y la defensa irrestricta de los intereses y posiciones del Estado soviético.

Pero la carencia de un modelo planteó al Partido Socialista el más grande desafío de su existencia, pues lo obligó a analizar con ojos propios la sociedad chilena y latinoamericana, sin más herramientas que un conjunto de certidumbres elementales. La autonomía de elaboración tenía la ventaja de impulsar el pensamiento original e independiente y el estudio de la trama social y política nacional. Obligaba, por otra parte, a una visión muy amplia de las experiencias internacionales de lucha y construcción socialista, proceso en el que nada podía garantizar que determinadas influencias ideológicas de origen externo no generaran tendencias imitativas y de adscripción que, precisamente, terminaran negando la autonomía definida en la fundación.

Dimensión nacional y latinoamericana

La definición autonomista y su consiguiente rechazo a ambas Internacionales, las dos de origen y conducción fundamentalmente europea, impulsaron a los fundadores del socialismo a colocar un fuerte énfasis en el escenario político y social latinoamericano como el espacio preferente para el desarrollo internacional de las ideas del socialismo autónomo, planteando en su Declaración de Principios la "unidad política y económica de los pueblos de América Latina para llegar a la Federación de Repúblicas Socialistas del Continente". El propio símbolo partidario, un hacha sobre un fondo que recorta un mapa de América Latina, revela esta sensibilidad por los problemas continentales. Como ya se indicó en páginas anteriores, la influencia del liderazgo populista peruano, en particular de la figura y pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre, fue determinante en la etapa inicial del socialismo chileno. De esta manera se subrayaba el origen común de los pueblos del continente, su comunidad de lazos culturales y de problemas tales como el atraso agrario, la existencia de castas aristocráticas y oligárquicas, el imperativo por la industrialización y, como temática central, la subordinación de la región a potencias extranjeras que se apropiaban directamente (o a través de la ligazón con sectores dominantes criollos) de recursos productivos claves. En consecuencia, el Partido Socialista postulaba una política anti-imperialista de oposición a la presencia in-contrarrestada de las economías desarrolladas en nuestros países. Esta temática fue recogida nuevamente, con extensión, en la Fundamentación Teórica de 1947, y dio un sello característico al pensamiento y gobierno de Salvador Allende que, entre otras medidas trascendentes, nacionalizó el cobre, la principal riqueza básica del país.

El anti-imperialismo socialista es una de las facetas de otro rasgo permanente del perfil partidario: la adhesión a los valores e intereses nacionales. Como ya se señaló, el Partido Socialista recién fundado tuvo la aspiración explícita de vincularse a las tradiciones y formas culturales originales chilenas que constituyen la denominada idiosincrasia o ser nacional. El éxito del propósito lo demuestra el arraigo en un segmento social importante de la sociedad chilena de un sentimiento socialista no estrictamente asociado a definiciones ideológicas, y la identificación popular -visceral casi- con un conjunto de líderes socialistas que en gran medida han logrado, con mayor o menor éxito, combinar las propuestas globales de transformación social con la política concreta.

En el plano económico, los socialistas siempre tradujeron su nacionalismo en una lucha por el rescate de los recursos naturales de manos de los monopolios extranjeros. En el plano político la adhesión se expresó en la sustentación de los principios básicos de libre determinación de los pueblos y de no intervención.

Democracia y cambio

Otro signo fundamental del socialismo es la identificación con la democracia como método y forma superior de convivencia social. El Partido Socialista, así como el conjunto de las fuerzas de izquierda, hicieron una contribución decisiva a la ampliación y perfeccionamiento del sistema democrático. Momentos culminantes de este aporte fueron, entre otros, la participación socialista en el Frente Popular, su adhesión al Bloque de Saneamiento Democrático en la década del cincuenta, y, en general, su siempre activa y fructífera participación en el Parlamento. Las elaboraciones doctrinarias de los socialistas sobre la democracia han transcurrido en torno a dos nudos teóricos principales no

excluyentes entre sí, y cuyos énfasis se han ido alternando a través del tiempo. El primero es la confrontación entre las nociones de democracia real y democracia formal, que permitió poner de manifiesto las severas limitaciones, en los planos económico y social, del régimen democrático vigente en Chile hasta 1973. El segundo, asumido con gran fuerza por Eugenio González y Salvador Allende, ha realzado la compleja temática de la vinculación entre socialismo y democracia. Esta reflexión ha destacado dos puntos esenciales: por un lado, el reconocimiento del método democrático como el más adecuado para bregar por un proyecto socialista, y, por otra parte, el rescate de la virtud democrática como rasgo indispensable y permanente del socialismo propuesto para Chile.

Para González, el socialismo representa la "continuidad orgánica de la cultura"; es el despliegue de todas las potencialidades del ser humano. Así se señala en forma categórica que no hay una separación entre el socialismo y la democracia. Es únicamente utilizando los medios democráticos de persuadir, lograr mayorías sociales, respetar las minorías y tolerar el disenso, la discusión y la pluralidad de puntos de vista, que se puede alcanzar el socialismo sin desnaturalizar su núcleo racional emancipatorio. En este sentido, ninguna forma de violencia estatal -sin importar la justificación que se le otorgue- es compatible con el ideal socialista. Es posible, se argumenta, que una sociedad determinada logre una modernización acelerada acortando etapas a través de una cerrada planificación económica estatal; pero esto se hará al considerable costo, según González, de "una inevitable deformación moral de las nuevas generaciones en el ámbito inhumano de un Estado totalitario". En consecuencia, el socialismo nunca puede ser dictatorial en sus métodos, so pena de engendrar una nueva razón de Estado que termine por reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales.

Pero la democracia no es puramente reglas del juego político ya preexistentes, sino que se convierte en un proceso histórico en donde las fuerzas socialistas deben pugnar por una sociedad mejor, plenamente participativa y plural. Por consiguiente, el socialismo aspira a una extensión y profundización de las formas democráticas del ámbito civil y político hacia las esferas económicas y sociales que involucren una creciente cuota del poder decisonal en todos los intersticios de la sociedad, y mayores oportunidades económicas y educativas para que los individuos y los colectivos accedan a mejores niveles de convivencia e intercambio.

Este ímpetu democrático también ha permeado la propia organización del partido, un partido que, lejos de un esquema autoritario y piramidal, ha mantenido una relación flexible con sus militantes, semejan-do la columna vertebral de un movimiento o enjambre de relaciones sociales que se inscriben en un campo de apelación e identidad socialista. El carácter más informal de la organización socialista -sobre todo en comparación con el Partido Comunista- ha llevado a distintos núcleos direccionales a declarar, casi en forma cíclica a lo largo de la historia partidaria, una "normalización" y racionalización de la estructura orgánica. Este intento ha tenido un éxito bastante relativo, dada la singular personalidad política de los socialistas.

El marco de referencia ideológico reseñado tiene como corolario la voluntad revolucionaria, transformadora de la sociedad capitalista, siempre invariable en los socialistas. En palabras de Eugenio González: "La condición revolucionaria del socialismo radica en la naturaleza misma del impulso histórico que él representa. No depende, por lo tanto, de los medios que emplee para conseguir sus fines. Sean

éstos cuales fueren, el socialismo siempre es revolucionario, porque se propone cambiar fundamentalmente las relaciones de propiedad y de trabajo como principio de una reconstrucción completa del orden social". Sin que exista un arquetipo acabado o muy formalizado de lo que se percibe como sociedad socialista ideal, el Partido Socialista ha levantado una propuesta de régimen político y social de gran originalidad que ha denominado "República Democrática de Trabajadores". Este es el norte ideal que mueve activamente y ha nutrido la razón y la pasión socialista.

Este arco de bases doctrinarias ha confluído para la configuración de un partido original y atractivo: crítico de todos los poderes existentes y marcadamente libertarios, expresa un amplio diafragma ideológico y brega impenitente por un orden social alternativo de más plena cristalización de aquel estadio tan incierto, pero siempre buscado, de la felicidad y la dicha humana.

CAPITULO 4

DIRECCION Y LIDERAZGO EN LA HISTORIA SOCIALISTA

Fortalezas y debilidades

La organización socialista fundada en 1933 demostró, con el correr del tiempo, una notable capacidad de supervivencia y desarrollo. El socialismo se constituyó en una de las fuerzas significativas del arco político chileno y en una corriente cultural imprescindible para las decisiones concernientes al futuro del país. Desde su fundación, el Partido Socialista estuvo siempre representado en el Parlamento y participó en los gobiernos de Aguirre Cerda, Ríos, Ibáñez y, hasta el golpe militar en 1973, en el de Salvador Allende. A nivel comunal, el socialismo chileno tuvo, durante toda su historia, una importante representación en los municipios elegidos democráticamente en elecciones periódicas.

La historia del Partido Socialista, sin embargo, no ha sido un transcurrir plano y siempre ascendente. Ya en la década fundacional se produjeron las primeras fricciones internas que condujeron a escisiones partidarias, no obstante ser éste unos de los períodos más notables de crecimiento del partido. La experiencia de colaboración de los gobiernos del Frente Popular, encabezados por el Partido Radical, generó serias dificultades internas en el socialismo. Una importante división ocurrió al comienzo de la década de los cuarenta, dando origen al Partido Socialista de Trabajadores que, en su gran mayoría, confluyó en los años siguientes en el Partido Comunista de Chile. Luego se sucedieron serias disputas de liderazgo partidario y pugnas político-ideológicas que llevaron al socialismo chileno al punto más bajo de su existencia.

La reconstrucción, iniciada con el surgimiento del Partido Socialista Popular a fines de los años cuarenta, marcó el comienzo de una nueva etapa que conduciría a la reconstrucción de un solo Partido Socialista, hecho fundamental para los éxitos conseguidos por el socialismo en los lustros siguientes. Aun así, en 1967 el partido fue lacerado por la ruptura que dio origen a la Unión Socialista Popular. La victoria de Allende en la elección presidencial de 1970 se tradujo en renovada energía para el socialismo chileno, desafiado entonces a cumplir con tareas gubernativas de enorme trascendencia nacional. Después del golpe militar de 1973 y su brutal secuela -que significó miles de militantes asesinados, encarcelados, torturados y desterrados fuera del país-, el socialismo sufrió una de sus más serias divisiones en 1979, al

separarse en dos sectores principales que subsisten hasta hoy, entonces liderados por Clodomiro Almeyda y Carlos Altamirano, el secretario general elegido por el partido unido en su vigesimotercer Congreso, el último celebrado durante el período del Chile pre dictatorial.

Bien pudiera sostenerse que la gran fuerza del socialismo chileno ha residido en el enorme atractivo de su mensaje que ha sabido recoger los sentimientos populares y nacionales del alma chilena. Esa fuerza, para desplegarse, requiere de una expresión direccional sólida y de liderazgos capaces de trascender la pura lógica de los debates internos para proyectarse hacia la sociedad. La fortaleza de la idea socialista se ha hecho sentir con plenitud en aquellos períodos en que dirección partidaria y liderazgo nacional han podido converger en grandes proyectos comunes. Se ha deteriorado, como lo demuestra la historia, cuando la dirección partidaria ha sido débil o el liderazgo nacional no ha tenido trascendencia suficiente, o cuando dirección y liderazgo se han trabado en conflictos de tal magnitud que los mecanismos de la democracia interna han sido impotentes para resolver de manera adecuada.

Grupos de dirección

La formación de grupos direccionales en una organización política es un fenómeno básicamente generacional. A través del tiempo surge un liderazgo colectivo, constituido por personas que reconocen una fuerte identidad compartida y que son, a la vez, capaces de identificarse con las ideas y postulados básicos del partido, de transmitirlos permanentemente a su base y a su periferia, y de procesar las opiniones y criterios que ellas expresan para incorporarlos a la línea partidaria. Los grupos de dirección son percibidos como conducción legítima por el conjunto del partido. Si pierden esta legitimidad se constituyen en grupos de manipulación incapaces de reconocerse en la identidad y voluntad comunes. La línea política es normalmente el resultado de los eventos partidarios, pero su aplicación o adecuación a las contingencias del acontecer nacional constituye uno de los principales propósitos de una dirección. Llevar a cabo este proceso es una tarea compleja que, al menos en el caso del Partido Socialista, ha estado fuertemente marcada por la expresión de estos núcleos dirigentes.

No existe una investigación acabada sobre este fenómeno en el Partido Socialista. Llevarla a cabo exigiría analizar el funcionamiento de las instancias orgánicas formales y de los mecanismos informales de dirección, no siempre plenamente coincidentes en la historia partidaria, y reconocer, además, núcleos menores de dirección asociados a funciones o frentes específicos, tales como los grupos parlamentarios, las organizaciones de mujeres (Federación de Mujeres Socialistas), de jóvenes (Federación Juvenil Socialista), de sindicalistas (Departamento Nacional Sindical) y otras instancias.

Aunque no existe aún dicha investigación, es posible, en general, sostener que en el Partido Socialista las principales cristalizaciones de grupos dirigentes se han expresado en las instancias formales del partido; es decir, en su dirección elegida en los Congresos partidarios. La representación parlamentaria socialista ha tendido a ser heterogénea y discontinua, tanto en su composición socio-cultural como en su distribución regional, de modo que los contingentes parlamentarios no han cumplido como tales un rol relevante, por sí mismos, como factor de dirección partidaria. Otro tanto ha ocurrido con el resto de los espacios orgánicos mencionados, aunque quizás sería preciso anotar como una cierta excepción el rol jugado por los jóvenes socialistas en la etapa de reconstrucción iniciada por el Partido Socialista Popular a fines de la década de los cuarenta. Varios de los principales dirigentes de esa época accedieron a

cargos de conducción partidaria luego de una activa participación común en las organizaciones juveniles del partido.

De esta manera, es posible identificar en la historia socialista -por su continuidad, grado de acuerdo en situaciones críticas y relación con la masa partidaria- dos grupos dirigentes significativos.

El primero es el grupo que denominaremos "fundacional", integrado por Eugenio Matte Hurtado (destacado intelectual fallecido al poco tiempo de la fundación), Oscar Schnake (primer secretario general elegido en un Congreso partidario), Marmaduke Grove Vallejos, Arturo Bianchi, Carlos Alberto Martínez, Asdrúbal Pezoa, Luis Zúñiga, Eliodoro Domínguez, Manuel Mandujano y algunos otros, de presencia casi permanente en las direcciones del primer decenio. En este período Allende ocupó cargos parlamentarios o ministeriales, pero no tuvo una posición dirigente decisiva en la estructura partidaria. El grupo "fundacional" mostró una importante cohesión y una singular capacidad de acción política colectiva, teniendo en cuenta que sus integrantes provenían de organizaciones diversas que se fusionaron al fundarse el Partido Socialista de Chile. Su debilitamiento comenzó con la partida de Oscar Schnake al extranjero, a cumplir una función diplomática, y culminó con las disputas con Grove, cuando Allende era secretario general, que condujeron a la escisión que en 1944 dio origen al Partido Socialista Auténtico, al que se plegaron el propio Grove, Asdrúbal Pezoa y Domínguez, para al poco tiempo diluirse. El sello fundacional se debilitó en los decenios siguientes. Varios fundadores continuaron participando o reaparecieron en las direcciones partidarias (Manuel Mandujano tuvo la presencia más constante), pero serían ya nuevas generaciones, ingresadas al partido con posterioridad a la fundación, las que ejercerían el mayor peso en la conducción socialista.

El segundo grupo identificable es el surgido en el Congreso de 1946, y que se expresó desde 1948 tras la disputa con un sector que se hizo parte de la política anticomunista del gobierno de González Videla, en el Partido Socialista Popular. Este núcleo de dirección cubrió un cuarto de siglo de la vida partidaria, otorgando una fuerza de dirección colegiada al socialismo y, en cierta medida, logrando constituir un liderazgo partidario múltiple. Sus cuatro figuras más prominentes fueron Raúl Ampuero Díaz (secretario general en seis ocasiones), Eugenio González Rojas, Salomón Corbalán y Aniceto Rodríguez. A los cuatro mencionados se sumaron, de manera paralela o sucesiva, otros dirigentes, entre los que se destacan, por la continuidad de su presencia direccional, Mario Garay, Oscar Waiss, Clodomiro Almeyda, Alejandro Chelén, Emilio Muñoz, Tito Palestro, Juan Reyes y Carlos Altamirano.

La solidez del núcleo dirigente de origen socialista popular fue puesta a prueba por el retiro de Allende en 1951, resultado de su desacuerdo con la proclamación de Carlos Ibáñez como candidato presidencial, de impacto reducido en las filas del partido. Eugenio González, quien había ejercido la secretaría general entre 1948 y 1950, no continuó en la dirección partidaria, y en 1957, al terminar su período senatorial, se retiró de la vida política activa a funciones académicas. En 1966, en trágico accidente, falleció Salomón Corbalán. Luego, en 1967, la escisión protagonizada por Ampuero, que captó parte significativa de la fuerza parlamentaria del socialismo, tuvo también poco éxito y fracasó en las elecciones de 1969.

El curso del tiempo fue, con todo, desgastante. El alejamiento de Eugenio González, autor de la célebre Fundamentación Teórica del Programa partidario de 1947, privó al Partido Socialista de su brillante aporte político e ideológico. Postulado a la secretaría general, sin que él lo solicitara, en el Congreso de

Unidad de 1957, fue superado por estrecho margen por Salomón Corbalán. La muerte de éste, uno de los más activos y carismáticos dirigentes socialistas, restó al partido uno de sus líderes más dinámicos. La marginación de Ampuero, en 1967, no obstante su impacto cuantitativo reducido en la fuerza de masas del partido, tuvo consecuencias cualitativas importantes, en tanto pareciera marcar el comienzo del fin para el núcleo de dirección "socialista popular", incapaz de sostener su herencia teórica y política frente a los nuevos vientos que llegaron al partido con la ola ideológica del "foquismo", de extendido impacto en América Latina.

El Congreso de 1967 marcó, en Chillán, el comienzo de una etapa conflictiva en que acuerdos partidarios y acción práctica se disociaron como nunca antes: el socialismo se declaró una organización "leninista", no habiéndolo sido jamás en casi cuarenta años de vida, no siéndolo en ese instante; la vía "electoral" fue desechada explícitamente, no obstante lo cual el partido y su dirección acogieron una nueva candidatura de Allende fundada en la unidad de la izquierda; la tesis de no colaboración de clases, expresada en la línea denominada de "Frente de Trabajadores", se hicieron extremas en la teoría, rechazando todo contacto con el Partido Radical, para poco tiempo después plegarse a la idea de la "Unidad Popular", inclusiva del radicalismo.

El Congreso de 1971, siendo Allende ya Presidente y encabezando el Partido Socialista un extraordinario experimento de cambio social de trascendencia internacional, marcó un hito definitivo en la disolución del grupo "socialista popular". Los miembros del Comité Central elegidos esa vez fueron en un 80 por ciento militantes que nunca antes habían ocupado posiciones similares de dirección. Sólo diez miembros del nuevo Comité Central habían sido tales anteriormente, y de ellos sólo cuatro (Altamirano, Almeyda, Belarmino Elgueta y Adonis Sepúlveda) lo habían sido más de una vez. Aniceto Rodríguez fue excluido de la dirección partidaria y con él otros socialistas de la "vieja guardia".

Liderazgos

Toda organización política se funda no sólo en un sólido mecanismo de dirección, sino también en un liderazgo variado y extendido. Es éste el mecanismo a través del cual la conducción partidaria trasciende los límites de la vida interna y es acogida por las masas.

El Partido Socialista, no obstante el radicalismo de sus planteamientos, ha tenido una amplia convocatoria social. Obreros, campesinos, artesanos, marginados y, en general, los sectores más oprimidos de la sociedad, han reconocido filas en el socialismo. Asimismo ha tenido el socialismo chileno un fuerte atractivo para los estratos medios de mayor sensibilidad social y formación cultural. Importantes segmentos de las clases medias -empleados de los sectores público y privado, pequeños empresarios independientes, profesionales e intelectuales- también han reconocido filas en el Partido Socialista. Cada uno de estos militantes, en su propia esfera de influencia, ha ejercido un liderazgo que, sumado a las diversas formas de expresión del liderazgo orgánico partidario, han permitido al socialismo, en las jornadas nacionales de ejercicio democrático, lograr un elevado efecto multiplicador. El socialismo tuvo históricamente y desde sus inicios un fuerte enraizamiento social, tanto en determinados sectores como en organizaciones.

En este sentido tuvieron especial, significación los alcaldes y regidores socialistas y, por otra parte, sus dirigentes sindicales, de combativa trayectoria y fuerte presencia en algunas de las más importantes actividades económicas del país. Alcaldes y regidores constituían la primera expresión, más allá de las organizaciones sociales de base, no siempre ampliamente desarrolladas en el país, de liderazgo socialista. Aunque los municipios no estaban en la época democrática constituidos de forma que dispusieran de suficientes recursos como para hacer efectiva la autonomía de las comunidades locales, eran un primer receptor importante de las demandas populares. Los ediles socialistas contribuyeron decisivamente a la configuración de estas demandas y a la transmisión de la imagen y postulados del socialismo chileno. Determinadas comunas -San Miguel, Puente Alto, Punta Arenas, entre otras- se constituyeron en bastiones municipales del socialismo y dieron lugar al surgimiento de liderazgos locales de singular fuerza.

Una de las características del desarrollo del movimiento popular chileno fue el encuentro de las organizaciones políticas de izquierda, que encarnaban las ideas socialistas en sus diversas variantes y formulaciones, con el movimiento sindical. Este último constituyó durante los largos decenios transcurridos entre la aprobación de la Constitución de 1925 y el golpe militar de 1973, una fuerza de gran impacto nacional y principal motor de la lucha social de aquella época. Este hecho fue especialmente notorio a partir de 1953, cuando se fundó la Central Única de Trabajadores (CUT), organismo máximo del sindicalismo nacional que agrupó a los trabajadores manuales e intelectuales de diversas tendencias políticas e ideológicas. En la CUT y en la mayoría de sus federaciones y confederaciones sindicales, el socialismo tuvo una presencia significativa que se expresó en momentos de coincidencia y de discrepancia con las otras dos grandes fuerzas sindicales, la comunista y la demócratacristiana. La dirigencia sindical socialista mantuvo siempre una relación particular con las estructuras partidarias, conservando, no obstante, la gran politización que caracterizó al movimiento sindical chileno, espacios importantes de autonomía que se constituían en áreas de decisión en que la visión partidaria debía necesariamente buscar formas de fusión con aquella proveniente del ángulo estrictamente sindical.

La transmisión de las ideas socialistas hacia la ciudadanía en general y hacia las esferas del gobierno, era tarea de sus grandes líderes nacionales y de sus equipos parlamentarios. Estos tuvieron, por la mayor duración del cargo, una permanencia mucho más sostenida en el Senado que en la Cámara de Diputados. En esta última hubo una rotación significativa de representantes, muchas veces asociada a las rupturas y escisiones partidarias que tendían a tener un impacto más fuerte en los grupos parlamentarios que en el grueso de la militancia del partido, como fue el caso de la protagonizada por la Unión Socialista Popular en 1967.

Algunos destacados diputados socialistas se constituyeron, como tales, en líderes políticos de impacto mayor que el de sus circunscripciones. Entre éstos, quienes mejor podrían ejemplificar este tipo de liderazgo parlamentario, cimentado en una vigorosa popularidad y arraigo en su electorado, son Mario Palestro y Carmen Lazo en la zona de Santiago; Héctor Aguilera, en Coquimbo, quien posteriormente llegó al Senado; el doctor Savat, en Valdivia; y Héctor Olivares, dirigente que llegó a ocupar la presidencia de los trabajadores del cobre, en la provincia de O'Higgins, donde se halla el mineral El Teniente. Ramón

Silva Ulloa, en Antofagasta, se constituyó en un activo parlamentario por varios períodos hasta llegar al Senado en 1969.

En el Senado la situación era bastante diferente. Entre 1949 y 1973, todos los secretarios generales del partido fueron senadores y se constituyó allí parte sustantiva del grupo dirigente socialista. La Brigada de Senadores Socialistas tuvo un nivel excepcional, difícil de emular, cuando estuvo conformada simultáneamente por Salvador Allende, Raúl Ampuero, Tomás Chadwick, Salomón Corbalán y Aniceto Rodríguez, entre otros.

En la década fundacional, el Senado contó entre sus miembros a destacados líderes socialistas; entre ellos a Eugenio Matte Hurtado y Marmaduke Grove. Este último se constituyó en ese período en el primer líder nacional del partido y, como tal, en uno de los principales difusores de los mensajes y atractivos del socialismo.

Marmaduke Grove fue un líder carismático. Militar de oficio, se especializó en el arma aérea cuando ésta aún no constituía una rama autónoma de las fuerzas armadas. En esta calidad, participó en la inquietud política que conmovió a las instituciones militares en la década de los veinte y, a través de su hermano, se vinculó a grupos de ideas socialistas. Jorge Grove Vallejos, por su parte, estaba unido a Eugenio Matte Hurtado -uno de los principales impulsores del socialismo en la época- por lazos fraternales derivados de su común condición de masones. Matte, efectivamente, llegó a ser Serenísimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, y representa bien en la historia partidaria a los numerosos socialistas, entre ellos Salvador Allende, que a través del tiempo y en todo el país se adscribieron a las logias masónicas.

Grove era un hombre poco doctrinario, si bien los testimonios - de quienes lo conocieron entregan una imagen de un dirigente que poseía una opinión fundada sobre todos los temas políticos trascendentes. Tuvo una visión crítica del marxismo, especialmente por las limitaciones que él observaba en la capacidad de esa doctrina para explicar e interpretar los fenómenos del nacionalismo y la religiosidad. Grove poseía una gran intuición política y un agudo sentido de equidad y justicia que se constituyó en el elemento fundamental para aproximarlos en definitiva a las ideas socialistas.

Grove fue un hombre de gestos audaces. En un intento conspirativo, llegó a Chile desde Argentina en un avión de color rojo con la intención de derrocar al gobierno. Fracasada la conspiración, fue relegado a Isla de Pascua. En un segundo intento conspirativo, Grove tuvo éxito. Asociado con Eugenio Matte Hurtado y Carlos Dávila, logró establecer en Chile el primer gobierno que se reconoció a sí mismo como "socialista". El 4 de junio de 1932, Grove, Matte y Dávila, a través de un golpe de Estado incruento, proclamaron la "República Socialista". El romántico episodio duró tan sólo doce días, tras los cuales Matte y nuevamente Grove, junto a otros conspiradores, fueron relegados a Isla de Pascua. Allí, en largas tertulias en que ambos analizaban las razones de su fracaso, convinieron que la principal había sido la ausencia de un Partido Socialista fuerte, nacionalmente enraizado y con gran convocatoria popular. En Isla de Pascua surgió la decisión de crearlo en cuanto fuera posible.

Los hechos relatados han permitido afirmar que el verdadero momento fundacional del Partido Socialista de Chile fue la República Socialista, no sólo por la identidad de liderazgo -Grove y Matte en el triunvirato principal, Eugenio González como ministro de Educación- sino porque allí se habría pre-

constituido, antes de la formalización de la existencia del partido, su firme aspiración a un liderazgo político nacional. Efectivamente, mientras Grove y Matte se hallaban relegados en Isla de Pascua, se realizaron las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1932. Grove fue postulado como candidato a Presidente y Matte a senador por Santiago. A pesar de no haber podido participar en la campaña electoral, Grove alcanzó la segunda mayoría detrás del electo Arturo Alessandri Palma, con una alta votación, y triunfó la candidatura de Matte.

De regreso al continente, Grove fue encarcelado. Al poco tiempo, a los treinta y siete años de edad, murió Eugenio Matte Hurtado. Grove, bajo el lema "De la cárcel al Senado", se impuso de manera arrolladora en la elección complementaria realizada para reemplazar a Matte. De este modo, el Partido Socialista de Chile nació, en 1933, con un liderazgo nacional que antecedió a su constitución. Grove era un líder carismático que engendró un movimiento que rebasaba los límites de las organizaciones políticas y que se conoció como "grovismo". Fue en el seno de este movimiento de seguidores de Grove, masa amorfa de difuso perfil doctrinario y sin gran experiencia política, franja popular emergente en franca rebeldía contra los mecanismos de opresión y marginación de la sociedad elitaria de aquella época, segmento social que surgía en la búsqueda de un nuevo protagonismo apenas vislumbrado durante la crisis de la década del veinte y los comienzos de los treinta, donde el Partido Socialista encontró la cantera para su crecimiento y desarrollo.

El liderazgo de Grove marcó toda una etapa del partido. Por una parte, le entregó la posibilidad, inédita hasta entonces para una fuerza popular y de izquierda, de convertirse en una organización de masas. Por otra, le impuso el pesado fardo de un liderazgo pre constituido que admitió con dificultad la creación de mecanismos partidarios que fueran un legítimo contrapeso o el surgimiento de liderazgos alternativos forjados en aquel primer decenio de vida partidaria. Sólo Oscar Schnake, fogoso orador y hábil político, logró compartir parcialmente el prestigio de masas de Grove. Schnake lo complementó positivamente. Constructor de partido, hombre de tendencias más orgánicas y con un acervo doctrinario mucho más elaborado que el de Grove, Oscar Schnake debe ser considerado como aquel dirigente que logró durante el decenio fundacional fusionar el liderazgo con la dirección partidaria.

Simultáneamente, un joven médico nacido en Valparaíso y fundador del Partido Socialista en esa ciudad, Salvador Allende, acrecentaba su prestigio en las filas del socialismo. Parlamentario y ministro de Salud durante el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, Allende comenzaba a constituir el segundo fenómeno de liderazgo nacional individual en la historia del Partido Socialista. Se trataba ahora de un liderazgo surgido desde el interior mismo de la organización. No obstante, antes de conformarse como tal, el Partido Socialista debía superar la disputa entre Grove y Allende y redefinir su línea política. Ambos hechos ocurrieron en los años cuarenta para dar inicio a una nueva etapa. La pugna con Grove dañó seriamente al Partido Socialista, pero su resultado final fue claro: Grove no sobrevivió políticamente, mientras la organización logró reconstruirse. Nacido al calor de un líder carismático preexistente, el socialismo chileno sería capaz de cobijar en sus filas a uno nuevo surgido y desarrollado allí. No obstante ello, el liderazgo de Allende, que cubre veinte años de historia socialista, sería también un capítulo pleno de tensiones entre el líder y la organización.

CAPITULO V SOCIALISTAS Y COMUNISTAS

Cuestiones internacionales

La Declaración de Principios del Partido Socialista de Chile, elaborada en 1933, expresa: "La doctrina socialista es de carácter internacional y exige una acción coordinada y solidaria de los trabajadores del mundo. Para iniciar la realización de este postulado, el Partido Socialista propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latinoamérica, para llegar a la Federación de las Repúblicas Socialistas del Continente y a la creación de una economía antiimperialista". Esta ha sido la base fundamental de la visión socialista de las cuestiones inter-nacionales: conciencia sobre el carácter universal del movimiento socialista y énfasis en su desarrollo en América Latina y el Tercer Mundo. Sin embargo, para examinar el tema con mayor rigor, es preciso analizar el impacto e influencia de ideas, organizaciones y acontecimientos internacionales en la historia del pensamiento y acción socialistas.

En un intento por ordenar cronológicamente estas influencias, algunos estudiosos han distinguido cuatro etapas: la del nacionalismo latinoamericano, la etapa "yugoslava", la etapa "cubana" y el período actual con sus tendencias renovadoras. Aunque útil para fines didácticos, la distinción anterior no puede ser concebida de manera rígida. Más que cambios súbitos, lo que ha caracterizado la visión internacional de los socialistas ha sido su falta de dogmatismo y su flexibilidad para abordar la cambiante realidad mundial y recibir su influjo. Las etapas señaladas no son períodos que se sustituyen unos a otros, sino formas de acumulación de experiencias. Una observación del conjunto arroja como resultado ciertas constantes en la visión socialista: antiimperialismo, nacionalismo, no alineamiento, oposición a la política de bloques, latino-americanismo y tercermundismo y defensa de los recursos naturales de Chile. Estas líneas permanentes se han hecho sentir en las diversas, definiciones del Partido Socialista frente a importantes acontecimientos internacionales, y en las oportunidades en que el partido ha podido contribuir directamente a la política gubernativa, específicamente durante el período del Frente Popular y la Segunda Guerra Mundial y durante el gobierno de la Unidad Popular presidido por Salvador Allende.

Un factor internacional que ha sido punto de referencia permanente de las definiciones socialistas es el de los avatares del movimiento comunista y sus definiciones frente a coyunturas críticas. A partir de 1917, con el triunfo de la Revolución de Octubre, el movimiento comunista, avalado por la fuerza e importancia del estado soviético, se convirtió en referente indispensable para todas las fuerzas políticas del planeta. La presencia en Chile de uno de los partidos comunistas más sólidos del mundo occidental, con el que el socialismo ha vivido períodos de contradicción severa y de estrecha alianza, en viva concurrencia en el seno de la izquierda y convocando a sectores sociales similares, ha impulsado al socialismo a perfilar con mucha precisión sus diferencias con la perspectiva comunista.

Las "Internacionales"

El socialismo chileno nació como partido señalando su distancia de las organizaciones internacionales en ese entonces existentes. Con motivo de la Primera Guerra Mundial y del debate sobre la posición que debían adoptar los partidos de izquierda, el movimiento obrero inter-nacional se dividió en dos familias que continúan hasta hoy separadas. La Revolución Soviética y su polémico decurso ahondaron aún más las diferencias ya existentes. En definitiva, las dos Internacionales, aquella de matriz comunista orientada por el Partido Comunista Soviético y aquella de matriz socialista o socialdemócrata que agrupaba a los partidos europeos de esta denominación, fueron impotentes para enfrentar con éxito los avances del

fascismo italiano y del nazismo alemán. La Internacional Comunista sostenía, bajo la inspiración de Stalin, una línea rígida y sectaria que calificaba a todos aquellos que no compartieran sus postulados como aliados del fascismo. De esta manera, en 1933, la confrontación de las dos Internacionales aparecía como un ejercicio estéril y peligroso que tendía a reproducir en América y en Chile la lógica de las polémicas europeas. El socialismo naciente las rechazó a ambas y volcó su conciencia internacionalista, como se señala en la Declaración de Principios ya citada, hacia la concertación de las fuerzas socialistas en América Latina. Durante el período de la dictadura de Pinochet, iniciado en 1973, el socialismo chileno tuvo una mucha mayor exposición a la realidad mundial contemporánea y estableció en decenas de países una amplia red de contactos que representan una forma de ajuste de su política tradicional a las nuevas realidades mundiales.

El curso del tiempo y la evolución de los fenómenos internacionales fueron modificando la situación existente en 1933. La dirección de estas modificaciones, en sus líneas gruesas, fue confirmando, en buena medida, el planteamiento básico socialista. Por una parte, la organización de partidos socialistas y socialdemócratas se reconstituyó después de la Segunda Guerra Mundial sobre bases nuevas, estableciendo una mucha mayor flexibilidad en la relación entre la organización y los partidos que la integran. No obstante, se configuró fundamentalmente sobre un universo europeo de partidos y de problemas. En la década del setenta, tuvo un vuelco significativo hacia la consideración de los problemas del Tercer Mundo e inició, bajo la presidencia de Willy Brandt, una importante ofensiva destinada a permitir su implantación orgánica en América Latina. Por su parte, el movimiento comunista siguió durante largo tiempo apegado a una fórmula más rígida de organización internacional. El Comintern fue disuelto durante la Segunda Guerra Mundial en una suerte de gesto de Stalin hacia las potencias occidentales, destinado a disipar la imagen del movimiento comunista como una sola entidad monolítica cuya aspiración era promover la revolución anticapitalista en todas las regiones del mundo. Al iniciarse la Guerra Fría, a fines de la década de los cuarenta, el movimiento comunista reconstituyó una organización internacional bajo la forma de una oficina de información y coordinación, el Cominform. Sucesivas manifestaciones de disidencia y una creciente aspiración autonomista, que adquirió su expresión más profunda en las formulaciones del Partido Comunista Italiano y que fue seguida por numerosos partidos comunistas, fueron, con todo, deteriorando la aspiración centralizadora y erosionando el peso de la dirección política soviética.

El socialismo chileno observó estos fenómenos con distancia, valorizando, sin embargo, el desarrollo de tendencias al "policentrismo" y al "autonomismo" en el seno del movimiento comunista. En 1947, en la Fundamentación Teórica del Programa partidario, reiteró su vocación autonomista y planteó de manera aguda sus diferencias con las concepciones comunistas. Veinte años después, en pleno período de cooperación entre socialistas y comunistas, un importante intercambio de cartas entre Luis Corvalán y Raúl Ampuero, a la sazón secretarios generales de los dos partidos, dejó testimonio histórico de sus diferencias en relación con el análisis de la Unión Soviética; el concepto de "campo socialista", utilizado en aquel entonces; y la idea de autonomía sostenida por el socialismo chileno.

El factor internacional aquí reseñado ha sido decisivo para las definiciones socialistas frente a su congénere comunista. El Partido Comunista de Chile mantuvo, durante toda su historia, una invariable identificación con la dirección soviética del movimiento comunista internacional. Si bien en las décadas

siguientes a la Segunda Guerra sería equivocado sostener la subsistencia de una dirección internacional comunista al estilo del Comintern, bajo cuya vigencia los partidos miembros eran "seccionales" de la organización y se sujetaban a sus acuerdos centrales, permaneció una suerte de adhesión ideológica a la conducción soviética y a sus logros en la construcción del socialismo en la URSS. Por primera vez, en la reciente era "gorbachoviana", el comunismo soviético ha acogido, más allá de la propaganda, la idea de la autonomía plena de cada partido y ha exhibido una apertura suficiente como para reconocer en otras experiencias socialistas elementos interesantes de creación política, económica y social, que la propia Unión Soviética aspira a considerar en sus redefiniciones internas.

El comunismo chileno ha representado un permanente desafío, en todos los planos, para el Partido Socialista. Leal admirador del proceso soviético, el Partido Comunista fue capaz, sin embargo, de un alto grado de autonomía política que le dio sellos propios a sus elaboraciones y logró convertirse en una corriente cultural profundamente enraizada en la conciencia de amplios sectores de trabajadores. Durante decenios, ambos partidos se confrontaron con ardor, muchas veces siendo aliados políticos, al impulso de dos visiones esenciales contrapuestas. Mientras el comunismo chileno se reconocía firmemente en la experiencia soviética y, luego de la Segunda Guerra, en la del llamado "socialismo real", encontrando allí modelos que, si bien no se asumían como objetos de imitación, sí proveían de importantes fuentes de inspiración, el socialismo chileno se ubicaba en una posición crítica frente a los mismos referentes. Carente de arquetipos en los que inspirarse de manera sistemática, el socialismo chileno expresó su vocación autónoma en su rechazo, a veces impregnado de un cierto provincialismo, a las Internacionales; en un romántico postulado latinoamericanista que tuvo, sin embargo, momentos altamente significativos; y en un espíritu de búsqueda crítica que se tradujo, las más de las veces, en un indisimulado interés por aquellas expresiones de herejía y disidencia en el movimiento internacional de trabajadores.

Herejías y disidencias

El socialismo chileno tuvo un rol protagónico como creador e impulsor de una experiencia de cambio social hasta ese momento inédita: el intento encabezado por Allende y conocido como "vía chilena", consistente en la profundización simultánea de la democracia y el socialismo. El propio Allende consideró esta tentativa como un esfuerzo por llevar adelante un "segundo modelo" de transición al socialismo, contrapuesto a aquellos que había utilizado la revolución violenta para impulsar el cambio social y que, una vez triunfantes, se habían consolidado sobre la base de la llamada "dictadura del proletariado". La estrategia propuesta por Allende constituía una forma de "herejía" teórica, en la medida que no tenía precedentes que la avalaran y que sus supuestos podían ser objeto de una crítica, como efectivamente lo fueron, no sin fundamento en el instrumental de análisis del marxismo de matriz más ortodoxa.

Las ideas heréticas no eran en absoluto ajenas a los análisis que durante su historia habían elaborado los socialistas. Partido que por definición rechaza toda definición dogmática, el Socialista ha demostrado a través de su existencia una vital motivación a buscar fórmulas nuevas y una audacia teórica que supera con mucho los límites siempre estrechos de cualquier ortodoxia establecida. La herejía no existía para los socialistas como una categoría teórica, de acuerdo a sus propias definiciones fundacionales. La herejía,

en el movimiento socialista, sólo tenía existencia en la medida que se reconociera un centro capaz de proveer una visión o interpretación que pudiera asentarse como aquella tenida por válida y verdadera. La impronta estalinista, que caracterizó durante un largo período al movimiento comunista, proveyó esta visión ortodoxa que los socialistas sistemáticamente rechazaron. Las sensibilidades anarquistas que el socialismo recogió desde su fundación, y aquellas de los grupos que siguieron a Trotsky en las pugnas internas que se desataron en la inmensa mayoría de los partidos comunistas luego de la ruptura en la cúpula soviética, alimentaron en el seno del Partido Socialista una suerte de visión crítica de los fenómenos sociales y del quehacer político, e hicieron del anti-estalinismo una de las constantes de su perspectiva. Esta característica no sólo impregnó sus posiciones frente al referente comunista, sino que también otorgó un sello de apertura y de debate abierto a su vida interna.

El sectarismo de la Comintern en 1933 y, unos años después, la suscripción del pacto de no agresión entre la Unión Soviética y la Alemania nazi, alimentaron las diferencias entre socialistas y comunistas. Consecuente con sus posiciones, el Partido Socialista condenó la invasión soviética de Polonia que precedió el inicio de las hostilidades en Europa. En Chile, los socialistas enfrentaron duramente a las bandas nazis en una actitud de espíritu militante.

La Fundamentación Teórica del Programa de 1947 es el documento en que se perfila con mayor fuerza la visión socialista contrapuesta a la de matriz soviética. La Revolución de Octubre es calificada en ese texto como "trágica experiencia", es considerada una "regresión", y el movimiento comunista es identificado como un adversario. Aunque en las décadas siguientes el criterio de unidad social de los trabajadores atemperó fuertemente estas tonalidades, hasta el punto de constituirse una estrecha alianza política entre socialistas y comunistas, el espíritu fuertemente anti-estalinista continuó primando en el Partido Socialista. La denuncia del culto a la personalidad impuesto por Stalin, realizada por la máxima dirigencia soviética en 1956, en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, contribuyó a facilitar el entendimiento local entre los dos partidos, mientras reafirmó al Socialista en sus posturas doctrinarias. Las intervenciones militares en Hungría, en 1957; y en Checoslovaquia en 1968, para poner término a la "primavera de Praga", fueron firmemente condenadas por el Partido Socialista, mientras su aliado comunista las apoyaba con igual firmeza.

Las discrepancias más serias entre socialistas y comunistas se manifestaron, en el plano que estamos examinando, en torno a tres procesos de profunda trascendencia política e ideológica que tuvieron, como común denominador, una voluntad de autonomía en relación con la conducción soviética: la construcción del socialismo en Yugoslavia, la Revolución Cubana y la polémica chino-soviética.

La experiencia yugoslava se diferenció del modelo soviético en su naturaleza no estatista y en su organización fundada en una cierta concepción de autogestión de las empresas por sus propios trabajadores. El socialismo chileno observó allí no sólo una expresión de socialismo autónoma y original, sino también un intento de vincular la construcción socialista con una forma más democrática y participativa de administración de la riqueza social y de sus excedentes. Una cierta alma anti-estatista que había estado ya presente en documentos y debates de la primera década, quizá no ajena a ancestros anarquizantes, se expresó con fuerza en el interés del socialismo chileno por el proceso yugoslavo. Mientras Tito y el denominado "titoísmo" eran execrados y condenados por el movimiento comunista

internacional, incluido el Partido Comunista de Chile, el Partido Socialista les prestó su apoyo, estableció contactos que han perdurado hasta hoy y difundió los trabajos de Tito y Kardelj, el principal teórico yugoslavo.

El proceso revolucionario cubano, quizás el acontecimiento externo de mayor impacto en la existencia del socialismo chileno, debió su singular grado de influencia en la vida partidaria al hecho de representar no sólo un fenómeno de lucha social profundamente original en su gestación y perspectivas, y una expresión autónoma de lucha revolucionaria, sino, además, a su carácter latinoamericano. Cuba, Fidel Castro y Ernesto Guevara conmovieron a toda una generación de la izquierda latinoamericana, entre ella a los socialistas chilenos, con su empuje revolucionario, radicalidad y acendrado espíritu latinoamericanista heredado de José Martí. Los socialistas chilenos prestaron su adhesión al proceso cubano antes de que la revolución triunfara, porque creyeron ver allí un tipo de movimiento - básicamente representado por el Movimiento 26 de Julio, liderado por Fidel Castro- que combinaba una apelación popular y patriótica con objetivos radicales de cambio social.

Poco después de la victoria de la revolución, Allende en persona visitó Cuba y estableció los primeros contactos con los líderes del nuevo gobierno que había derrotado a una de las dictaduras más odiadas de América Latina. A partir de allí se construyó una amistad personal que no tuvo fisuras entre el principal líder socialista chileno y los dirigentes cubanos. Los socialistas chilenos vieron en Cuba un ejemplo de un proceso revolucionario surgido de la propia lucha del pueblo y, en esa medida, capaz de grados de autonomía y de creatividad como para construir una expresión de sociedad socialista diversa a las modeladas en torno a la experiencia soviética. Cuando la Revolución Cubana vivió momentos conflictivos con la Unión Soviética, el Partido Socialista le prestó su solidaridad. Esta estrecha relación se tradujo en la influencia ejercida por el decurso cubano en las propias definiciones del socialismo chileno. La experiencia cubana alentó nuevos derroteros en torno a las formas de lucha y, cuando se encaminó hacia la adopción de la ortodoxia marxista-leninista, influyó también, a fines de los años sesenta, en la búsqueda de redefiniciones ideológicas que tensionaron al socialismo chileno. Como se ha visto en páginas anteriores, estos cambios no condujeron a una modificación sustancial de la política socialista. En definitiva, el proyecto de Allende, la "vía chilena", fue impulsado con mayor o menor entusiasmo entre polémicas que se avivaron al calor de una evolución ideológica que estaba, sin embargo, disociada de la práctica política concreta.

La disidencia china que llevó a una ruptura aún no superada entre la dirigencia de los partidos soviético y chino fue acogida por los socialistas como un fenómeno de interés. Si bien las tesis chinas no fueron adoptadas como tales, los socialistas chilenos defendieron el legítimo derecho chino a sustentar posiciones distintas a las del centro ideológico soviético. Ya Togliatti, en Italia, había abierto un nuevo período con sus críticas al "mono centrismo" del movimiento obrero internacional, y el pensamiento italiano en esta materia había sido difundido en los órganos teóricos del Partido Socialista. La idea de las "vías nacionales al socialismo", hoy ampliamente admitida, constituía entonces un objeto de discusión. La disidencia china fortaleció este punto de vista y recogió en Chile la dura condena del Partido Comunista y la aprobación socialista. Durante el gobierno del Presidente Allende, esta línea tuvo clara expresión en el temprano reconocimiento que hiciera la Cancillería chilena al gobierno de la República

Popular China, cuando todavía eran muy pocos los Estados occidentales que habían adoptado ese paso y Estados Unidos presionaba para evitarlo.

El eje socialista-comunista

Con énfasis diversos en sus apelaciones y convocatorias, comunistas y socialistas se han disputado durante su existencia universos sociales similares. Aunque ambos mensajes han estado siempre impregnados de un agudo espíritu clasista, el mensaje comunista ha tendido a utilizar con mayor nitidez y consistencia las categorías de "clase obrera" y de "proletariado", mientras los socialistas han sido, con frecuencia, sin por ello desechar los términos anteriores, más proclives a emplear las categorías de "clase trabajadora", de "trabajadores manuales e intelectuales" o de "pueblo".

Las distinciones anteriores no constituyen un mero preciosismo y apuntan al hecho de que ambos partidos han formulado su convocatoria de maneras por muchos conceptos parecidos, pero en ningún caso igual. Apuntan, además, a que en la conquista de adeptos, el Partido Comunista ha tendido a identificarse más definidamente con una visión "obrero", mientras el socialismo ha pretendido una identidad social de base más amplia. Los pocos estudios existentes revelan, efectivamente, que estas perspectivas parecieran corresponder a una composición social que en el caso socialista fue más "nacional", en el sentido que reflejó mejor a componentes diversos de la nación, como entidad socialmente heterogénea, en vez de asumir una estricta representación de sólo uno de sus segmentos.

Cuando en vez de examinar el carácter de la convocatoria se analiza la disposición de ambos partidos en materia de alianzas, los atributos de estrechez y amplitud parecieran invertirse en relación con comunistas y socialistas. Sistemáticamente, desde 1934, fecha en que la Comintern determinó un brusco cambio de la política comunista y pasó a propiciar los "frentes populares" en vez del "enfrentamiento de clase contra clase", y hasta 1973, el Partido Comunista ha sostenido una concepción más flexible y amplia de las alianzas que el Partido Socialista. Este último, en cambio, manifestó, en general, una cierta desconfianza a los entendimientos con sectores del centro político. Aunque en su práctica llegó, en varias ocasiones, a concretarlos y en torno a proyectos del más alto interés nacional, lo hizo siempre con costos importantes en su armonía interna.

De esta manera, aparte de las diferencias representadas en visiones muy distintas sobre los asuntos internacionales, socialistas y comunistas se han contrapuesto duramente en el debate sobre las alianzas. El primer universo de cuestiones es mucho más, sin embargo, que los temas internacionales específicos que han sido objeto de discusión. Como se ha señalado, es ésta la esfera donde, en realidad, se desarrolló buena parte del debate doctrinario entre socialistas y comunistas. Ha sido a propósito de cuestiones internacionales que se han expresado las visiones diversas de los dos partidos sobre muchísimos temas de naturaleza teórica.

Con toda su complejidad, el ámbito de las cuestiones doctrinarias no se ha convertido nunca en un obstáculo insalvable para el funcionamiento del acuerdo socialista-comunista. Fue posible sortearlo, especificando las diferencias y manteniéndose ambas organizaciones en permanente pie de guerra ideológico para enfrentar las posiciones de la otra. En cambio, durante importantes períodos de tiempo el acuerdo entre socialistas y comunistas se convirtió en enfrentamiento a propósito de cómo y con

quién constituir una coalición de lucha común. La alianza socialista-comunista encontró siempre su mayor obstáculo en el tema de las alianzas que la trascendían. El debate sobre el punto separó en muchos momentos a ambas corrientes durante el primer cuarto de siglo de existencia del Partido Socialista. Desde 1933 hasta 1956, el entendimiento entre socialistas y comunistas tuvo marcados vaivenes. A partir de 1956 se inició un nuevo período, que habría de extenderse hasta el derrocamiento del gobierno del Presidente Allende, en el que ambos partidos constituyeron una de las más sólidas alianzas en la historia política chilena. Durante esa etapa, un eje socialista-comunista fue el pivote fundamental para la construcción de un movimiento político de izquierda con posibilidades de aspirar al gobierno y a conducir desde allí las transformaciones profundas a las que aspiraban sus adherentes.

En la década de los treinta, los socialistas impulsaron la creación del Block de Izquierdas, conglomerado en el que, además del Partido Socialista, que constituía la conducción principal, participaban el Partido Radical-Socialista, la Izquierda Comunista y el Partido Democrático. El Block de Izquierdas constituía una conformación política más perfilada que la que postulaban los comunistas, el Frente Popular, que, en definitiva, logró imponerse.

El efervescente Partido Socialista de la época, con su líder Marmaduke Grove, rechazaba un pacto con el Partido Radical, al que consideraba en posiciones centristas o francamente de derecha. La estrategia del Frente Popular, que el movimiento comunista impulsó a nivel internacional, tuvo éxito sólo en tres países: España, Francia y Chile. Los acontecimientos políticos españoles, que culminaron en 1936 en una sangrienta guerra civil que terminaría tres años más tarde con la derrota de las fuerzas democráticas, sensibilizaron al máximo a los socialistas sobre el fenómeno fascista a nivel mundial. En esta virtud, terminaron por acoger la alianza más amplia propuesta por el Partido Comunista, participaron en la Convención organizada por el Frente para proclamar un candidato a Presidente de la República y, después de numerosas votaciones, retiraron la candidatura de Marmaduke Grove para otorgar su apoyo a la del radical Pedro Aguirre Cerda. De esta manera, contribuyeron decisivamente a la victoria del Frente Popular en las elecciones de 1938.

La década siguiente, quizá la más difícil y oscura de la historia socialista, planteó un primer desafío cuando el socialismo debatió el tema de su colaboración con los gobiernos radicales. Un sector de tendencia más de izquierda, contrario a la participación gubernamental socialista, y denominado el "inconformismo", se retiró del partido, luego de ser derrotado en un Congreso, y dio vida al Partido Socialista de Trabajadores. Paradojalmente, la gran mayoría de sus miembros, entre los cuales aparecían varios destacados dirigentes socialistas, se integró pocos años más tarde al Partido Comunista, un tiempo antes de que éste se constituyera en un promotor de la candidatura radical a la Presidencia de la República de Gabriel González Videla.

El Partido Socialista se laceró internamente con la disputa sobre colaboración gubernamental y, además, con las pugnas de liderazgo entre Grove y Allende, y en 1946 se negó a apoyar al candidato radical proclamado por los comunistas. Levantó la candidatura propia del dirigente sindical Bernardo Ibáñez y obtuvo la más baja votación de su historia. González Videla, poco tiempo después de electo, ilegalizó al Partido Comunista y maniobró contra el Partido Socialista logrando arrebatarse su denominación, de modo que durante dicho periodo la corriente histórica principal del socialismo debió llamarse Partido

Socialista Popular. Este se mantuvo en firme actitud de oposición al gobierno radical y se convirtió en una de las principales fuerzas políticas que apoyaron en 1952 la candidatura de Carlos Ibáñez del Campo, caudillo populista de profesión militar y contradictorio pasado político. Ese mismo año, un sector del socialismo encabezado por Salvador Allende -y que se había escindido al ser proclamado Ibáñez- constituyó el Frente del Pueblo y proclamó la primera candidatura de éste a la Presidencia con el apoyo del ilegal Partido Comunista.

La unificación socialista en 1956 y la constitución del Frente de Acción Popular (FRAP), con el Partido Comunista ya legalizado, inauguran la segunda etapa de las relaciones socialista-comunistas. Mientras la primera había estado marcada por períodos de acercamiento y de disputa frontal que se sucedían según las circunstancias, la segunda constituiría un largo período de colaboración. Los tópicos internacionales y el tema de las alianzas continuaron, sin embargo, siendo puntos de fricción importante. Por otra parte, la relación del Partido Socialista con las fuerzas del centro político será abordada en el próximo capítulo.

CAPITULO VI

LOS SOCIALISTAS

Y EL CENTRO POLITICO

Visiones del centro

En la izquierda, su universo natural, el socialismo encontró, como ya lo señalamos, la dura competencia del Partido Comunista. Otros grupos nunca adquirieron relevancia nacional como para poner en jaque el carácter central de la confrontación entre estas dos fuerzas o la virtud dominante de su alianza. Sólo dos organizaciones surgieron en la década de los setenta como protagonistas de izquierda con perfil nacional: el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), entre cuyos fundadores estuvieron varios destacados dirigentes estudiantiles socialistas; y el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), que se constituyó en 1969 como resultado de la más seria escisión sufrida por el Partido Demócrata Cristiano. No obstante las potencialidades y atractivos de estas dos organizaciones, nacidas en pleno esplendor del eje socialista-comunista, no llegaron nunca a amagarlo seriamente.

Empeñado en asentarse como fuerza de izquierda en un marco de competitividad siempre activa con el Partido Comunista, el Partido Socialista tuvo siempre una mirada más bien huraña hacia el centro. Como ya se ha señalado, su visión de las alianzas que sobrepasaran los límites políticos y sociales de la izquierda y de los sectores trabajadores identificados con ella, tendió siempre a acentuar un criterio marcada-mente restrictivo. Cuando el Partido Socialista superó esta barrera, lo hizo a costa de escisiones y rupturas: en 1940, la protagonizada por el "inconformismo" y, en 1951, la protagonizada por Allende. En ambos casos se trataba de plegarse a entendimientos con sectores políticos anclados socialmente en los estratos medios. En el primero estaba en debate la colaboración socialista con los gobiernos radicales de matriz frente-populista. En el segundo, se trataba de integrar un movimiento de rectificación política de naturaleza típicamente populista y caudillista que comprendía un arco variadísimo de componentes políticos y sociales de inspiración centrista.

El sentido común socialista, recogido con tenacidad en la propia historiografía partidaria, ha tendido a presentar un balance negativo de ambas experiencias. Esta misma evaluación primó en los años cincuenta cuando, después del desengaño ibañista, el socialismo definió como política la línea de "Frente de Trabajadores". Dicha línea se fundó en dos postulados centrales. El primero, de naturaleza básicamente teórica, era un diagnóstico sobre el rol de las clases sociales en la sociedad chilena. El socialismo visualizaba a la burguesía como un actor incapaz de promover el desarrollo nacional y, en consecuencia, impedido para cumplir un rol protagónico en ninguna alianza política que se planteara las transformaciones sociales que el país requería. Mientras la política comunista enfatizaba las tareas de la llamada, en lenguaje marxista, "revolución democrático burguesa", y postulaba la necesidad de aliarse para este fin con partidos "burgueses" de centro, la política socialista se fundó en el postulado señalado excluyendo a dichos sectores de sus aspiraciones aliancistas. Se argumentaba que el carácter de la revolución chilena era socialista y no democrático burgués, y que debía ser encabezada por los partidos inspirados en los intereses de los trabajadores. Así se plasmaba, como resultado del primer postulado, el segundo, que sería elemento fundamental en la política socialista hasta 1973. No había posibilidad de acuerdos con los sectores "burgueses" de centro, y éstos debían ser considerados como adversarios del proyecto de la izquierda.

Esta visión socialista no tuvo en su época detractores de importancia. Como única excepción, de valor meramente testimonial, ya que resultó ser una invocación desoída por todos, puede citarse el discurso de despedida del Senado pronunciado en 1957 por Eugenio González. El dirigente socialista planteó entonces la necesidad de promover la alianza de lo que él denominaba las fuerzas de "avanzada social" en una suerte de acuerdo de centro-izquierda. Sin embargo, en las elecciones presidenciales de 1958, las fuerzas de "avanzada social" concurren divididas en tres candidaturas -Allende, Frei y Bossay, en orden decreciente de votación- y, no obstante reunir los dos tercios de las preferencias, debieron reconocer el triunfo, con poco más de un tercio, del candidato de la derecha Jorge Alessandri. Luego, en 1964, cuando Frei, apoyado por la derecha, derrotó a Allende en la lucha presidencial, el Partido Socialista impulsó una cerrada oposición al gobierno freísta.

El cambio de centro político

Las fuerzas que se han denominado de "avanzada social" tuvieron, por su parte, diferentes grados de vocación aliancista. El Partido Radical fue, de todas ellas, el más abierto y flexible, hasta el punto que uno de sus altos dirigentes, candidato a la Presidencia de la República en 1964, definió el rol del radicalismo en la política chilena como el de "péndulo". En la época, la afirmación fue considerada de un pragmatismo exagerado.

La Democracia Cristiana, en cambio, ha tenido siempre dificultades para constituir una definición sobre alianzas. El hecho fue poco ostensible mientras constituyó una fuerza política secundaria -la época del desarrollo de la Falange Nacional-, pero estuvo siempre presente en el período posterior. Postuló prácticamente sola a las elecciones presidenciales de 1958 y de 1970, en las que fue derrotada, y en 1964 aceptó el apoyo de la derecha, pero sin admitir un acuerdo programático con ella. En 1973 debió reconocer la fuerza del liderazgo social derechista que la llevó, en definitiva, a suscribir un pacto parlamentario. No integró alianzas significativas cuando fue gobierno.

Los socialistas, de esta manera, desde su posición en la izquierda, enfrentaron en el curso de su historia a dos tipos distintos de centro político. Un extenso período fue cubierto por el predominio del Partido Radical, que constituyó un centro con fuerte capacidad de cooptación. Luego, el ibañismo representó un período de descomposición y recomposición del sistema político, que culminó en el surgimiento de un nuevo centro, el Partido Demócrata Cristiano, de naturaleza diferente del anterior.

Este significativo cambio se reveló en sus expresiones iniciales, cuando en la segunda mitad de los años cuarenta las corrientes políticas perdieron transparencia, sufrieron divisiones serias o fueron víctimas de la grave trizadura democrática que afectó al sistema durante el gobierno de Gabriel González Videla. Así, el Partido Radical, eje de la política chilena durante la vigencia de la Constitución de 1925, sufrió una división (de allí surgió el Partido Radical Doctrinario); el Partido Socialista se fraccionó entre socialistas de Chile y socialistas populares y enfrentó separado la elección presidencial de 1952; las fuerzas políticas de matriz cristiana se disgregaron desde el viejo tronco conservador para formar agrupaciones pequeñas de inspiración social-cristiana; y el Partido Comunista, victorioso participante del gobierno de González Videla y uno de los más numerosos de Occidente, fue ilegalizado y perseguido a partir de 1948.

El triunfo abrumador de Ibáñez en las elecciones de 1952 marcó el punto más álgido de la pérdida de fuerza de los partidos históricos y su transitoria sustitución por diversas agrupaciones políticas, de tipo fraccional o caudillista, que lograron altas votaciones en las elecciones parlamentarias de 1953. Ibáñez había obtenido casi la mitad del total de los sufragios apoyado por sólo dos partidos relativamente pequeños, el Socialista Popular y el Agrario Laborista.

La eclosión ibañista fue superada en la década de los cincuenta, cuando variados fenómenos consolidaron el protagonismo de los partidos y dieron lugar al nacimiento de las corrientes políticas que cubrirían el período restante hasta 1973. En el plano de la recomposición de partidos y corrientes, la década de los cincuenta fue testigo de la recuperación de sus derechos legales por el Partido Comunista, de la unificación del Partido Socialista y de la constitución de la izquierda en el Frente de Acción Popular (FRAP), antecesor de la Unidad Popular, sellando la existencia de un eje socialista-comunista de entendimiento que se convertiría en una poderosa fuerza política y en protagonista principal de la experiencia de gobierno liderada por Allende. El Partido Radical volvió a ser uno solo y enfrentó con singular dignidad su erradicación del aparato estatal hasta su ingreso en el gobierno de Alessandri a comienzos de los sesenta. Asimismo, las fuerzas sociales cristianas dispersas (Falange, Partido Conservador Social Cristiano y desgajamientos del "ibañismo") se fusionaron en un solo conglomerado político, el Partido Demócrata Cristiano, en 1957.

Pero la década de los cincuenta no registró solamente una recomposición del sistema de partidos en un sentido concentrador. La escena política fue afectada por dos hechos de singular trascendencia.

El primero, la ampliación democrática de sus bases, impulsada por el denominado "Bloque de Saneamiento Democrático", integrado por las fuerzas parlamentarias de la izquierda y el centro, bloque que logró llevar adelante, con el acuerdo de Ibáñez, reformas de las normas electorales consistentes en el establecimiento de la cédula única, la proporcionalidad en la representación y la dictación de medidas destinadas a prevenir y sancionar el cohecho, instrumento preferido de la derecha para ganar elecciones. En 1949 se reconoció el derecho a voto de la mujer y el peso de su comportamiento político se hizo

sentir ya en la elección presidencial de 1952. Así, a fines de los cincuenta, el escenario de actuación de los partidos se había perfeccionado de manera tal que, desde el punto de vista de la formalidad de las "reglas del juego democrático", el sistema electoral chileno constituía un ejemplo.

El segundo hecho tuvo una naturaleza distinta, relacionada con el rol y características de cada fuerza política: la Democracia Cristiana ocupó gradualmente el espacio perdido por el radicalismo, que jamás logró recuperarse de la declinación iniciada con González Videla y consagrada bajo Ibáñez. Un partido más moderno, menos vinculado al clientelismo estatal y más ideologizado que un Partido Radical que había llegado a identificarse con el pragmatismo y volubilidad de las líneas, pasó a ocupar el espacio central del cuadro político. El cambio no fue inocente y para apreciarlo basta un solo hecho: durante el último gobierno radical, el de González Videla, todos los partidos políticos, desde conservadores a comunistas, con la sola excepción del Partido Socialista Popular, participaron en funciones ministeriales en los sucesivos gabinetes. En el gobierno demócratacristiano de Frei, entre 1964 y 1970, se dio el único caso en la historia de Chile de un gobierno prácticamente de partido único (una pequeña formación política que acompañó a la Democracia Cristiana no tenía significado ni audiencia nacional), sin que se haya registrado un esfuerzo serio por ampliar su base.

De esta forma, las fuerzas de "avanzada social", en vez de aproximarse, como lo había propuesto Eugenio González, se distanciaron sin posibilidades de un próximo reencuentro.

Socialistas y demócratacristianos

La sustitución del centro radical por el demócratacristiano modificó la naturaleza de la política chilena. Las posibilidades de compromiso resultaban ahora bastante más restringidas ante la vocación hegemónica demócratacristiana que, a cambio de ofrecer al país un proyecto de futuro y no una suerte de administración de las cosas, como en el último período radical, exigía para sí misma un rol estelar excluyente.

Pero no era tan solo la Democracia Cristiana la que había crecido y se había consolidado con esa tendencia. El Partido Socialista, participante en los gobiernos de Frente Popular de Aguirre Cerda y Ríos, uno de cuyos sectores se había hecho parte de uno de los gabinetes de González Videla y que había ocupado importantes carteras ministeriales en el primer período del gobierno de Ibáñez, se había reconstituido, hastiado de experiencias de gobierno que pasaron a considerarse como motivo de corrupción y actos de "colaboración de clases" que desperfilaban al Partido Socialista como fuerza revolucionaria capaz de liderar un proceso de sustitución del capitalismo. Los socialistas comenzaron a recorrer un curso de dos vías. Mientras algunos de sus más importantes dirigentes verbalizaron una desconfianza profunda en las posibilidades electorales y teorizaron sobre las insuficiencias de la democracia representativa, en el hecho se consolidó una firme alianza con el Partido Comunista para intentar la "vía pacífica".

La década del sesenta fue de crecimiento y vital proyección de las ideas de izquierda. Este fenómeno de dimensiones universales adquirió fuerza y perfil propio en América Latina como resultado del proceso revolucionario cubano y de las esperanzas que éste abrió. En Chile, la izquierda y, dentro de ella, el socialismo, se constituyeron en polo de atracción hacia los sectores del centro.

El radicalismo, por su parte, perdió convocatoria no sólo a manos de la Democracia Cristiana en crecimiento, sino también de los partidos de izquierda, especialmente entre los jóvenes. Su organización y mística, la riqueza de su doctrina y el brillo y cohesión de su equipo dirigente, permitieron a la Democracia Cristiana, en cambio, capitalizar parte de este proceso. Para hacerlo debió acentuar su perfil más progresista y convertirse en una alternativa de transformación social frente a la impulsada por socialistas y comunistas. El proceso generó en su interior, sin embargo, núcleos de pensamiento político que crecientemente se sintieron identificados con el pensamiento de izquierda, en Chile claramente anclado en el marxismo. El gobierno de Frei, más allá de sus realizaciones, terminó exhibiendo límites en su vocación por el cambio que frustraron a significativos sectores de jóvenes demócratacristianos. En 1969, dichos sectores, encabezados por un líder de gran carisma personal y solidez ideológica, Rodrigo Ambrosio, rompieron con el Partido Demócratacristiano, constituyeron el MAPU y se integraron al conglomerado de izquierda. De ellos, grupos importantes se fundieron, ya en la época dictatorial, en el Partido Socialista de Chile.

CAPITULO VII SALVADOR ALLENDE

Líderes nacionales

Al examinar las nueve décadas ya transcurridas de este siglo, no es difícil identificar a aquellos líderes que, en su tiempo, dominaron la escena política nacional y aportaron en grado importante a la constitución del Estado y la nación chilena.

El primero de ellos, Arturo Alessandri Palma, surgió en la década del veinte ejerciendo un liderazgo popular que recogía la creciente rebeldía social de la época. Alessandri articuló las demandas de la emergente clase media, dictó importantes leyes que consagraban nuevos derechos sociales y laborales, y logró la aprobación de la Constitución de 1925.

Más tarde, Pedro Aguirre Cerda, fallecido prematuramente mientras ejercía la función de Presidente de la República, encabezó una importante experiencia de unidad entre el centro y la izquierda -el Frente Popular- e inauguró el ciclo de gobiernos radicales bajo cuya inspiración se efectuó un conjunto de reformas y modernizaciones claves para el país.

El militar Carlos Ibáñez del Campo, figura política algo inescrutable, de opaca oratoria pero de rica intuición, es aquel cuyo liderazgo cubre un tiempo más extenso. Ejerció la Presidencia de la República de modo dictatorial entre 1927 y 1931 y se constituyó en los veinte años siguientes en figura política de permanente aspiración presidencial. A comienzos de la década del cincuenta logró encarnar efímeramente un desencanto generalizado con el sistema de partidos históricos, se erigió como un gran caudillo y fue elegido Presidente con una extraordinaria votación.

También en la década del cincuenta, Eduardo Frei, fundador de la Falange, principal organización política antecesora de la Democracia Cristiana, se constituyó en líder de dimensión nacional. Portador de un espíritu de renovación política y de modernización, triunfó en la elección presidencial de 1964 con una votación abrumadora. Frei simbolizó para grandes sectores nacionales un proyecto de cambios

estructurales e integración social -la "Revolución en Libertad"- de gran importancia en una década de notable efervescencia política en América Latina.

El liderazgo de Allende

La trayectoria de Salvador Allende comprende todo el período histórico de auge, desarrollo y debacle de la democracia entre 1938 y 1973. Allende supo expresar en su aproximación a la política alguna de las más esenciales virtudes de un líder. Fue tolerante y, sin embargo, un recio defensor de sus principios. Abrazó y representó una doctrina, pero desechó todo esquematismo o preconcepción. Fue un hombre surgido y formado en su partido, pero conservó siempre una óptica nacional de los grandes problemas que le tocó abordar. Perteneció a una organización política que fue capaz de proyectar la idea de socialismo con fuerza y vigor, y sin embargo nunca perdió la capacidad de trascenderlo en un esfuerzo armonizador que le permitía concertar un haz de voluntad política siempre más amplio que el estrictamente partidario. Su vida pública estuvo marcada por un apego irrestricto a las reglas del juego democrático y fue un ejemplo de coherencia y adhesión a principios de valor permanente.

Salvador Allende representó, con tenacidad, las aspiraciones populares de justicia económica e igualdad social. Liderizó a la izquierda durante dos decenios con empuje constructivo y fue, a la vez, lúcido aprendiz y brillante maestro en el socialismo chileno.

Figura protagónica de un dramático período de la historia de Chile, asumió con serenidad y valor el momento de su muerte. Cayó defendiendo, junto a un grupo de combatientes, muchos de ellos miembros del Partido Socialista, los valores democráticos y la legitimidad del ideario que encarnaba. Sólo la historia, con la irremplazable perspectiva que da el tiempo, podrá entregar el veredicto justo que merece la estatura política y humana de Allende. Por ahora continuará siendo una figura debatida, aunque respetada hasta por sus adversarios, tal como sigue siendo objeto de discusión el proyecto que encarnó y su ejecución concreta durante el período de la Unidad Popular.

La herencia política de Allende no tiene una interpretación única e indiscutible y nadie podría pretender apropiarse de ella de modo exclusivo. El desafío para desentrañar su legado no consiste en analizar cada uno de sus actos, escritos o declaraciones -de suyo importante- sino en saber interpretar los núcleos centrales de su pensamiento y acción que hicieron original y profunda su presencia en la vida del país. Las líneas siguientes reseñan la trayectoria de Allende intentando descubrir allí los temas fundamentales de su liderazgo, en forma más bien esquemática y, por cierto, sin pretensión exhaustiva.

El joven Allende

Salvador Allende nació en Valparaíso en 1908 e inició sus estudios de medicina en la Universidad de Chile en 1926. Era una época de revuelo y agitación social. La Federación de Estudiantes de Chile se había convertido en uno de los principales centros de actividad política, frontalmente crítico de la sociedad estamental y oligárquica existente en aquel entonces. Bajo el influjo de una inquietud social y política adquirida tempranamente por vía paterna, Allende se integró al primer grupo universitario declaradamente marxista, llamado "Grupo Avance", del que a la postre se marginó porque expresaba, según él mismo dijo más tarde, un radicalismo estudiantil exacerbado. El grupo se había propuesto, en

1931, crear "soviets" de obreros, campesinos, soldados y estudiantes, intentando con absoluta falta de realismo aplicar en Chile, mecánicamente, la experiencia soviética.

Activo dirigente estudiantil, Allende fue elegido presidente del centro de alumnos de medicina y vice presidente de la Federación de Estudiantes de Chile. La corta experiencia de la República Socialista de 1932 fue un hito que marcó muy fuertemente al núcleo generacional que Allende integraba, y la propuesta de quienes lideraron el episodio, tendiente a crear una fuerte organización política socialista, encontró eco inmediato. Joven líder en pleno desarrollo, Allende fundó el Partido Socialista en Valparaíso. El carácter autónomo y original del nuevo partido, su viva vocación latinoamericana y su visión anti dogmática, entre otros rasgos ya descritos, lograron cautivar la imaginación y pasión política de parte significativa de la promoción joven de la época.

Al finalizar la carrera de medicina, Allende se trasladó a Valparaíso y comenzó a trabajar en un hospital de la ciudad. Siguiendo una tradición familiar se incorporó a la masonería, afiliación que, con lealtad, mantendría incólume durante toda su vida a pesar de algunas muestras de discreto desacuerdo provenientes de la izquierda y de sectores del Partido Socialista.

En esta etapa formativa, la sensibilidad social de Allende se manifestó especialmente en su preocupación por el tema de la salud pública. Presidió durante cinco años la Asociación Médica y dirigió el Boletín Médico de Chile y la Revista de Medicina Social, editada en Valparaíso. Su pensamiento sobre la materia está estampado en el libro, pionero en esos tiempos, La Realidad Médico-Social de Chile, en el que da cuenta de la problemática de la pobreza y desnutrición de amplios sectores nacionales, y donde aborda además temas como la mortalidad infantil y el hacinamiento.

El político maduro

En 1937, Allende fue elegido diputado por Valparaíso y comenzó su extensa trayectoria parlamentaria, interrumpida sólo en 1939 cuando fue designado ministro de Salud Pública en el gobierno del Frente Popular a la edad de 30 años. Regresó al Parlamento en 1945 como senador socialista por las provincias de Llanquihue, Chiloé, Aysén y Magallanes. Fue reelegido al Senado en 1953, esta vez en representación de las provincias de Tarapacá y Antofagasta, y nuevamente en 1962 representando a las provincias de Aconcagua y Valparaíso.

La gestión legislativa de Allende cubrió un período de 26 años de la historia política nacional. Como parlamentario promovió innumerables iniciativas legales y contribuyó a la creación de instituciones de relevancia orientadas a mejorar el bienestar social y a la ampliación de los derechos individuales y colectivos. Entre otras, fue el principal gestor de una normativa de protección de la infancia y los derechos de la mujer, de la dictación del estatuto médico funcionario, de la creación del Servicio Nacional de Salud y de variadas normas destinadas a impulsar el desarrollo de las provincias. Con razón y en tono desafiante, expresó una vez en el Senado, al calor del debate y dirigiéndose a los senadores de derecha: "Emplazo a los señores senadores para que demuestren quiénes exhiben más iniciativas, quiénes han conseguido que se dicten más leyes; quiénes han obtenido siquiera en este régimen, más que nosotros, un trozo de justicia para el niño chileno, para la madre chilena, para el trabajador, obrero, campesino o empleado".

La actividad parlamentaria, sin duda importante, fue sólo uno de los aspectos del quehacer de Allende. La faceta principal fue su identificación con los grandes problemas sociales del país y, consecuentemente, con los movimientos que se fueron gestando en torno a ellos. La lucha de los sectores postergados -trabajadores sindicalizados, pobladores, campesinos, pueblo marginado- tuvo en Allende, invariablemente, a un aliado de absoluta lealtad. Así fue construyendo un liderazgo que conquistó, con argumentos y emoción, a un creciente sector del pueblo chileno que se hizo "allendista". El liderazgo de Allende combinó talentosamente la actividad del luchador social, que a través de todo el país pulsaba y se identificaba con el sentir popular, y la del tribuno parlamentario de oratoria fluida con capacidad para elaborar compromisos políticos e impulsar iniciativas con eficacia.

En este gradual proceso de construcción de liderazgo y de difusión nacional de las ideas del socialismo, Allende fue estructurando una particular relación con su partido. A veces se tiende en exceso a subrayar los momentos de tensión de esta relación, hecho siempre natural en la interacción líder-organización, sin destacar la armonía esencial que hubo, en el balance global, entre Allende y su partido. La militancia socialista fue un hecho crucial en la vida de Allende. Ser socialista se convirtió en un rasgo irrenunciable de su propia identidad como ser humano. Con la generosidad que lo caracterizó siempre en el ejercicio de la política, dijo una vez una frase que los socialistas chilenos no olvidan: "Todo lo que soy se lo debo a mi pueblo y a mi partido". Como se señaló en un capítulo anterior, el liderazgo de Allende tuvo, efectivamente, una característica básica: surgió desde dentro del Partido Socialista, se asentó firmemente en él y se desarrolló a parejas con el desarrollo del partido. Allende fue el socialista que hizo del mensaje de su partido un eje de atracción para amplios sectores populares no necesariamente comprometidos con una militancia política determinada.

Con todo, hubo momentos de tensión. En 1943, Allende asumió la secretaría general del partido y protagonizó una agria disputa con Marmaduke Grove -líder rebelde y carismático- que condujo a una escisión partidaria. En 1951, Allende y un grupo reducido de seguidores se marginaron desde las filas partidarias en radical desacuerdo con el apoyo acordado por el Partido Socialista a la candidatura del líder populista Carlos Ibáñez del Campo. En 1956, siendo secretario general de uno de los sectores del socialismo chileno, tuvo un rol clave en la reconstitución de la unidad partidaria materializada en el Congreso de 1957. Sin embargo, a partir de entonces nunca volvió a integrar el Comité Central de su partido, aunque, al mismo tiempo, se convirtió en el líder indiscutido del socialismo chileno. Su grado de influencia siguió siendo enorme al interior del partido aunque, de algún modo quizá no previsto, la opinión e ingerencia de Allende se hizo decisiva en materias de orden nacional, pero se debilitó en la esfera de las cuestiones partidarias y condujo a una forma de disociación entre líder y partido de consecuencias no desdeñables.

Así, a fines de los años sesenta, Allende se había convertido en el gran portador de un proyecto nacional fundado en la lucha democrática como palanca del cambio, mientras el Partido Socialista atravesaba un período de definiciones ideológicas "izquierdistas" que, en la teoría, lo definían en posiciones radicalizadas contrapuestas a la visión de Allende. De esta manera, Allende fue, en definitiva, postulado como candidato presidencial socialista en 1970 -aceptado luego por la Unidad Popular tras tensas negociaciones- gracias al apoyo de una minoría del Comité Central partidario y a la abstención de la mayoría.

Su designación tenía, por una parte, la fuerza de un liderazgo ya constituido en las campañas presidenciales previas de 1952, 1958 y 1964, pero, por la otra, la debilidad de haber sido derrotada ya tres veces. Una parte importante de la opinión de izquierda tendía a otorgar bastante significación a las desventajas de la candidatura Allende, en una atmósfera general marcada por una radicalización que se traducía en fuertes prevenciones ideológicas sobre la viabilidad y eficacia de la lucha electoral. Contribuía especialmente a esta percepción un segmento del Partido Socialista influenciado por las experiencias de lucha guerrillera en América Latina, el surgimiento del Movimiento de Izquierda Revolucionaria con fuerte atractivo en sectores jóvenes y el nacimiento del MAPU que, escindido de la Democracia Cristiana, llegaba a la izquierda postulando una radical rectificación en los métodos y liderazgos. Se impuso, en último término, la valorización positiva del liderazgo nacional de Allende ya sólidamente constituido y la demanda socialista que exigía un candidato común de sus propias filas.

Efectivamente, la consolidación de un liderazgo nacional era en aquel entonces una tarea lenta y ardua. El impacto de los modernos medios de comunicación era aún limitado y Allende había ido cimentando en tres campañas presidenciales .previas una relación personal con la masa popular y de la izquierda que era imposible superar. Inició tardíamente y en medio de un generalizado escepticismo su cuarta campaña, cuya dirección asumió Aniceto Rodríguez, quien había sido su oponente en la lucha interna socialista. En su designación definitiva tuvo destacada importancia la posición del Partido Comunista, que preconizaba consistentemente la lucha democrática de masas como método de avance del movimiento popular.

La relación de Allende con el Partido Comunista estaba marcada por la impronta unitaria del liderazgo allendista. A la cabeza del Partido Socialista de Chile, sector minoritario contrapuesto al Partido Socialista Popular, Allende había agrupado las fuerzas del ilegal Partido Comunista y de otros sectores menores para lanzar su primera candidatura presidencial en 1952 como abanderado del Frente del Pueblo. Había aportado sus energías a la unidad sindical cristalizada en 1953 con la fundación de la Central Única de Trabajadores, y había sido actor protagónico en la formación del Frente de Acción Popular (FRAP), constituido en 1956 con socialistas, comunistas y otras tendencias progresistas. En el mismo período había contribuido decisivamente a la reunificación del Partido Socialista. En 1958 había sido derrotado estrechamente en la elección presidencial por el candidato de la derecha Jorge Alessandri, obteniendo una votación muy superior a la del postulante demócratacristiano Eduardo Frei y a la del radical Luis Bossay. En 1964, Allende había sido derrotado una vez más por la postulación de Frei, apoyada esta vez por los partidos de derecha. Corolario de estos esfuerzos fue el empuje decisivo de Allende para la creación en 1969 de la Unidad Popular. Fue ésta la más amplia coalición política de izquierda construida en la historia democrática de Chile: la Unidad Popular unió a socialistas, comunistas, radicales, sectores cristianos de izquierda y sectores populistas.

El derrotero unitario de Allende no debe ser interpretado como un empeño por lograr una pura sumatoria mecánica de fuerzas políticas o como un simple expediente electoral. En realidad, suponía el aglutinamiento de amplios sectores sociales y de expresiones políticas plurales con una perspectiva de largo plazo. La orientación unitaria no lo hizo jamás desviarse de su consecuente identidad socialista ni le impidió señalar, cuando le pareció indispensable, puntos de vista divergentes de aquellos sustentados por sus aliados. Impulsor destacado de una efectiva concertación con el Partido Comunista, según se ha

reseñado, no dejó de plantear las diferencias cuando la ocasión lo hacía necesario. En un discurso en el Senado expresó: "Jamás nosotros aceptaríamos la presencia del Partido Comunista si ello significara, de parte nuestra, hipotecar nuestro derecho a criticar, a analizar, a desmenuzar la política internacional de la Unión Soviética. Si los comunistas chilenos están de acuerdo con algunos puntos de esa política, o no lo están, es problema de ellos; pero nunca ese problema se ha proyectado en nuestras relaciones y jamás ha puesto como condición para mantener ese entendimiento el que nosotros opinemos de esta u otra manera en el aspecto internacional o nacional".

Fue así como en 1948, para mencionar sólo algunos hitos, solidarizó con la política yugoslava que se rehusaba a aceptar la hegemonía incondicional de Stalin, y en 1965 visitó al Mariscal Tito -líder máximo del socialismo yugoslavo- y refrendó su noción autónoma y nacional para construir el socialismo. En 1956 rechazó enérgicamente el aplastamiento de la rebelión popular húngara por tropas soviéticas, y más tarde adoptó la misma actitud frente a la "primavera de Praga" cuando, en 1968, Dubcek realizó un primer intento encaminado a democratizar la sociedad checoslovaca.

En su calidad de secretario general del Partido Socialista, en 1943, Allende había encarado el desafío planteado por el Partido Comunista de considerar la fusión de ambas fuerzas políticas. Este giro comunista estuvo, en gran medida, motivado por la disolución de la Tercera Internacional, decisión adoptada por Stalin a fin de conceder un mayor rango de flexibilidad a los partidos afiliados para llevar a cabo sus propias políticas nacionales. En una larga carta a Carlos Contreras Labarca, secretario general del Partido Comunista, Allende se refirió en un comienzo a la complacencia socialista por la superación del Comintern, aludiendo a la hipótesis de la creación de una nueva orgánica política: "La reciente disolución de la Tercera Internacional, al liberar al Partido Comunista chileno de una tutela que lo había hecho preocuparse básicamente del problema internacional, desde el punto de vista exclusivista y absorbente de la URSS, olvidando a veces los intereses del movimiento obrero chileno, lo coloca en la posibilidad de integrar esta nueva organización con la independencia y el sentido nacional de otros partidos". Luego, en un pleno socialista realizado en enero de 1944, Allende informó sobre la actitud asumida en relación a la propuesta de fusión. La tónica fue mesurada, pero precisa y clara: "Somos partidarios de la unidad, somos partidarios de crear un instrumento nuevo, pero a su debido tiempo. La unidad no la entendemos con el sacrificio del partido, con la traición al Partido Socialista, con el entreguismo del Partido Socialista; la creación de un partido nuevo la entendemos como una etapa de superación. Ella vendrá cuando tengamos la evidencia de que este instrumento es mejor que el actual que tenemos, ella vendrá cuando la acción conjunta que puedan desarrollar socialistas y comunistas pruebe que es posible un amplio entendimiento". De este modo se despejaron los devaneos en torno al imperativo de crear un partido único o la noción de que la izquierda debía tener una representación unidimensional para ser más genuina.

Allende Presidente

La propuesta de una vía nacional, original y propia de construcción del socialismo fue el producto madurado de los esfuerzos intelectuales y políticos de Allende. La "vía allendista" se gestó en un proceso de permanente contraste entre teoría y práctica -esencial en el largo batallar político de Allende- en que el Partido Socialista constituyó un escenario a veces contradictorio y difícil, pero siempre abierto y

receptivo ante nuevas ideas y debates. En cuatro campañas presidenciales y en su larga trayectoria parlamentaria, Allende recorrió Chile de uno a otro extremo y con excepcional sensibilidad descubrió, como pocos políticos de su época, los intersticios del alma chilena. El socialismo "con gusto a empanadas y a vino tinto" del que hablaba Allende tenía como característica central su entronque, en cuanto proyecto representativo de una determinada posibilidad de convivencia social, en la idiosincrasia nacional.

La vía chilena fue surgiendo como una confirmación y una negación, al mismo tiempo, de la perspectiva comunista y, también, apoyando y contradiciendo a la vez algunas de las visiones imperantes en el Partido Socialista. La línea comunista postulaba la "vía pacífica" como forma de acceso al poder. Pero la fundaba en una primera etapa, en la política de "liberación nacional" que preconizaba la unión del proletariado con los segmentos progresistas de la burguesía nacional, a los que se reconocía atributos como para encabezar la alianza con el objetivo de concluir las tareas democrático-burguesas, y luego, en una etapa posterior, encaminarse hacia la dictadura del proletariado. Por otra parte, si bien la propuesta de Allende hallaba eco en las filas de su partido, especialmente en cuanto al carácter socialista del proceso y al rol que en él correspondía a los partidos de izquierda que debían conducir a sus eventuales aliados burgueses, importantes sectores socialistas miraban con sospecha la "vía electoral" y otros eran más proclives a las nociones teóricas más clásicas y más próximas a la tradición comunista.

Ya Presidente, Allende sostuvo en algunos discursos hoy clásicos que Chile se hallaba a las puertas de iniciar una "nueva manera de construir la sociedad socialista". En Chile habría de configurarse la "segunda vía" o experiencia de transición al socialismo, alternativa a aquella fundada en la dictadura del proletariado. El gran desafío que, según Allende, enfrentaba la vía chilena, era que no había un precedente o modelo preestablecido en el cual inspirarse: "Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas -particularmente al humanismo marxista- y teniendo como norte el proyecto de la sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno".

Una de las nociones claves en el pensamiento de Allende era la primacía que adjudicaba a la vía política de resolución de los conflictos sociales por sobre el antagonismo violento. Esta era para él una peculiaridad del sistema político chileno que debía ser resguardada: "El respeto a los demás, la tolerancia hacia el otro, es uno de los bienes culturales más significativos con que contamos. En consecuencia, la democracia como forma de convivencia social es consustancial a la tradición del pueblo chileno y condiciona el proyecto de transformación social de raíz socialista". Allende concebía el método no violento de conquista de mayorías sociales y políticas como un camino éticamente superior y claramente más adecuado a las circunstancias chilenas para acceder a una sociedad más justa. "La guerra civil, cuando es impuesta al pueblo como única vía hacia la emancipación, condena a la rigidez política", sostenía. El camino al socialismo comprendía, entonces, una tríada de ideas-fuerza que nunca podían ser abandonadas: democracia, pluralismo y libertad. Estas habían sido, como se señaló antes, las constantes que caracterizan toda su trayectoria política personal.

No obstante su fuerza y raigambre en las masas, la formulación de Allende fue objeto de serios reparos ideológicos en los partidos que integraron la coalición de la Unidad Popular. En definitiva, política e

ideología se separaron peligrosamente, y este divorcio restó la fuerza necesaria, que debía ser tan gigantesca como el empeño descrito, a la puesta en ejecución del proyecto allendista.

La campaña presidencial de 1970 fue la más breve de las cuatro que encabezó Salvador Allende. Proclamado candidato común después de un engorroso proceso de negociaciones en el marco de un cónclave de partidos, las fuerzas de la izquierda se alinearon tras él como algo natural y, paulatinamente, ganaron mística y confianza en el triunfo. Allende, con un millón 75 mil votos, que representaban algo más de un 36 por ciento de la votación total, superó estrechamente a Jorge Alessandri, connotado líder de derecha, y a Radomiro Tomic, uno de los fundadores de la Democracia Cristiana y brillante orador de masas que levantó un programa de reformas radicales en muchos aspectos semejante al enarbolado por Allende. Tras un proceso de negociación política entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, que se plasmó en varias reformas constitucionales, el Congreso Pleno, de acuerdo a las normas vigentes en la época, nominó a Allende Presidente de la República. Asumió dos meses después de su elección, el 4 de noviembre de 1970.

El período de la Unidad Popular es una etapa de la historia nacional que aún no ha podido discutirse con serenidad. Todo debate serio ha sido impedido por la dictadura militar que pretendió sistemáticamente, durante quince años, caricaturizar, la experiencia allendista y desfigurar sus reales contenidos. Se trata de un período de grandes transformaciones que abrieron una nueva perspectiva de vida a los sectores mayoritarios, pobres y postergados, de la ciudadanía.

En el agro se puso término a la propiedad latifundista que había limitado por decenios el desarrollo y modernización de la agricultura chilena. El sistema financiero fue estatizado a fin de orientarlo en la perspectiva del interés social y no en el puro beneficio de los grandes monopolios y oligopolios de propiedad de grandes grupos económicos. En la industria se creó un área social extensa que incluía los sectores claves del aparato productivo. El cobre, que Allende llamaba "el sueldo de Chile", fue nacionalizado a través de una reforma constitucional que recibió apoyo unánime en el Congreso. Estudios recientes demuestran el profundo impacto de esta medida, una de aquellas que Allende había preconizado durante toda su vida política: importantes cantidades de recursos que antes fluían hacia el exterior, como ganancias de las compañías extranjeras, han permanecido en las arcas nacionales durante todos los años siguientes a la nacionalización impulsada por Allende.

El gobierno de la Unidad Popular realizó un significativo esfuerzo por mejorar las condiciones de vida de la población trabajadora. El empleo productivo alcanzó uno de los niveles más altos de la historia económica nacional; el ingreso fue redistribuido en beneficio de los sectores que vivían de un sueldo o un salario; las áreas de salud, vivienda y educación recibieron atención preferente en la asignación de los recursos públicos. En la vida internacional, Chile amplió su red de relaciones formales y adquirió respetabilidad en la comunidad de naciones. El gobierno de Allende respetó de manera irrestricta los derechos humanos y las libertades públicas y convocó regularmente, según las disposiciones legales en vigor, a elecciones periódicas municipales y parlamentarias.

El programa de cambios -sin duda revolucionario- que llevaba a cabo el gobierno del Presidente Allende provocó, sin embargo, una creciente conmoción social en el país. Hirió fuertemente los intereses de los sectores propietarios más adinerados y se enfrentó al capital extranjero. El deterioro del gobierno de la

Unidad Popular y su derrocamiento en septiembre de 1973 surgieron como el resultado de una combinación entre los errores en la conducción política y económica, los desbordes programáticos que comenzaron a plantear sectores críticos de la gestión de Allende (incluso al interior del propio Partido Socialista) y la acción concertada de sus enemigos. La derecha latifundista y monopólica inició una oposición tenaz que utilizó todos los medios para desestabilizar al gobierno, atentando severamente contra los intereses nacionales. Las grandes empresas transnacionales de origen norteamericano, con apoyo de su gobierno, conspiraron abiertamente y financiaron la subversión interna. La oposición, muchas veces violenta, de los sectores de derecha más recalcitrantes arrastró tras de sí a amplios segmentos de las capas medias enervadas por la dislocación económica creciente, reflejada en los indicadores de inflación, la escasez de divisas y las dificultades de aprovisionamiento de bienes esenciales, en gran medida provocados intencionalmente por formas organizadas de acaparamiento. No obstante la grave crisis y la difícil situación del país, fruto de la subversión interna y el cerco financiero externo, los partidos que apoyaban al Presidente Allende obtuvieron más del 43 por ciento de los votos en las elecciones parlamentarias, libres y democráticas, realizadas en marzo de 1973, frustrando así la posibilidad de un "golpe legal" por la vía del Congreso. En septiembre de 1973, el Presidente Allende, fracasados los intentos de lograr un compromiso político con la Democracia Cristiana, resolvió convocar a un plebiscito constitucional sobre algunos de los temas claves en el debate nacional y colocar, de esta manera, todo su prestigio y el de su cargo en juego ante la ciudadanía. El golpe militar del 11 de septiembre le impidió materializar este anuncio que había planeado para ese mismo día. La mayoría de los cuerpos armados se pronunciaron organizada y violentamente contra el gobierno, cohesionados tras un largo proceso en el que debieron abandonar su doctrina profesional por las influencias de los sectores contrarios al gobierno popular. Para el Ejército de Chile, este tormentoso transcurso y su secuela inmediata significaron una experiencia dolorosa: entre 1970 y 1974 murieron asesinados sus dos últimos comandantes en jefe, precisamente los principales elaboradores de la doctrina institucional democrática, los generales René Schneider y Carlos Prats.

Para Chile y los chilenos, la derrota y muerte de Allende han significado la pérdida por quince años de uno de los valores más preciados de su historia: la convivencia democrática. Para los socialistas, la desaparición de Allende fue el comienzo de una nueva etapa de su existencia marcada por los signos de la persecución y la división interna. Allende legó al socialismo chileno una experiencia plena de lecciones a desentrañar, un ejemplo de justa pasión por las ideas comunes que será fuente inagotable de mística y emulación, y un desafío que consiste en proponer un nuevo proyecto socialista que haga de Chile una nación más justa y humana.

CAPITULO 8

EL SOCIALISMO DURANTE LA DICTADURA MILITAR

Una mirada histórica

Los quince años transcurridos entre 1973 y la actualidad han sido para el socialismo chileno una época tormentosa y difícil, dolorosa y destructiva, aunque al mismo tiempo pleno de desafíos y preñado de futuro. No obstante el intento metódico del régimen militar por erradicar las ideas socialistas de la faz del país, la historia ha demostrado ya la notable capacidad de supervivencia del partido que fundaron

Grove y Allende. En los tres lustros últimos, el socialismo chileno sufrió una derrota política que tuvo trascendentes proyecciones para el país y extenso impacto internacional. Padeció la división más prolongada que registra su historia -un decenio ya- y atravesó un proceso de reexamen político e ideológico y de renovación de cuadros dirigentes de grandes proporciones. Así, también en la etapa terminal de la dictadura, el socialismo se ve enfrentado a desafíos singulares, nunca antes conocidos en su historia, y pareciera emprender el sendero de su reconstrucción en una sola fuerza política.

Es imposible hoy asomarse a estos quince años con una visión propiamente histórica. Por una parte, los hechos están aún muy frescos, son un acontecer todavía demasiado próximo para justificar un análisis que requiere de la óptica y la perspectiva que tendrán en muchos años más los historiadores. Por otra, todo examen surgido de las propias filas socialistas estará necesariamente marcado por el sello y las vivencias de quienes lo hagan, de uno u otro modo protagonistas de los sucesos que se quiere analizar. Siempre está disponible como alternativa la crónica o el simple registro de hechos y nombres, ejercicio que siendo útil como proceso de acumulación de material y de rescate de una memoria, no es el objeto de estas páginas. Las ideas que se plantean en este capítulo constituyen, entonces, más bien despuntes para avanzar en el futuro en la pesquisa histórica, senderos abiertos para la imaginación crítica de los socialistas, constatación de problemas y de desafíos tanto para los investigadores como para los constructores de políticas hacia el futuro.

Un hecho clave que debe, sin embargo, enmarcar cualquier tarea como las indicadas es la constatación de la singularidad de este período en la historia socialista: por primera vez en su existencia, el socialismo chileno se ha visto colocado en una posición neta y claramente opuesta al Estado. Toda la fuerza de éste se ha descargado, con indisimulada violencia muchas veces, contra el socialismo y sus adherentes. En el pasado, la relación del Partido Socialista con las instituciones estatales atravesó por alternativas diversas. Durante los cuarenta años de historia partidaria transcurridos hasta 1973, el Partido Socialista participó aproximadamente durante diez en responsabilidades gubernamentales. Los treinta restantes lo ubicaron como fuerza de oposición, a veces encarnizada, a los gobiernos de turno. Con todo, el Partido Socialista integró un sistema institucional cuyas reglas, en mayor o menor medida, en la propuesta o en la práctica, con más o menos remilgos ideológicos, terminó siempre aceptando y respetando.

Cuando algún gobierno mostró tendencia a limitar severamente los derechos democráticos o ejerció abusivamente su poder represivo, el socialismo chileno se le opuso con fuerza y sufrió embates en su contra. El período inmediatamente posterior a la fundación es un buen ejemplo de lo aseverado. Bajo el segundo gobierno de Alessandri (1932- 1938) se desató una dura represión contra las fuerzas populares. Grove y Oscar Schnake, entre otros, fueron perseguidos, encarcelados o desterrados, y en la lucha callejera con las hordas organizadas del nazismo criollo cayeron los primeros mártires del socialismo chileno; el marinero Bastías, en Concepción; el joven escritor Héctor Barreto en Santiago y Julio Llanos en La Cisterna. La represión anticomunista desatada en 1948 por González Videla fue duramente rechazada por el Partido Socialista Popular, y la petición de facultades extraordinarias planteada al Congreso por Ibáñez, después de los sangrientos sucesos del 2 de abril de 1957, fue votada en contra por los socialistas, varios de cuyos líderes estudiantiles habían participado activamente en el movimiento de protesta que se convirtió en pocas horas en una asonada popular. Similar conducta observó el Partido Socialista durante los doce años de gobierno de Jorge Alessandri y Eduardo Frei, condenando

sistemáticamente todo exceso represivo de connotación antipopular. Pero, incluso en los periodos de más áspera oposición, ningún gobierno negó su derecho a existir al Partido Socialista o lo privó severamente de las posibilidades de hacer escuchar su voz de protesta. El sistema político chileno, conformado en torno a la Constitución de 1925, reconoció a todas las fuerzas (con la salvedad del decenio en que rigió la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que ilegalizó al Partido Comunista) un espacio mínimo de expresión y desarrollo que fue respetado por los sucesivos gobiernos.

La situación cambió, para todas las corrientes democráticas, en 1973. La visión dictatorial hacía innecesario el funcionamiento de los partidos, incluso de aquellos favorables al nuevo gobierno militar que se declararon "auto disueltos". Para el socialismo se abrió un período crítico. De entre los suyos, fue ultimado un Presidente de la República, Salvador Allende, un Vice Presidente, José Tohá, y, en el extranjero, el ex ministro de Relaciones Exteriores, Orlando Letelier. En Chile cayeron miles de socialistas de la máxima dirección, de las instancias intermedias y de la base. Carlos Altamirano, el secretario general al momento del golpe, fue implacablemente perseguido en la más grande cacería humana conocida en la historia de Chile. Logró romper el cerco y abandonar clandestinamente el país. Junto con él debieron buscar refugio en el exterior miles de adherentes del Partido Socialista. Otros tantos fueron encarcelados, relegados o torturados en prisión. La primera dirección reconstruida después del golpe militar, encabezada por el dirigente obrero Exequiel Ponce y por el joven médico y parlamentario, secretario general de la Juventud Socialista, Carlos Lorca, fue liquidada en su mayor parte.

La capacidad direccional se reprodujo, sin embargo, con notable persistencia, permitiendo que durante quince años de gobierno dictatorial el socialismo chileno haya tenido siempre, sin interrupciones, núcleos significativos de dirección política en el interior del país. En el período en examen, el Partido Socialista se convirtió, de una fuerza popular que había conocido los avatares de la represión y en cuyo nombre habían entregado su vida un puñado de militantes, en un partido cuya lista de mártires, si se quisiera aquí prodigarles la justicia del merecido recuerdo, ocuparía varias páginas de este volumen.

Itinerario orgánico

Tres años antes de la victoria de la Unidad Popular en 1970, el Partido Socialista de Chile sufrió una de las más enconadas divisiones de su historia. Su ocurrencia parece más vinculada a una disputa de liderazgo interno y a temas orgánicos que a cuestiones teóricas de fondo o a discrepancias demasiado severas de línea política, si bien es indudable que entre los actores del proceso había matices no despreciables. De este modo, surgió en 1967 la Unión Socialista Popular, expresión del quiebre definitivo del grupo dirigente que había reconstruido el socialismo chileno -a partir de 1946- y liderada por una de las más notables figuras de la historia socialista: el dirigente Raúl Ampuero.

Entre 1946 y 1967, Ampuero fue seis veces designado secretario general del partido, fue elegido Senador y se constituyó en un líder partidario y nacional sólo superado en su impacto popular por la figura de Salvador Allende. Singular combinación de pasión socialista y capacidad analítica, Ampuero fue, junto a Eugenio González, uno de los grandes elaboradores de política y constructor teórico del socialismo chileno. A diferencia de otros dirigentes que teorizaron las posiciones socialistas y las sistematizaron por escrito, como Humberto Mendoza, Oscar Waiss, Julio César Jobet y Alejandro Chelén, Ampuero tenía un origen netamente socialista sin ancestros en la vertiente trotskista. Se constituyó en uno de los

conductores indiscutidos del socialismo chileno, fue un eficaz organizador y su sello original y creativo marcó por toda una época el pensamiento y acción de los socialistas.

La división que encabezó en 1967, si bien se prolongó formalmente en el tiempo, fue prácticamente resuelta en las elecciones parlamentarias de 1969, en las que el Partido Socialista de Chile superó muy largamente en las urnas a la Unión Socialista Popular, que logró elegir a un solo parlamentario, el líder regional Ramón Silva Ulloa. Un año después, Salvador Allende fue elegido Presidente de la República. La Unión Socialista Popular, destacamento pequeño pero cualitativamente significativo, subsistió como organización, prestó un honesto apoyo crítico a la gestión de la Unidad Popular y tendió a extinguirse después del golpe militar, cuando Ampuero, exiliado en Italia después de ser liberado de la prisión, la declaró formalmente disuelta.

De esta manera, el Partido Socialista enfrentó prácticamente unido, con la excepción señalada, el período 1970-1973. El golpe militar inició una etapa en que el esfuerzo principal se orientó a mantener la existencia de un núcleo interior de dirección. Asimismo, se inició tempranamente un proceso complejo de disgregación partidaria que tuvo, hasta 1979, una significación menor.

En el período 1973-1979, aparte de la dirección central partidaria, cobraron vida diversos agrupamientos socialistas cuantitativamente pequeños, pero de intensa vida militante. En 1974 y 1975 tuvo especial relevancia el sector denominado Coordinadora Nacional de Regionales, que desarrolló una actividad importante en diversas zonas del país. Otros grupos que actuaron en el período señalado fueron el grupo La Chispa, que posteriormente confluyó en el Partido Socialista de Chile (Almeyda); la Dirección de Consenso, que sirvió de base al Partido Socialista Histórico, actualmente parte de la Concertación de Partidos por la Democracia; el sector Socialista Humanista; y el Movimiento Recuperacionista liderado por el antiguo militante Eduardo Long Alessandri. Buena parte de estos dos últimos sectores se integraron con posterioridad a 1979 al Partido Socialista dirigido primero por Carlos Briones y luego por Ricardo Núñez. Otra parte de sus adherentes se identificó con el liderazgo histórico de Aniceto Rodríguez, ex secretario general que una vez liberado de la prisión se exilió en Venezuela; y otros se integraron a un nuevo agrupamiento socialista dirigido por el destacado y antiguo militante Manuel Mandujano.

Durante todo este período, el Partido Socialista tuvo un fértil intercambio y recibió significativo apoyo de su dirección exterior (con sede en Berlín, República Democrática Alemana) encabezada por Carlos Altamirano, secretario general elegido en el último Congreso Ordinario, celebrado en La Serena en 1971.

Los años previos a 1979 fueron progresivamente incubando los gérmenes de la más grave división sufrida por el socialismo chileno, tanto por la solidez de los dos sectores principales que de allí surgieron, como por las dramáticas circunstancias en que ocurrió. En 1978 se celebró el encuentro partidario conocido como Pleno de Argel, en que participaron delegaciones del interior y del exterior y que reunió por última vez a los miembros del Comité Central designado en 1971 que habían sobrevivido al golpe militar. El Pleno de Argel conformó una nueva dirección exterior de nueve miembros y concordó procedimientos de acción con la dirección interior. Altamirano fue confirmado en la secretaría general. Un año después, los acuerdos allí construidos hicieron crisis y se produjo la división entre un sector encabezado por el propio Altamirano, que obtuvo una adhesión mayoritaria de la militancia exiliada, y

otro encabezado por el ex Vice Presidente de la República, Clodomiro Almeyda, sector entonces mayoritario al interior del país. Se inició así un nuevo período de la historia socialista, signado por la existencia y desarrollo de dos organizaciones que han convivido durante un decenio enfrentando, en un cuadro de concordancias y desavenencias, al enemigo común: la dictadura pinochetista.

Coincidencias y diferencias

No es tarea fácil intentar una síntesis que profile, evitando las simplificaciones o caricaturas, las cuestiones esenciales que las dos principales organizaciones socialistas han levantado como características. Sería inútil e inadecuado, naturalmente, recurrir a las visiones o imágenes, durante largos períodos cargadas de elementos de propaganda, que han construido los partidarios de una de ellas sobre la tendencia adversaria. Es preferible, por complejo que sea, hacer el intento de objetivar algunas de las diferencias sobre la base de los hechos políticos y esforzándose por dejar de lado el juicio más personal de los autores.

Un primer punto que es indispensable establecer es que ambas corrientes poseen títulos históricos suficientes; es decir, que ambas pueden justificar buena parte de sus planteamientos básicos en tendencias previas ya existentes en el socialismo chileno. Por cierto, es ésta una materia polémica en torno a la cual es legítimo abrir un amplio debate imposible de zanjar aquí. Parte importante de la discusión socialista en los años inmediatamente siguientes a la división de 1979 consistió, precisamente, en el intento por demostrar cómo las posiciones adoptadas por el sector opuesto constituían posturas límites que desdibujaban la esencia y tradición socialistas. En los últimos años en que ha primado, en la línea gruesa, una óptica de recomposición de diferencias, este tipo de discusión, sin estar aún erradicada, ha tendido a atemperarse.

El Partido Socialista (Almeyda) ha aspirado a recoger una tradición teórica más ortodoxa y clásica en la izquierda. En su visión de la historia partidaria, los rasgos originarios nacionales y populares del socialismo se interpretan básicamente como respuesta espontánea a la crisis de los años treinta y como marco de su posterior desarrollo y singular enraizamiento social, pero el énfasis principal está puesto en las limitaciones que dichos rasgos introducen en los momentos críticos de la concreción del rol del partido como vanguardia de las luchas obreras. Esta perspectiva corresponde a una adscripción al marxismo-leninismo como teoría científica eficaz para analizar la realidad del capitalismo contemporáneo y como instrumento indispensable para el diseño de una estrategia de avance al socialismo. Esta adscripción, no contenida en las definiciones fundacionales y no sustentadas por el partido durante sus primeros 35 años de existencia, es concebida como la forma natural de desarrollo del socialismo chileno en el propósito de convertirlo en una fuerza auténticamente revolucionaria. En esta misma línea, esta corriente se propone constituir un partido firmemente encuadrado en los principios del centralismo democrático, considerado como la herramienta capaz de dar coherencia a la acción partidaria y como mecanismo eficaz para resolver las diferencias internas sin desgarros destructivos. El fracaso de la Unidad Popular se explica, para esta corriente de pensamiento, por la debilidad teórica de las concepciones predominantes sobre el Estado que impidieron reconocer en su real magnitud el peso de su carácter de clase; por la incapacidad para generar alianzas tácticas que permitieran la consolidación de una base social más amplia que ensanchara la potencialidad de la clase

obrera y sus partidos; y, por sobre todo, por la inexistencia de una conducción única del proceso y la ausencia de una verdadera vanguardia revolucionaria con una visión política y militar acabada.

Sobre la base de un análisis del régimen dictatorial que enfatizaba sus rasgos represivos y su intrínseca debilidad social, el Partido Socialista (Almeyda) definió, durante un largo período, una política denominada "línea de masas rupturista con perspectiva insurreccional", que preveía un desarrollo ascendente de la lucha social que culminara en un levantamiento popular como prelude a la debacle del régimen vigente. En esta línea, el socialismo almeydista construyó una política de alianzas caracterizada por la continuidad con la línea partidaria iniciada en 1957, que establecía una relación estrecha y preferente con el Partido Comunista y junto al cual el socialismo constituyó un eje orientador del conjunto de las fuerzas de izquierda.

En el marco de estas definiciones, esta tendencia definió su desarrollo orgánico, buscó lograr un fuerte asentamiento en la base social y participó activamente en las jornadas de movilización que tuvieron auge especialmente entre los años 1983 y 1986. Adquirió en ese período una importante presencia en el ámbito sindical y estudiantil y, en general, en el seno de los movimientos sociales y humanitarios que se desarrollaron con fuerza. En términos orgánicos, el Partido Socialista (Almeyda) fue activo miembro de la Unidad Popular hasta su extinción, se restó a la constitución de la Alianza Democrática en 1983 y se plegó en cambio a la fundación del Movimiento Democrático Popular (MDP), que agrupó al núcleo principal de la vieja Unidad Popular y a otros sectores como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Las definiciones adoptadas por el Partido Comunista en 1980, que introdujeron una explícita dimensión militar en su política, abrieron un período en que ambas fuerzas vieron tensadas sus relaciones por apreciaciones diversas sobre la justeza de esta nueva estrategia. No obstante, continuaron manteniendo una alianza orgánica que se concretó, posteriormente, en la creación de la Izquierda Unida. Las dificultades de la alternativa mencionada, que no consiguió victorias decisivas sobre la dictadura a pesar de las notables jornadas de movilización y protesta que tuvieron lugar, se hicieron cada vez más evidentes a medida que se aproximaba el año 1988 en que, de acuerdo a la propia Constitución impuesta por el régimen, se efectuaría un plebiscito para determinar la continuidad o término de la era pinochetista.

Frente a estas nuevas circunstancias, en el curso de 1987, el Partido Socialista (Almeyda) modificó su línea política gruesa. Si bien continuó siendo un actor importante en la Izquierda Unida, se planteó como objetivo la concertación con otras fuerzas del arco opositor en torno a la recuperación de la democracia como tema central, tensando aún más sus relaciones con el Partido Comunista. En este marco se integró a una lógica de acuerdos amplios que se tradujo, a comienzos de 1988, en su participación en un consenso entre los partidos democráticos que ha constituido el más comprensivo espectro de fuerzas concordadas en la historia política de Chile. Se inscribió en la opción de apoyar el voto "NO" en el plebiscito y de hacer activamente campaña política en este sentido, accediendo a una estrategia de utilización de los espacios diseñados por la propia institucionalidad creada por la dictadura.

El triunfo de esta alternativa en el acto plebiscitario ha generado una dinámica de preparación de los partidos para las elecciones de Presidente y Parlamento que dispone la Constitución para fines de 1989. En este cuadro, este sector socialista decidió legalizar un partido político en el marco de la legislación de

la propia dictadura, no obstante su naturaleza restringida y discrecional. De este modo, el Partido Socialista (Almeyda) ha concurrido a la formación del partido PAIS (Partido Amplio de Izquierda Socialista) que inició sus trámites legales y recolección de adhesiones en la segunda quincena de noviembre y diciembre de 1988.

Al producirse la división de 1979, el Partido Socialista liderado por Carlos Altamirano inició un trabajoso proceso de reconstrucción, especialmente difícil al interior de Chile, donde la mayoría de los militantes organizados reconoció filas en la orgánica encabezada por Almeyda. Esta voluntad reconstructora indujo acercamientos con diversos sectores socialistas que aún permanecían disociados de una dirección central o que no se sentían interpretados por su conducción, y se orientó a dar un fuerte impulso a iniciativas de convergencia con las corrientes socialistas surgidas en la década de los sesenta como resultado de crisis internas de la Democracia Cristiana. El proceso tuvo un primer éxito en septiembre de 1981, cuando los socialistas provenientes del tronco histórico partidario cristalizaron el intento por crear una mesa de diálogo denominada Comité de Enlace Permanente. Dos años más tarde, este Comité pasó a denominarse Comité Político de Unidad (CPU). Al CPU concurrieron los socialistas de la corriente altamiranista, liderados en Chile por Ricardo Núñez, que había sido designado secretario general de su organización en un Congreso realizado en Francia; parte del sector Almeyda; el Grupo Dirección para el Consenso; los "Suizos", grupo constituido por intelectuales que se habían mantenido neutrales en la división de 1979; la tendencia MAS-USOPO y los Humanistas. Un tiempo después, el Comité Político de Unidad pasó a denominarse Partido Socialista de Chile. Asumió su dirección una Comisión Política de once miembros. En 1985, se integró al Partido Socialista así constituido la mayoría del Partido MAPU Obrero y Campesino y el Grupo de Convergencia Socialista, que nucleaba a intelectuales socialistas independientes.

Este Partido Socialista, dirigido en una primera etapa por Carlos Briones y luego por Ricardo Núñez, se planteó reeditar el momento originario del socialismo que había surgido, como se reseñó en un capítulo anterior, de la confluencia de diversos grupos socialistas que se organizaron como una sola fuerza política al calor de la grave crisis social de aquella época. El Partido Socialista (Núñez) se planteó rescatar los notables aciertos del ideario fundacional para, a partir de él, impulsar un proceso de renovación del socialismo chileno y de la izquierda que diera cuenta de los cambios políticos y culturales ocurridos en el mundo en los últimos decenios, y de las reflexiones motivadas en Chile por la derrota de 1973 y sus posteriores consecuencias. De este modo, para este conglomerado político, aquello que fundamenta su identidad es la adhesión a un marxismo creativo y no dogmático presente en el Acta de Fundación partidaria, una invocación al universo social constituido por los trabajadores manuales e intelectuales como protagonista del cambio social, un proyecto transformador de fines revolucionarios que asume la democracia como espacio y límite de su accionar político -en la línea esbozada por Eugenio González en la Fundamentación Teórica del Programa de 1947-, la reafirmación del carácter autónomo del socialismo chileno que valoriza las peculiaridades nacionales para sustantivar una concepción del cambio social y, por último, la insistencia en cimentar una organización partidaria participativa ajena a cualquier modelo rígido piramidal.

Por otra parte, la experiencia de la Unidad Popular es vista como el intento de Salvador Allende por desarrollar su concepción original de una "vía chilena al socialismo", frustrado por las graves

insuficiencias de naturaleza teórica motivadas por el predominio en la izquierda de esquemas ideológicos rígidos y con connotaciones dogmáticas, marcada-mente asincrónico con el proyecto levantado por Allende. En este sentido, el "allendismo" así entendido tendría hoy plena vigencia, a pesar de su fracaso de 1973, ya que representa, según este sector socialista, un adecuado y necesario intento de plantearse, en la realidad concreta de Chile, un proyecto fundado en el desarrollo y profundización paralelos de la democracia y el socialismo. Este concepto supone una crítica a la noción clásica de la revolución como "toma del poder" en un solo acto, para entenderla como un proceso social complejo de profundización y superación sucesiva de las múltiples contradicciones propias de la sociedad capitalista, en una dirección crecientemente democratizadora y de construcción de nuevas mayorías capaces de sustentar con su adhesión un proceso de cambio social.

El análisis realizado por este sector tiende a colocar énfasis no sólo en los rasgos represivos del régimen militar, sino también en su intento de recomponer la sociedad chilena desde sus cimientos. Este proyecto se funda en una mixtura de autoritarismo político y liberalismo económico que imponen una dinámica de exclusión social que segmenta fuertemente a la sociedad, pero que, al mismo tiempo, genera en diversos sectores formas de adhesión o subordinación al nuevo sistema. Sobre la base de este diagnóstico, esta corriente elabora una política que, por una parte, rechaza de manera terminante la militarización de la lucha democrática y, por la otra, descarta toda posibilidad de pacto con el régimen que implique aceptar su itinerario e institucionalidad. Este sector propone el impulso de movilizaciones nacionales no violentas que generen progresivamente un cerco social mayoritario que obligue a las fuerzas armadas a asumir el fracaso de su gestión y la urgencia de la restitución de las libertades democráticas.

Como constante de su política, este sector socialista, junto a la insistencia en la movilización social no violenta, se orientó hacia la búsqueda de la más amplia concertación de organizaciones políticas y sociales como única vía para enfrentar con realismo la tentativa de perpetuación del régimen militar. Participó en 1985 en la constitución de la Alianza Democrática, una de las primeras instancias de acuerdo opositor de carácter permanente. Con posterioridad, fue uno de los primeros en impulsar la inscripción de la ciudadanía en los registros electorales y en postular una convocatoria nacional a una campaña por las elecciones libres. Como proyección de su política, el Partido Socialista (Núñez) propuso al conjunto de la oposición, a fines de 1987, la constitución de un solo partido político inscrito legalmente de acuerdo a las normas impuestas por la dictadura. Descartada esta propuesta por la mayoría de los partidos a la que fue dirigida, el Partido Socialista (Núñez) junto a sectores socialistas históricos, a personalidades de otras fuerzas políticas de izquierda, centro y derecha, y a un grupo de independientes, anunciaron la intención de constituir el Partido por la Democracia (PPD). El Partido Socialista (Núñez) propuso, previa aprobación unánime de su Comité Central, que el nuevo partido "instrumental" fuera encabezado por su militante Ricardo Lagos.

La idea de la reconstrucción de una sola fuerza socialista surgió y comenzó a desarrollarse una vez superado el profundo impacto de las heridas dejadas por la división de 1979. Sectores socialistas que no la protagonizaron, o personalidades como los ex secretarios generales Aniceto Rodríguez y Raúl Ampuero, comenzaron a postular sistemáticamente la necesidad de reunificar al socialismo chileno. Los dos dirigentes mencionados suscribieron en 1984 una declaración conjunta con el ex secretario general

Carlos Altamirano, firmada en Roma, confirmando esta voluntad. En el universo de los socialistas, dentro y fuera de Chile, se difundió y adquirió fuerza cada vez mayor la idea de reconstituir un solo Partido Socialista. En el período anterior al plebiscito, esta idea cobró renovada fuerza y en 1987, luego del ingreso ilegal a Chile y el encarcelamiento de Clodomiro Almeyda, este dirigente, Núñez y Rodríguez coincidieron formalmente en el propósito unitario. A fines de ese año realizaron un serio esfuerzo por buscar bases de coincidencia, sin lograr éxito pleno. El tiempo ha multiplicado o renovado iniciativas que recogen un sentimiento ampliamente difundido entre los socialistas, especialmente entre los militantes de la Juventud Socialista (Almeyda) y la Federación Juvenil Socialista (Núñez). El desafío continúa aún pendiente.

El exilio socialista

Durante un largo tiempo, la organización partidaria en el exterior fue más numerosa que la existente en Chile. Fueron los duros años de reconstrucción de la fuerza orgánica socialista en el país, cuando asumir la calidad de militante del partido de Allende implicaba un riesgo de vida y libertad. En el exterior, en esa etapa, miles de adherentes repartidos en decenas de países y ciudades de los cinco continentes crearon una red orgánica que jugó, junto a la de otras tendencias políticas, un rol fundamental en la defensa internacional de los derechos humanos sistemáticamente violados, en el desarrollo de un movimiento mundial de solidaridad con Chile y en la provisión de apoyo material, político y moral a la reconstrucción partidaria en el país.

Gradualmente, en la medida en que se fueron conquistando mejores condiciones en Chile para desarrollar una actividad política más abierta, el Partido "exterior" perdió significación y, a la inversa, se fue fortaleciendo la autoridad política del Partido "interior". Este proceso, iniciado ya antes de 1979, continuó después de la división de ese año y afectó a las dos orgánicas de allí surgidas. Fue, no obstante, un proceso aparentemente más complejo en el caso del Partido Socialista (Núñez), por el desequilibrio relativo mayor entre un Partido "exterior" de una dimensión muy superior, durante una extensa etapa, a la del Partido "interior". En todo caso, es preciso subrayar que, a diferencia de otras experiencias equivalentes, no fructificaron en el caso chileno divisiones verticales entre "exterior" e "interior". Las relaciones entre ambos segmentos, si bien friccionadas durante algunos momentos, nunca alcanzaron un punto de abierta conflictividad.

Las historias, aún no investigadas ni escritas, de los socialistas en Chile y en el exilio, bajo la dictadura militar, son por muchos conceptos diferentes. El término gradual de la arbitraria sanción del exilio, que afectó tan largamente a tantos militantes socialistas, ha permitido que se vaya produciendo una forma de reencuentro de estas dos experiencias radicalmente distintas y su fusión en las organizaciones existentes en el país. En el "exterior", incluso una vez terminada la dictadura, subsisten y subsistirán núcleos socialistas importantes constituidos por aquellos que por razones familiares o materiales permanecerán en el extranjero.

Es temprano aún para prefigurar siquiera la manera cómo esta segmentación entre el "exterior" y el "interior" ha influido el curso de la historia socialista. Es también, como muchos otros de los aquí mencionados, tema de futura investigación. Por ahora, es preciso señalar que un primer efecto bien evidente es la mucha mayor exposición del socialismo chileno a la realidad internacional. Durante el

período dictatorial, las orgánicas socialistas dirigidas por Almeyda y Núñez constituyeron una importante red de contactos con gobiernos, organizaciones no gubernamentales y partidos. Aunque ambas han cubierto fuerzas políticas de diversas tendencias progresistas, la primera ha construido lazos más sólidos con las organizaciones políticas de Europa Oriental, mientras la segunda ha hecho lo propio con las fuerzas de izquierda de Europa Occidental. Ambas han establecido una importante red común de relaciones en América Latina y comparten fraternalmente la presidencia de una organización latinoamericana de partidos socialistas. De esta manera, el socialismo chileno se ha ido progresivamente insertando en el sistema contemporáneo de relaciones políticas internacionales, elemento hoy indispensable para la definición y diseño de la acción de cualquier partido de izquierda auténticamente moderno.

Herencia y continuidad

Dos han sido los pilares básicos de la reproducción política, orgánica y cultural del socialismo en los últimos quince años. Primero la retaguardia constituida en el exilio y, segundo, la tarea reestructuradora realizada en Chile. Esta última está estrechamente relacionada con las políticas definidas y acciones impulsadas por los socialistas durante el período dictatorial, y con sus iniciativas de desarrollo orgánico. Su éxito o fracaso, por otra parte, se mide y se medirá en un segmento específico de la sociedad: los jóvenes. Se trata de aquel grupo de edad de los que se han hecho adolescentes bajo la dictadura, que desconocen las prácticas democráticas que eran tradicionales en el país y que, aparte del importante rol cumplido por la familia, carecen de referentes socialistas con capacidad de expresión plena en el entorno social general. Esta juventud es, en consecuencia, uno de los campos principales de la batalla ideológica librada durante estos quince años entre quienes aspiraban a erradicar las ideas socialistas de la cultura chilena y quienes pugnan por hacerlas perdurar y desarrollarse.

Es temprano para hacer un balance del resultado de este enfrentamiento, pero algunos indicadores es posible mencionar. Entre ellos, destaca la existencia de liderazgos nacionales que reflejan la importancia social y cultural del socialismo chileno y que habrán de servir para proyectarlo, la configuración de embriones de nuevos grupos dirigentes y los signos de una sólida presencia juvenil de las organizaciones socialistas, quizá si más numerosas y activas incluso que en los períodos previos a 1973.

Aún sobreviven varios militantes que participaron, en Santiago o en provincias, en la fundación del Partido Socialista de Chile. En este sentido, la edad actual del partido -cincuenta y cinco años- permite la coexistencia en su interior de todas las diversas generaciones que han contribuido a su desarrollo, desde la de los fundadores la de los jóvenes de hoy, que ya en su inquietud de estudiantes de 13 educación media se asoman a la doctrina y acción socialista. Es un mosaico amplio de experiencias y sensibilidades que, de fundirse exitosamente, pueden cristalizar, una vez más, en una propuesta capaz de concitar con inusitado atractivo la energía vital y vocación de lucha que fueron característicos en los mejores momentos de la historia socialista.

CAPITULO IX LA RENOVACION SOCIALISTA

Interrogaciones

Luego de la ruptura autoritaria de 1973 y de la implacable represión lanzada contra los partidos de izquierda, los derrotados debieron enfrentar un ineludible imperativo moral y político: preguntarse por las causas reales de la derrota y de su consecuencia inmediata: el desplome del sistema democrático. En particular, se hacía necesario un análisis descarnado de las responsabilidades que tuvo la izquierda como actor político en la experiencia de gobierno de la Unidad Popular entre 1970 y 1973. Este fue el punto de partida de un intento sistemático por renovar la visión de las fuerzas de izquierda.

El marco general en que se inició esta verdadera búsqueda no era nada favorable a ideas nuevas que contravinieran las certezas teóricas y políticas del pasado reciente. Por el contrario, la persecución desatada contra el movimiento de izquierda y sus partidos generó una natural re-acción entre sus adherentes a defender su vieja identidad, brutalmente amenazada por la represión violenta y la propaganda anti socialista lanzada desde el gobierno. Como consecuencia lógica, los primeros análisis de todos los sectores comprometidos con el gobierno del Presidente Allende tendieron a remarcar la culpabilidad de los adversarios y a omitir el examen de las responsabilidades propias. La reafirmación de los perfiles ideológicos anteriores adquirió una fuerza obvia. Por una parte, se trataba de sobrevivir, y para hacerlo no debía ponerse en duda la identidad, sino, al contrario, confirmarla con más fuerza que nunca. Y, por otra, en algunos sectores, entre ellos una importante tendencia del Partido Socialista, comenzó a imponerse una visión que atribuía precisamente a la debilidad con que el partido había asumido sus definiciones ideológicas un rol principal en el fracaso de la Unidad Popular. Gradualmente, esta visión se enfrentaría de manera creciente a otra que analizaba de modo distinto el pasado reciente de la izquierda y el socialismo.

En el plano orgánico, la Unidad Popular subsistió con dificultad en los años siguientes al golpe militar. Los partidos que la integraban, especialmente socialistas, comunistas, radicales y mapucistas, resistieron con heroísmo la ola represiva y mantuvieron, sin interrupción, una debilitada organización interna, mientras el grueso de sus dirigentes más destacados habían muerto, estaban presos o habían sido desterrados. En el exilio, la Unidad Popular continuó funcionando orgánicamente y constituyendo un punto natural para la toma de decisiones de las fuerzas políticas que la conformaban. Pero paulatinamente fue perdiendo vigor y presencia hasta que en 1979 la división del Partido Socialista inició la fase de su decadencia definitiva, en la medida en que tendió a convertirse en uno de los campos de disputa entre las dos tendencias.

La división socialista generó un debate más abierto y preciso sobre la temática de la llamada "renovación". Transcurridos ya seis años desde el cataclismo político de 1973, las orgánicas subsistían, pero lo hacían en condiciones de extrema debilidad. Quienes resistían a la dictadura habían ensayado nuevas formas de organización y, ante el infortunio de los partidos, protagonistas tradicionales de la vida política y la lucha social, surgían con cierta fuerza otros actores que fundaban su existencia en un sólido apego a la realidad social prevaleciente, cuyos signos eran pobreza, temor, persecución y desigualdad.

Activistas de derechos humanos, dirigentes estudiantiles y poblacionales, mujeres en lucha contra la pobreza circundante o contra la discriminación de su género, nuevos líderes sindicales e intelectuales com-prometidos con los valores democráticos constituyeron una franja emergente de dirección del movimiento popular. Se fue generando así una relación distinta a la del pasado entre los partidos

políticos y el mundo social. De allí que el ámbito de la disputa socialista al interior de Chile no fuera un espacio político con las condiciones de transparencia y fluidez necesarias para que el debate pudiera ser comprendido de inmediato. En el cuadro global de la sociedad chilena, más bien tendió a ser percibido como una mera lucha de poder entre líderes o como un debate ideológico de especialistas.

Con todo, paralelamente a la nueva práctica de lucha social, impuesta por las condiciones dictatoriales, la división socialista puso más en evidencia las corrientes intelectuales que, en Chile y en el exterior, habían venido reflexionando sobre las interrogantes planteadas por el fracaso de 1973. En este terreno, los debates socialistas comprometieron a sectores de otras denominaciones políticas. El Partido Socialista resultó ser una suerte de "caja de resonancia" de las fortunas del movimiento popular en su conjunto. La ruptura socialista de 1979 fue, en realidad, la manifestación más álgida de una crisis que involucraba al conjunto de la izquierda chilena y que subsiste hasta hoy. Poco a poco, otras fuerzas políticas populares fueron también conmovidas por debates semejantes al iniciado entre los socialistas. Algún tiempo después de la división socialista de 1979, el Partido Comunista anunció una nueva definición política que remarcaba la importancia de las formas armadas de lucha, iniciando así una nueva fase de su historia. En el seno de la izquierda, sólidamente unida durante tres lustros, se había abierto un rango de opciones políticas muy amplio que abarcaba desde las posturas más marcadamente "renovadoras" hasta las más reivindicativas de las certezas del leninismo.

A partir de 1979, se nucleó en torno a la temática de la renovación un arco de tendencias y sectores, tanto en Chile como en el exterior, bajo la denominación genérica de Convergencia Socialista. Así, la Convergencia reunió el aporte de varias expresiones diversas: el Movimiento por la Convergencia Socialista, que adquirió especial vigor en el exilio europeo y agrupó a sectores políticos y personas que habían sido convocadas por Raúl Ampuero a un encuentro en la ciudad de Ariccia, Italia, en 1979; el Secretariado de Convergencia, constituido en 1982, que agrupó a los partidos Mapu, Mapu OC, Izquierda Cristiana y Socialista (el sector dirigido inicialmente por Carlos Altamirano); el Grupo por la Convergencia, que nucleó a intelectuales residentes en Chile que formalizaron su existencia como espacio de reflexión durante 1981; y las expresiones no estrictamente orgánicas provenientes del movimiento social, como grupos de trabajo en el ámbito universitario, poblacional, sindical y femenino.

Visión autocrítica

El inicio del proceso fue la profunda crítica de la Convergencia a la gestión de gobierno de la izquierda. Los análisis convergencistas evitaron justificar posiciones políticas preexistentes y eludieron los esquemas dogmáticos o simplificadores. Intentaron una autocrítica que debía, al mismo tiempo que identificaba las flaquezas de la izquierda, reivindicar la trayectoria histórica de las fuerzas populares. El esfuerzo consistía en la elaboración de un diagnóstico que estableciera las raíces del fracaso de la Unidad Popular y que, más allá de los factores exógenos por todos reconocidos (ingerencia norteamericana, insurrección de la derecha), diera cuenta de las carencias del proyecto político que se intentó desarrollar. Sólo el descubrimiento de éstas hacía posible imaginar un nuevo proyecto fundado en un socialismo y una izquierda reconstruidos teórica y orgánicamente.

Por cierto, la temática mencionada es extremadamente compleja y aquí sólo es posible señalar algunos de sus trazos gruesos. La formulación quizá más elaborada apunta a la seria incapacidad de la Unidad

Popular para dar cuenta en sus propuestas programáticas y su práctica política del proyecto que objetivamente encarnaba. De este modo, las referencias al carácter antimonopólico, antifeudal y anti oligárquico del gobierno, como etapa previa para "acumular fuerzas" en pos de "iniciar la construcción del socialismo", se convirtieron más bien en nociones abstractas que eran oscurecidas por el universo ideológico imperante, en muchos aspectos contradictorio con el proyecto "allendista". En consecuencia, a la hora de ser gobierno, la izquierda planteó formulaciones erráticas y a veces contrapuestas que no constituían un proyecto político de convocatoria nacional mayoritaria capaz de reflejar a cabalidad la esencia de la convocatoria desarrollada por Allende, consistente en una profundización democrática y socialista simultánea que no pusiera en cuestión de manera abrupta las bases mismas del orden institucional. Tendió en cambio a predominar un análisis político que se centraba únicamente en el tema del Estado, sostenido en visiones simplistas y mecánicas de la sociedad. Se evidenció un alto grado de doctrinarismo y rigidez de los partidos integrantes de la coalición popular, y que recurrían a un lenguaje "economicista" al definir a las clases y grupos sociales únicamente por su inserción en el sistema productivo, soslayando un análisis de las dimensiones políticas, ideológicas o culturales. Por otra parte, la concepción política de izquierda le adjudicaba preeminencia absoluta al tema del Estado, como si éste fuera una entidad casi físicamente situada. Así, esta visión del poder no comprendía su materialización en relaciones sociales complejas en los diversos ámbitos de la sociedad.

Una imagen polar de la sociedad impidió que la izquierda diera tratamiento eficaz a fenómenos sociales y políticos muy importantes como, por ejemplo, el problema del equilibrio del sistema partidario caracterizado por la existencia de un centro político -la Democracia Cristiana- que no podía ser catalogado simplemente como "burgués", en tanto cobijaba a sectores populares y medios de gran relevancia. Otros temas en que se observaron limitaciones similares fueron el carácter diversificado, y por tanto heterogéneo, del movimiento popular que se apartaba con mucho de la noción binaria del proletariado-burguesía; el desconocimiento de la tradición y naturaleza de los "sectores medios" que se pretendía "atraer" con medidas de mejoramiento económico; la peculiaridad del sistema democrático del país, que arrastraba síntomas de crisis de gran envergadura que imponían una política de corte nacional mayoritario y no el refugio en la noción de un socialismo como meta ideal; y otros de similar entidad.

De lo anterior se desprende que la llamada "vía chilena al socialismo", magistralmente expuesta por Allende, no logró plasmarse como una alternativa política sustantiva, a pesar de la originalidad de la experiencia chilena en relación a los modelos clásicos de la revolución. Por otra parte, los esfuerzos elaborados por el Presidente y algunos de sus más cercanos colaboradores tendieron a limitarse a consideraciones relativas al aspecto institucional de la sociedad, y no hallaron en la izquierda espacio suficiente de reflexión o desarrollo más profundo.

La evaluación crítica de la gestión de la Unidad Popular generó en la Convergencia Socialista la necesidad de replantearse en toda su magnitud el modelo clásico de acción política prevaleciente en las fuerzas de izquierda. Esta tarea también se impuso por efecto de otros desarrollos importantes: la creciente conciencia del carácter burocrático y avasallante de los partidos que establecen una relación manipulativa e instrumental con sus bases y seguidores; el predominio de un clima mundial de franca retirada de las grandes ideologías totalizadoras; la creciente crítica a las limitaciones estructurales de los

países del socialismo real; el cuestionamiento a la concepción puramente heroica de la política de izquierdas; el rescate del sentido común y la vida real de la gente y, con mucha fuerza, la revalorización de la democracia y los derechos básicos que la caracterizan, como espacio y límite de acción permanente para todas las fuerzas políticas, incluidas aquellas de vocación radicalmente transformadora.

Conservadores y renovadores

¿En qué consiste el modelo tradicional de la izquierda y cuál es la contrapartida que plantea el esfuerzo de la renovación? La visión clásica se fundamenta en la concepción marxista-leninista que hace del proletariado el protagonista de la tarea de transformación global de la sociedad. En su seno se origina una vanguardia, el núcleo más consciente que cristaliza en el partido formado por cuadros y militantes profesionales que expresan inequívocamente los intereses históricos de la clase obrera. La acción política, en esta visión, se centra en la directa proyección del partido al resto de la sociedad, en la búsqueda de aliados y en la orientación hacia el Estado con el objetivo último de alcanzar el poder. En este modelo, la teoría, homogénea y elaborada, sirve como referente de identidad y como decálogo o guía infalible para la acción que es preciso desarrollar en las diversas situaciones en las que el partido opera.

Por otro lado, el pensamiento renovador rechaza el dogmatismo de la formulación de la izquierda conservadora. Su gran desafío consiste en unir los componentes críticos de la tradición socialista histórica, anteriormente reseñados, a los elementos contemporáneos de reflexión política.

Esta postura supone, primero, considerar a la democracia política como un logro histórico que consigue afincarse en la sociedad moderna como producto de poderosas demandas sociales y luchas prolongadas, y pasa así a ser un activo irrenunciable del patrimonio popular. De este modo, la democracia se constituye en el espacio natural para desplegar la lucha socialista, y su contenido libertario se erige como un elemento indispensable en cualquier concepción de democracia socialista. Se descarta así, radicalmente, la visión que concebía al sistema democrático como una pura formalidad sin contenidos sustanciales. Por el contrario, parte indispensable de la lucha socialista pasa a ser el impulso por ampliar los espacios de desarrollo de la democracia y por profundizarla en todos los intersticios de la sociedad.

En segundo lugar, se busca la superación de la concepción economicista del cambio social, que lo circunscribe a una modificación en las "relaciones de producción" -la desigualdad económica entre burguesía y proletariado-. Se trata, en cambio, de otorgar una importancia clave a la dimensión política y cultural, junto a una noción que pugne en esos planos por la profundización de las libertades y la progresiva eliminación de todas las opresiones, de las que la económica es de importancia macroscópica, pero no la única.

En tercer lugar, la tendencia renovadora rechaza la sacralización del partido político como entidad de control y monopolio de la representación social. A éste se le percibe ahora como coordinador y síntesis de las diversas expresiones populares, pero como una instancia ampliamente democrática, participativa en todos sus niveles y abierta a la sociedad, desechando la visión de la élite iluminada que simplemente "dicta" la línea política a seguir. El corolario de esta percepción es la relación más entrecruzada y dinámica que se postula entre el partido político y el conjunto de organizaciones propiamente sociales, y

la idea de que la entidad partidaria capte y procese las demandas populares, pero que no "invada" a las citadas expresiones sociales respetando la autonomía que en verdad les pertenece. Este diálogo entre partido y sociedad que, sin duda, puede tener momentos de conflicto, es concebido como la vía más fecunda para hacer una política menos elitista y gradualmente más plebeya.

En cuarto lugar, el ideal socialista no se concibe como una simple derivación de una verdad absoluta originada en ciertos textos considerados como sagrados. Como en la mejor tradición histórica del Partido Socialista, el ímpetu de la idea de socialismo se nutre de los avances de la ciencia social moderna, de modo que desde muy diversos campos teóricos se van planteando problemas y respuestas provisionales a las crecientes complejidades que presenta la sociedad contemporánea.

En otros términos, el ideal socialista no es un conjunto de preceptos atemporales y fosilizados, sino que se encuentra en íntima relación con el devenir social. Debe responder en forma progresista a la variada trama de desafíos que impone una realidad mundial ya próxima a asomarse al tercer milenio de la historia humana. En este sentido, la visión que privilegia al proletariado como único actor y protagonista del cambio social también estalla. El desafío central del socialismo es conquistar grandes mayorías compuestas por todos aquellos sectores y grupos postergados por la dinámica de la sociedad capitalista. En consecuencia, en vez de la "posesión" del aparato estatal de una vez y para siempre, la tarea central es crear un bloque sociopolítico que logre transformar el orden vigente en todos sus ámbitos. A este bloque deben integrarse primordialmente todos aquellos que en la sociedad capitalista son víctimas de la explotación económica, de la opresión burocrática o de la discriminación de sexo, raza o religión. El socialismo se concibe así como aquella forma de combinar la igualdad y libertad que proponen como alternativa los explotados, perseguidos y discriminados en la sociedad capitalista.

En quinto lugar, la opción renovadora reafirma el rechazo de cualquier arquetipo preestablecido de sociedad, cualquiera sea su adscripción internacional. La elaboración de un proyecto político es la resultante de los aportes de la experiencia internacional y el decisivo componente determinado por las peculiaridades de cada país -sus mitos, sueños, necesidades, traumas e ideales de emancipación- que son parte inextricable del cosmos o alma de cada nación. Así cada país presenta un cúmulo almacenado de tradiciones y dimensiones de identidad, que se tornan en un espacio de disputa política en donde cada proyecto compite por articular de la mejor manera estos elementos con su formulación programática general. De este modo, un partido representativo de un determinado sector social puede ser mayoritario en la medida que sepa articular y expresar la sensibilidad de la nación en un momento histórico determinado. En consecuencia, en un ámbito democrático no hay dos grandes gladiadores pre constituidos, el proletariado y la burguesía, enfrentándose por la defensa de sus intereses estrictos, sino que la lucha política se libra en torno a la capacidad de articular mayores significados sociales y símbolos nacionales en un encuadre donde predomine la concertación de intereses diversos y donde, a veces, el sector principal pospone los propios en aras de conservar el liderazgo del conjunto.

Este modo de replantear la política aspira básicamente a un cambio cultural dentro del campo de la izquierda. Como tal, no es lícito esperar que tenga un carácter homogéneo ni que sea de inmediata concreción. En el hecho, coexisten distintas tendencias que constituyen elementos de las contradicciones a través de las cuales el fenómeno va teniendo desarrollo.

Los principios políticos esbozados tienen un correlato en el enfoque sobre el régimen militar. Para este efecto, junto a la denuncia, se busca además analizar el significado de las transformaciones que, como resultado de tendencias internacionales o de políticas específicas de gobierno, han ocurrido en el período autoritario. Con este prisma se ha intentado superar la óptica que ha tendido a considerar al régimen imperante sólo como una suerte de "paréntesis histórico" o, en su cariz más denunciativo, como una variante del fascismo.

De este modo, las tendencias renovadoras ponen el acento en la emergencia de un nuevo Estado, a partir de 1973, que con una fuerte base personalista integra la doctrina militar de "Seguridad Nacional" a un proyecto global de sociedad de corte neoliberal. Este propone un capitalismo competitivo a ultranza, segmentando las diversas actividades económicas y sociales en aras del orden y jerarquización que establece el mercado como núcleo rector.

El análisis recién señalado plantea como crucial el tema de las herencias que los tres lustros de gobierno militar habrán de dejar a un régimen democrático. Tanto el pesado fardo de las "deudas" sociales (desempleo, marginalidad, violación de los derechos humanos) como los cambios ya efectuados en el paisaje socio-económico del país van a reclamar de alternativas originales. Ellas deberán fundarse en políticas modernas que combinen la participación estatal con iniciativas sectoriales y de mercado provenientes del propio impulso de la sociedad. De ser así, seguramente habrán de surgir actores socio-políticos en relación de ruptura y continuidad con el pasado.

Este pudiera ser, en términos generales, un resumen del conjunto de ideas que alimentó durante los últimos años el proceso llamado de "renovación", generando una irradiación hacia distintos partidos y, en grados muy diversos, hacia el conjunto de las fuerzas de la izquierda.

Sin embargo, junto a la necesidad de renovación ideológica, siempre estuvo presente la tarea de transformar a las fuerzas políticas e instancias más directamente involucradas en este proceso en un actor político auto sustentado y, sobre todo, dirigente de una opción socialista clara. Uno de los diseños orgánicos que alcanzó predominio fue aquel que optó por la reunificación de las diversas fracciones y corrientes constitutivas del denominado "tronco histórico" socialista y por integrar a ella, en condiciones de igualdad, a las corrientes y sectores de orientación socialista surgidos a fines de la década de los sesenta y a aquellas de matriz original cristiana. Es así como, después de un proceso de varios años, confluyeron varios segmentos del socialismo histórico, el grupo de intelectuales de la Convergencia y un amplio sector del MAPU-OC con el sector socialista que se identificó en la división de 1979 con la dirección de Carlos Altamirano. Por su parte, el sector socialista liderado por Clodomiro Almeyda, que en la división de 1979 evidenció posiciones más ortodoxas, realizó también procesos de integración en los que participaron también algunos sectores provenientes del movimiento convergencista.

Otras agrupaciones que no se han plegado hasta ahora a las iniciativas de integración realizadas en torno a los dos sectores socialistas principales, entre ellos el grueso del activo militante del MAPU y de la Izquierda Cristiana, han tendido a privilegiar otro diseño de creación política. Esta visión subraya el carácter limitado de una unidad socialista que se restrinja a núcleos de liderazgo y plantea que, junto al momento partidario, es preciso considerar la unidad "desde abajo", aglutinando a movimientos de base y experiencias más autónomas que han surgido en estos años y que también se reclaman socialistas. Así,

esta postura le otorga especial relevancia lo que denomina "protagonismo popular", lo que, en otros términos, es el intento de construcción de una política de izquierda a partir de las propias organizaciones unitarias y pluralistas del pueblo.

Para los otros sectores socialistas, si bien esta propuesta enfatiza aspectos de innegable importancia para la acción política de este tiempo, tendería a idealizar en exceso y con una óptica no desprovista de radicalismo la dimensión organizativa de base y a considerarla como el ámbito auténtico de la política. En todo caso, en el período previo al plebiscito presidencial de 1988, las principales organizaciones identificadas con esta visión asumen una más activa participación en el escenario político nacional. El MAPU y un sector de la Izquierda Cristiana se integran plenamente a uno de los nuevos partidos "instrumentales", el Partido por la Democracia, a cuya gestación y funcionamiento aporta decisivamente el Partido Socialista (Núñez). La Izquierda Cristiana, por su parte, colabora en la fundación del Partido Amplio de Izquierda Socialista, en el que el Partido Socialista (Almeyda) tiene importancia fundamental.

Por otra parte, el fenómeno de renovación se expresa no sólo en una visión que intenta introducir nuevos elementos de cultura política, en una óptica característica para analizar el régimen militar y en propuestas orgánicas nuevas. Existe también un conjunto de temas, antes poco relevado en el debate político, que se incorporan hoy a la discusión y a los programas partidarios, y que expresan un proceso de renovación en la medida en que reconocen nuevos protagonismos político-sociales o agregan dimensiones al análisis tradicional. Se genera en este tiempo una nueva visión de izquierda sobre el problema de la violencia y a la temática internacional. Así, la metodología de la "no violencia activa", por una parte, y los avatares de la paz mundial como tema político internacional, adquieren nueva relevancia. Desde la izquierda renovadora, aunque no exclusivamente, surge una preocupación antes inexistente sobre el equilibrio ecológico y las complejas relaciones entre el ser humano y la naturaleza en una sociedad moderna. Se efectúan nuevos análisis, alejados de la vieja ortodoxia, sobre el fenómeno de la religiosidad, su significado moral, la imbricación entre cristianismo y socialismo y el estatuto social e institucional de las iglesias. Explícitamente, el socialismo chileno comienza a reconocer como auténtica y legítima la adhesión religiosa de parte de sus adherentes, hecho evidente desde su fundación, pero nunca analizado ni asumido como tal por el partido. La temática de la democratización del poder político cobra especial interés y tiende a surgir una visión partidaria orientada a fortalecer verdaderamente las instancias del poder regional y local, rechazando las visiones centralizadoras predominantes en largos períodos de la historia socialista. En la misma línea, aunque en otro plano, surgen nuevas iniciativas sobre la forma de organización interna del partido, tendientes a impedir la concentración burocrática del poder, el verticalismo absoluto o el centralismo exagerado. Finalmente, adquiere especial fuerza el tema de la igualdad social de la mujer y comienzan a generarse tendencias predominantes a reconocerle un sitio destacado en las elaboraciones programáticas y a establecer normas que garanticen una creciente participación femenina en la propia orgánica partidaria.

Factores internacionales

Si bien el surgimiento de tendencias renovadoras en el socialismo chileno está estrechamente asociado a la necesidad de responder a las interrogantes planteadas por la derrota de 1973 y a los desafíos de

reconstrucción política surgidos en el período siguiente, es indispensable tener presente que este fenómeno ocurre en un marco internacional singular.

A nivel mundial se vive, especialmente en los últimos veinte años, una etapa crítica del desarrollo del socialismo en su materialización estatal y en sus bases teóricas. En esta etapa crítica tiene lugar el proceso de desmoronamiento de las viejas certezas que proporcionaba o pretendía proporcionar el "socialismo real" (es decir, aquel cristalizado en Estado en la Unión Soviética y los países de Europa Oriental), y la llamada "crisis del marxismo", debate teórico que compromete a las diversas vertientes marxistas y que pone en cuestión la capacidad de esta teoría para proveer explicaciones integrales adecuadas a los fenómenos sociales. Adicionalmente, la gran creación estatal de las corrientes socialdemócratas, el denominado "Estado benefactor" o "Estado de bienestar" que cristaliza en algunos de los países de la Europa industrial, entra también en crisis, acosado por la propia lógica del sistema capitalista mundial en reacomodo, y es blanco de una fuerte ofensiva ideológica conservadora. En América Latina por su parte, tiende a erosionarse el significado atribuido en los años sesenta a la Revolución Cubana como paradigma revolucionario, mientras el singular intento nicaragüense por constituir una democracia plural, paralelamente al impulso de cambios sociales radicales, es opacado por la situación de guerra que conmueve al país.

Todos estos factores enmarcan e influyen el fenómeno de la renovación. Renovación, revisión, rectificación, se constituyen en un imperativo del movimiento socialista en el mundo entero. Algunos de los procesos que tiene lugar en otras latitudes, aparte de los ya señalados, ejercieron una influencia política e intelectual significativa en las tendencias renovadoras expresadas en Chile. Entre ellos, destacan dos de origen europeo. El primero, la difusión del pensamiento de Gramsci, el destacado marxista italiano que fue secretario general del Partido Comunista, cuya obra tiene, en los años sesenta y setenta, diseminación universal y es traducida ampliamente al español. Al mismo tiempo, cobró relevancia política el desarrollo del Partido Comunista italiano y del movimiento llamado "eurocomunismo", variante no ortodoxa del movimiento comunista internacional. El segundo, el surgimiento de nuevas corrientes intelectuales conocidas como "neomarxistas" y "postmarxistas", impulsadas en muchos casos por intelectuales identificados con la práctica y proyectos políticos de partidos socialistas europeos que iniciaron en los años ochenta experiencias de gobierno en España, Francia e Italia, o que, como es el caso del Partido Socialdemócrata alemán, han impulsado una profunda revisión de su programa partidario.

En el período más reciente, el proceso conocido como "perestroika", surgido al impulso del líder soviético Mikhail Gorbachov y fundado en una descarnada autocrítica, la más fuerte y profunda realizada hasta ahora en la prolongada historia de las autocríticas soviéticas, ha alimentado también las perspectivas renovadoras. Las tendencias al pluralismo y a la sustitución de los mecanismos centralizadores en las sociedades socialistas, características de la "perestroika", han avalado las apreciaciones históricas del socialismo chileno sobre la naturaleza y limitaciones de la experiencia soviética y, en la disputa entre ortodoxos y herejes, conservadores y renovadores, ha significado un aliento para estos últimos. Su impacto, muy grande ya a nivel mundial, sólo podrá apreciarse en Chile con el transcurso del tiempo.

Hacia un balance

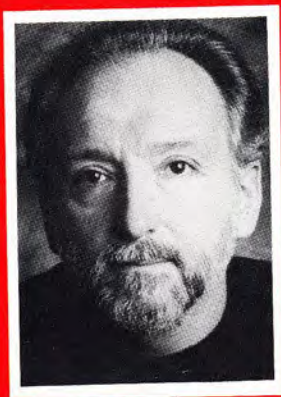
¿Qué tipo de balance provisorio se puede realizar de esta propuesta de renovación de la izquierda? No existe ningún partido o sector aislado que monopolice o sea el depositario exclusivo de este intento de replanteamiento global de la política de izquierda. Es claro que en la llamada área socialista y en las dos expresiones socialistas históricas de mayor envergadura, encabezadas actualmente por Clodomiro Almeyda y Ricardo Núñez, hay, en diversos grados y con matices y tensiones variados, intentos relevantes por generar una cultura política distinta más anclada a los desafíos de esta década constituidos en torno a los temas o postulados ya descritos en este capítulo.

De cualquier manera, llevar a cabo un cierto cambio cultural en la izquierda implica un proceso político lento y pedregoso, en el que no caben las expectativas de cambios casi mágicos ni las euforias anticipadas.

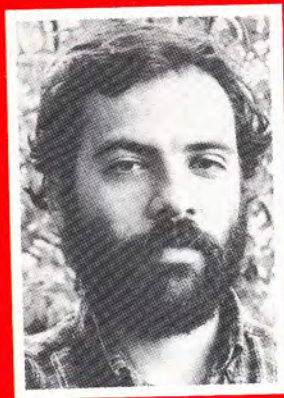
Se desvirtúa el valor del proceso renovador cuando se le quiere otorgar un carácter casi fundacional. Al hacerlo se coloca el acento preferentemente en las rupturas con la tradición, y se dejan indebidamente de lado los valiosos elementos de continuidad de esa tradición que se re-montan al largo proceso histórico de participación democrática de las fuerzas de izquierda durante el período previo a 1970. El proceso de re-novación tiene una indispensable dimensión de rescate. Es clave retener el carácter nacional y popular de las propuestas de izquierda, con las que siempre se identificó un sector importante del pueblo a partir de un cosmos ideológico menos formalizado y esquemático, como ocurrió en el caso del Partido Socialista especialmente, pero también en el del Partido Comunista, no obstante su rígida definición de corte marxista-leninista.

Un aspecto ligado al anterior es el sesgo que ha adquirido en la práctica el planteamiento renovador, al centrarse preferentemente en la dimensión racional e instrumental del quehacer político: ser eficaz, aplicar medios y visiones modernas, identificarse con la formulación de las propuestas y programas. Este esfuerzo necesario no ha estado siempre adecuadamente sincronizado con la indispensable faceta de la identidad simbólico-expresiva que elabora las sensibilidades rituales, pasionales y emotivas de la política, tales como los actos de reafirmación partidaria, los símbolos, la tendencia juvenil a la radicalidad y la identificación con ideas-fuerza que configuran una genuina energía popular y nacional.

La renovación es un proceso no terminado, porque es, en verdad, interminable. La forma que adquiera la redemocratización de Chile definirá, en gran parte, los logros conseguidos hasta ahora por el proceso de renovación y pudiera, quizá, consolidarlos en estructuras partidarias renovadas y en un quehacer político impregnado de espíritu auténticamente democrático y participativo. Pero aun así, el tiempo de la renovación seguirá vigente, porque tareas tan complejas no se cumplen en plazos tan breves. Y todavía cuando se cumplen, o así pareciera, surgen siempre nuevos desafíos renovadores frente a aquello que habiendo sido nuevo llega a envejecer y es a su vez desafiado, al impulso del incansable devenir de la historia. □



Jorge Arrate,
47 años, abogado
y economista, Director del
Instituto para el Nuevo Chile,
ha publicado numerosos
ensayos y artículos y tres libros
sobre temas políticos. Ingresó
al Partido Socialista en 1963
y ha ocupado diversos cargos
en la dirección partidaria
y en el Partido por la
Democracia. Actualmente
es miembro del Comité
Ejecutivo de la Comisión
Política del Partido Socialista.



Paulo Hidalgo,
32 años, sociólogo político,
investigador del Instituto.
Latinoamericano
de Estudios Transnacionales,
es autor de numerosos trabajos
e investigaciones publicados
en revistas chilenas y
extranjeras. Ingresó al Partido
Socialista en 1971. Ha sido
dirigente estudiantil, de
la Federación Juvenil
y del Partido Socialista.